



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires



La antigua CHACARITA de los Colegiales



**GOBIERNO DE LA CIUDAD
DE BUENOS AIRES**

Jefe de Gobierno

Dr. Aníbal Ibarra

Vicejefe de Gobierno

Lic. Jorge Telerman

Secretario de Cultura

Dr. Gustavo López

Subsecretaria de Patrimonio Cultural

Arq. Silvia Fajre

Directora del Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Lic. Liliana Barela

Pino, Diego A. del
La antigua Chacarita de los colegiales. – 1a.ed. - Buenos Aires : Instituto
Histórico de la ciudad de Buenos Aires, 2004.
96 p. ; 28x20 cm. – (Cuaderno)

ISBN 987-21092-4-9

1. Buenos Aires (prov.)-Historia. 2. Chacarita (barrio de Buenos Aires)-
Historia. I. Título
CDD 982.21

© 2004

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556, 1er. piso

(1055) Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4813-9370 / 5822

E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

ISBN: 987-21092-4-9

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Dirección editorial:

Liliana Barela

Supervisión de edición:

Lidia González

Edición:

Rosa De Luca

Marcela Barsamian

Propuesta didáctica:

Sandra Condoleo

Corrección:

Nora Manrique

Diseño editorial:

Jorge Mallo

Fabio Ares

Ilustración de tapa:

Dibujo de *Víctor Miguel Villasuso*

Administración:

Graciela Kessler

Luis Kirzman

Graciela Porcel



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

CUADERNO N° 5



La antigua **CHACARITA** de los Colegiales

Diego A. del Pino

Prólogo

por Liliana Barela

Esta publicación, *La antigua Chacarita de los Colegiales*, que continúa la serie Cuadernos, nos introduce en la historia de los barrios porteños de Chacarita, Colegiales y Villa Ortúzar, desde los tiempos en que la zona era conocida como la Chacarita de los Colegiales.

Lo que en sus orígenes fueron las extensas posesiones de los jesuitas, tierra de chacras, de labranza y cría de ganado, no sólo fue el marco bucólico y nostálgico que el controvertido Miguel Cané imprimió a su *Juvenilia*, sino también el escenario de sangrientas luchas políticas.

Hoy resulta difícil disociar al barrio de Chacarita de la presencia del cementerio, que nació ante la urgencia desatada en Buenos Aires por la epidemia de fiebre amarilla. Sin embargo, el barrio, y así lo describe Diego del Pino, guarda historias de pioneros, anécdotas curiosas y todas las vivencias de quienes lo habitaron.

Esta serie Cuadernos, del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, apunta a la divulgación de la historia de los barrios y a su utilización como herramienta para trabajos en el aula, por ello, un capítulo especial está dedicado a proponer actividades didácticas.

Primera época

Desde los tiempos de Hernando Arias de Saavedra (1608)
hasta la Revolución de Mayo (1810)



*Capilla de los Jesuitas, al
lado de los caserones
construidos a mediados
del siglo XVIII en lo que
hoy es el Cementerio del
Oeste (dibujo del Arq.
Víctor Miguel Villasuso).*

Los tiempos remotos

Desde las lejanas épocas fundacionales de Buenos Aires, cuando don Juan de Garay en 1580 ratificara la gesta de don Pedro de Mendoza, las tierras de La Trinidad, que ahora conforman los barrios de Chacarita, Colegiales, Villa Ortúzar y otros cercanos, pertenecían a los llamados “Montes Grandes” o “Pagos de la Costa”, que constituyeron más adelante “Partidos de Campaña”. Esas tierras iban desde la actual zona del Retiro hasta la ciudad de San Fernando. El fundador Garay imaginó que esa región se debía destinar a la labranza y a chacras, o para la cría de ganado.¹

Las más antiguas referencias históricas sobre la “Chacarita” y sus alrededores, corresponden a los comienzos del siglo XVII. En diciembre de 1608, cuando gobernaba en Buenos Aires el criollo Hernando Arias de Saavedra –Hernandarias– se completó la mensura de la ciudad. Entonces se delimitaron las extensas posesiones que se donaron a los sacerdotes de la Compañía de Jesús, conformando la estanzuela o dehesa que se denominó “Chacarita de los Padres” y luego “Chacarita de los Colegiales”. El investigador Héctor Ottonello explicaba:²

Esta gran fracción de tierra se integró con diez ‘suertes’ principales, las numeradas de la Nº 12 a la Nº 21 del padrón, las que fueron donadas por don Juan de Garay a los vecinos Pedro Luis, Pedro Fernández, Pedro Franco, Alonso Gómez, Esteban Alegre, Pedro de Isara, Juan Bermúdez y José Salas. Eran ‘suertes de cabezada’, que se repartieron por los gobernadores del Río de la Plata en la prolongación de las ‘suertes principales’. Esas diez extensiones de terreno pasaron a ser de los jesuitas por donación o compra entre los años de 1608 y 1664.

El citado historiador ofrece un ejemplo de los diferentes trasposos de esos lotes, que poco a poco se fueron parcelando. La “Suerte Nº 4”, Juan de Garay se la dio a don Juan Fernández de Zárate y de éste pasó a poder de Gonzalo de Carabajal y luego fue de una hija, María de Carabajal, quien recibió el predio en calidad de dote al contraer matrimonio con don Cristóbal Calvo y el último dueño vendió luego su parte a los religiosos ignacianos.

NOTAS

¹ Alberto de Paula, 1984.

² Héctor Ottonello, Prólogo de *Juvenilia*.

Otro ejemplo similar, un lote propiedad de Fernández de Castro pasó a ser de los jesuitas en 1645. Tales donaciones y trasposos pueden explicar que por 1680, los religiosos de la Compañía tenían tierras con casi 1400 varas (1200 m) frente al “Bañado” y con un fondo de 5000 varas (4300 m). Estas “suertes” estaban atravesadas por el camino que hoy es la Av. Santa Fe y su continuación, la Av. Cabildo, lo que nos ilustra sobre la antigüedad de esa ruta de salida de la ciudad hispánica. El total de la superficie de la Chacarita de San Ignacio estaba entonces conformado por diez “suertes” originales que se iniciaban en las barrancas observables en la Av. Luis María Campos. Según Ottonello, los límites de estas tierras eran: al oeste, la calle Zabala; al este, la calle Raúl Scalabrini Ortiz; por el sur, la Av. Honorio Pueyrredón y la Av. del Campo y por el norte, el Río de la Plata. En esos lugares se instalaron posteriormente algunas instituciones oficiales, porque a partir del año 1767 dejaron de ser de los jesuitas y fueron administradas por el Cabildo porteño y los sucesivos gobiernos. Así sucedió con la instalación de los Cuarteles de Caballería en Palermo, la Exposición Rural Argentina, los jardines Zoológico y Botánico, el Golf Club Argentino, Obras Sanitarias, el Hipódromo, el Parque Tres de Febrero, el Hospital Tornú, el Parque de Agronomía, el Observatorio Meteorológico de Villa Ortúzar, etc. Los límites más especificados de la antigua Chacarita de los Colegiales, eran, usando la nomenclatura actual: desde la Av. Santa Fe y Uriarte, la Av. Luis María Campos hasta Pampa. El lado noroeste: Av. Pampa, Av. de los Constituyentes, Francisco Beiró y Víctor Hugo, hasta la Av. General Paz. Por el sudeste: Sunchales hasta Fragata Sarmiento, Nicasio Oroño y Av. San Martín, Camarones, Sánchez, Álvarez Jonte, Bermúdez y José Pedro Varela, hasta Av. General Paz.

Esas tierras, ya muy angostas, llegaban hasta la actual Ramos Mejía y el casco estaba donde hoy se halla el Cementerio del Oeste. En los lejanos días del siglo XVIII, la estanzuela de los jesuitas servía para varios fines. En sus casonas principales era frecuente que se realizaran fastuosas recepciones o que se hospedaran encumbrados personajes, tanto militares como civiles y religiosos de esa época conocida como “colonial”, pero que corresponde llamar época hispánica o del “período español”, pues nuestras tierras no fueron “colonias” españolas sino “provincias de ultramar”.

Un sonado episodio tuvo lugar en tales sitios en el año 1627 cuando era gobernador don Francisco de Céspedes. En ese momento se nombró obispo a fray Pedro Carrasco por solicitud de su pariente, don Juan de Vergara, un personaje de discutida actuación en esos años. Poco después, Vergara fue tomado preso y el Obispo pidió que se lo dejara libre, demanda que rechazó el gobernador

Céspedes. Pronto se entabló un grave conflicto y frailes y vecinos penetraron en la cárcel y liberaron a Vergara y lo llevaron a la Iglesia Catedral. El Gobernador reaccionó militarmente: hubo disparos y una especie de “sitio a la Catedral” y finalmente la Real Audiencia confinó al gobernador Céspedes en la Chacarita de los Jesuitas, precisamente en los grandes caserones que allí existían. Pasado un tiempo, Hernando de Saavedra liberó al detenido Gobernador.

¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA “CHACARITA”?

En el idioma aborigen quechua, emparentado con la cultura incaica, la palabra “chácara” significa “tierra de cultivo”, es decir una huerta o quinta de verdura. El que trabajaba en tales “chácaras”, era llamado “chacarero”, vocablo vigente y usado en nuestro tiempo. Por una deformación del vocablo, de “chácara” surgió “chacra” y su diminutivo “chacarita”.

Sigamos con nuestra explicación. El Colegio de San Ignacio, dirigido por los jesuitas, estaba en la llamada “Manzana de las Luces”, en la calle Bolívar y junto a la Iglesia. Los alumnos “internos” del Colegio pasaban las vacaciones de verano, junto con algunos de sus profesores en las posesiones que por el oeste y “campo afuera” tenían los jesuitas y por eso surgió la nomenclatura complementaria: “la Chacarita de los Colegiales”, dicho de otra manera: la quinta donde descansaban los alumnos.

El Reglamento del Colegio San Ignacio redactado por sus autoridades se componía de veinte capítulos y algunas de sus disposiciones son de interés para conocer mejor el pasado del lugar que nos ocupa. He aquí los temas:

Ordeno y mando que las vacaciones generales no pasen de dos meses, en cuyo tiempo irán a la casa de campo del Colegio [los alumnos], en compañía del Rector y estarán en ella lo menos quince días, logrando tener las diversiones que se les pueden proporcionar, para que así cobren mucho aliento para las tareas del año siguiente.

ASPECTO QUE TENÍAN ANTAÑO ESTOS LUGARES

Consideramos interesante para los vecinos actuales de esos barrios y para los porteños en general, indicar algunos detalles sobre el aspecto de esas regiones —entonces campesinas— y que estaban a casi dos leguas de la ciudad propiamente dicha, así como de los edificios que por 1700 construyeron en tal estanzuela los religiosos jesuitas y que fueron mudos testigos de importantes sucesos de nuestra historia.

Estos terrenos eran relativamente altos porque desde el valle del arroyo Maldonado (hoy Av. Juan B. Justo y zonas aledañas), el suelo se iba elevando hasta formar una especie de meseta sobre la cual estaba asentada la

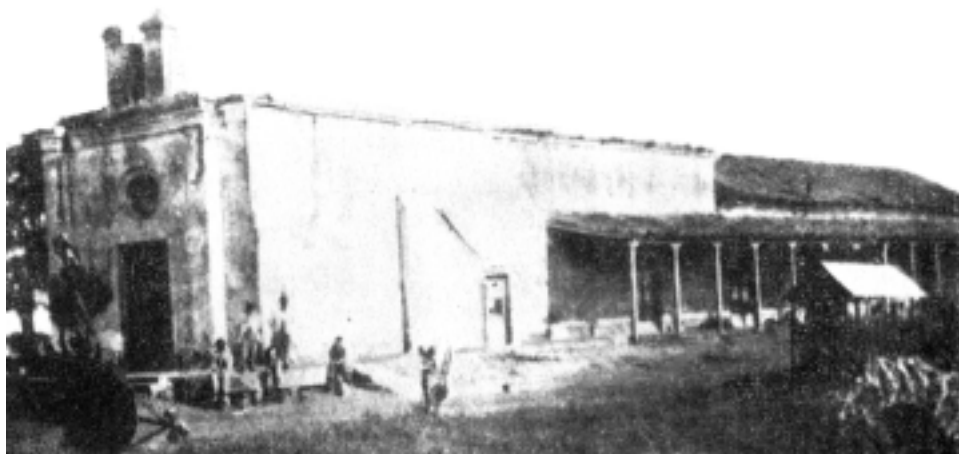
"Chacarita" que nos ocupa. Con la ayuda de nuestra imaginación, procuremos llegar a ese lugar, cuando promediaba el siglo XVIII, para conocer un sitio tan bello, con excelente aire, cercano a un arroyo con aguas puras y poblado con amplias casonas de estilo español. El viajero de entonces debía recurrir al uso del caballo o a los escasos y lentos vehículos como las pintorescas carretas que como navíos recorrían las llanuras.

LA AVENTURA DE LLEGAR

No había muchos caminos para llegar a aquellas regiones. Se podía utilizar el llamado "Camino del Alto", que alguna vez sería la actual Santa Fe y que iba por la parte alta de las barrancas que llegaban al Río de la Plata. Saliendo de la ciudad, había que llegar al arroyo Maldonado, que unas veces era un seco zanjón de fácil cruce y otras un río embravecido, casi un torrente si había llovido mucho y entonces era necesario utilizar un puente de material. Si las aguas sobrepasaban el cauce, inundaban todo el entorno y entonces había que buscar un vado o alejarse hacia el sud, en procura de otro camino que acercara a los caserones jesuíticos.

Otra manera de arribar era llegar al "Camino del Fondo de la Legua". Esta denominación requiere una explicación: desde los tiempos de don Juan de Garay, se había trazado un ancho camino que unía por los fondos las "suertes" y que corría a una legua de las barrancas que daban al Plata. Por esa ruta pasaban las tropas de ganado hacia la ciudad o las carretas. Los jesuitas construyeron un camino recto que unía los caserones con el camino "Del Fondo de la Legua", (casi 400 varas) y llegaba hasta la actual Av. Warnes. Ese sector del "Camino del Fondo de la Legua" fue más adelante parte de la Av. Warnes y se conocía como "Camino de las Tropas" o "De Moreno", por el apellido de un poblador del lugar.

El acceso al casco de las posesiones ignacianas era —como se deduce— dificultoso y significaba emprender una aventura, por cierto anhelada por los colegiales, cansados de una vida casi monacal en el Colegio de San Ignacio, según explicara por 1865, el alumno Miguel Cané en su novela *Juvenilia*. A poco de salir de la ciudad, que se transformaba en "las afueras" o el campo a veinte cuadras de la Plaza Mayor (hoy "Plaza de Mayo"), se observaba la vegetación propia de la pampa: pastos duros o tiernos, arbustos, chañares, cardos, cercos de tunas, algunos montes y bañados. La vida animal no era muy abundante: aves diversas, vizcachas, mulitas y algún ñandú "perdido" en el horizonte. Después de cruzar el arroyo Maldonado, comenzaba a notarse la diligente y valiosa tarea de los jesuitas, ayudados por campesinos del lugar y algunos esclavos negros. En la extensa chacra —casi una estanzuela— se sembraba trigo, se cultivaban muchas hortalizas y se habían plantado montes de árboles para obtener fruta, leña o lugares con sombra. En tiempos cercanos a su expulsión —1767— los "ignacianos" lograban cosechas de hasta 800 fanegas de trigo por año (alrededor de 50.000 kg). También criaban ganado mayor y menor. Con todo ello se aseguraba el mantenimiento de los sacerdotes del Colegio, de la Iglesia de San Ignacio y de los alumnos "residentes", así como de los chacareros lugareños. Como ya se ha anotado, en esos sitios —hoy florecientes barrios porteños— se habían construido grandes edificios de una planta, con amplios sótanos donde vivían los religiosos y los alumnos que estaban de vacaciones. Se levantaban donde actualmente está emplazado el Cementerio del Oeste o de la Chacarita y con mayor precisión en los solares donde están los panteones de los Españoles y de la Policía Federal y —curiosamente— el Panteón de "San Ignacio" a unos doscientos metros de la entrada principal de la necrópolis. Allí cerca se veían



Capilla de los Jesuitas, en la Chacarita de los Padres.

depósitos o “barracas”, algunos graneros y ranchos para desagüe o demarcaciones entre los potreros, pozos y norias para obtener agua —que era muy abundante— movidas por mulas. En el lugar se fabricaban ladrillos y tejas. También alzaba su sencilla silueta la Capilla, con un camposanto al lado. Fue uno de los primeros templos de esos pagos. Tenía gruesas paredes, fuertes puertas de madera y una sola torre. Toda la estructura estaba protegida por rejas de hierro prolijamente encalado.

LOS CASERONES JESUÍTICOS VISTOS POR UN PRISIONERO INGLÉS

Así describía un viajero británico estas construcciones por el año 1806, cuando marchara hacia el interior del país para ser recluido con otros compañeros, luego de la derrota de los invasores que pretendieron apoderarse de la ciudad de Buenos Aires:

Era un viejo colegio, antes perteneciente a los jesuitas, de forma cuadrada y semejante a un “caravan-serrallo” [posada que en el Oriente árabe servía para hospedar a los viajeros en las cercanías de los oasis], a dos leguas de la ciudad.

Hasta el año 1800, el lugar estuvo bien cuidado y fue el punto de descanso de los profesores y alumnos que iban a la institución que siguiera al Colegio de San Ignacio.

También sirvió de sitio de reposo para importantes funcionarios del gobierno virreinal, cuando allí llegaban, viniendo desde el interior del país o de “tierra adentro”, como entonces se decía.

LOS RECUERDOS DE UN SACERDOTE (1691)

Mayores detalles sobre las tierras que hoy conforman los barrios de Chacarita, Colegiales y otros vecinos pueden encontrarse en la documentación guardada en el Archivo General de la Nación y otros reservorios documentales. Es útil consultar las investigaciones realizadas por el erudito historiador jesuita, R. P. Guillermo Furlong. Otro testimonio importante es el del viajero jesuita Antonio Sepp, quien misionara en nuestro territorio entre 1691 y 1733. Estuvo en las cercanías de Buenos Aires con el padre Antonio Boehm en abril de 1691, ambos procedentes de Alemania. Como era costumbre entonces, fueron invitados a pasar unos días de descanso en la “Chacarilla”. El padre Sepp era un excelente músico y pudo practicar ese arte durante los días de Pascua que pasó en la “Granja del Colegio”. En su libro de viaje anota algunos amenos momentos pasados en ese agradable lugar:

En esos alrededores de la ciudad hay bosques enteros de durazneros y almendros. Crecen libres y no pertenecen a

nadie. La madera de estos árboles frutales se usa como leña. No son cultivados de estacas sino que los carozos de las frutas son sembrados como el grano. Asimismo existen allí los más dulces higos, blancos y negros. En las fiestas de Pascua, en abril, he comido muchos de ellos en nuestra granja. Un negro, oscuro como el carbón, nos condujo al higueral, trepó a los árboles, tomó las frutas y me las alcanzó. ¡Cómo le sorprendió que yo las comiera tan alegremente y que las saboreara servidas por su renegrida mano! ¿Qué podía yo darle a este gracioso angelito? No tenía más que una pequeña cruz española, la que le dí por los higos. Pero, ¡qué milagro! No quería aceptarla de ninguna manera, diciendo que era demasiado. ¡Ningún Padre le habría dado eso por unos pocos higos!

LA VISIÓN DEL JESUITA FLORIAN PAUCKE (1794)

El religioso alemán Florian Paucke estuvo en Buenos Aires en 1749 y se dispuso a viajar para Córdoba con otros ignacianos. El procurador, padre Carlos Gervasini, decidió incorporarse al grupo y entonces se constituyó una caravana o tropa de carretas que salió de la ciudad y se detuvo —como entonces se acostumbraba— en los caserones de la “Compañía”, en la chacarita del oeste, donde había comodidades, alimentos y ayuda de parte de obreros y esclavos. La caravana era importante pues la constituían 95 carretas y carretones, en los que iban los viajeros con sus equipajes. Los ocupantes de esos vehículos llevaban armas de fuego (en general eran “trabucos naranjeros”, así llamados por el diámetro de la boca), sables y lanzas. Iban preparados por si los indios los atacaban durante el largo viaje hacia la “Ciudad Docta”.

El padre Furlong, en su obra *Historia del Colegio del Salvador*, explicaba:

En 1723, debían estar terminadas ya las nuevas obras del Colegio e Iglesia de la Chacarita, pues la atención de los superiores se dirigió a otras obras de menor importancia. Ese año se ordenó al Principal hacer los cercos de la huerta (de cina-cina, tunas y en algunos casos, de adobe), arreglar la huerta, renovar el monte de la Chacarita y cercarlo de pitas.

Por el año 1750, se declaraba que había en la Chacarita una apreciable cantidad de animales de labor: 210 bueyes, 100 caballos, 10 mulas, además de una manada grande de yeguas “viejas”, para pisar el barro para los adobes. La Chacarita era la que proveía al Colegio de trigo y verdura. Como era continuo el ir y venir al Colegio de San Ignacio acarreando trigo, hortalizas, frutas así como ladrillos y tejas, había allí “dos carretas viejas”, además de diez nuevas y dos carretones. Entre las herramientas se contaban 18 azadas grandes, 28 medianas, 22 palas, 3 hachas grandes y medianas, dos

picas, dos barretas, tres cavadores y 4 hierros de herramientas.³ En la “Razón de lo edificado” (datada en 1758) se podía leer:

En la Chacarita se compusieron tres aposentos que estaban inhabitables, los cuales se revocaron y blanquearon. Se hizo el campanario y el Cementerio de la Capilla y la alberca de la noria y un gran pedazo del canal para conducir agua a la tahona, que está retirada. También se está trabajando en el segundo patio, para las oficinas.

Con referencia al templo, explica el arquitecto Alberto de Paula:⁴

La Capilla fue un centro religioso rural de gran importancia, antiguas fotografías del siglo XIX nos la muestran como un edificio de medianas dimensiones, aunque no exento de cierta imponentia. En la fachada tenía una gran portada de cuatro hojas, de madera y en la parte superior del muro había un óculo ovalado que, presumiblemente, correspondía al Coro; constituía la culminación del frente una curiosa espadaña formada por dos pequeños pilares de mampostería y un travesaño de madera. Tenía el perímetro libre y hacia atrás comenzaba una galería de postes que formaban un prolongado alero; había también otras construcciones para las dependencias, como correspondía a un establecimiento de tales características.

Cerca del antiguo Camino que hoy es Avda. Dorrego se veía, hasta 1946, esta antigua construcción de estilo hispánico o colonial.

LABORES EN LOS CAMPOS DE CHACARITA EN 1766

El 30 de agosto de 1766, se redactó un interesante memorial titulado “Para la Chacarita. Puntos aprobados por el Padre Lector”. Se refería a la serie de tareas que debían cumplirse en la amplia posesión del campo:

(...)

– Que mueva hasta las ánimas la tahona y también de madrugada.

– Que venga la carreta todos los días a traer y llevar trigo del Proveedor.

– Se le darán al tahonero, lámparas, velas y comida.

– Que atienda el Hermano a que Juan Pablo [labriego] entable las manadas de los tahoneros.

– Que se pongan ocho mujeres [indias y negras] a recoger trigo con tarea de media fanega de mañana y tres y media a la tarde. Los demás que van a la huerta, harán trabajos de bosta y rastro, hasta quitarles el rocío, que es a las ocho de la mañana.

– Que las viejas y embarazadas [esclavas] hilen y que se prosiga con las cuatro existentes en el telar y las muchachitas para las canillas.

– Que sólo ocho mujeres vayan a recoger bosta, que lo que no se recoja en el día, se acarree el otro, sin dejarlo en el campo.

– Que en la huerta haya cuatro a seis mujeres, para carpir y limpiar.

NOTAS

³ Estos datos los tomó Furlong de los inventarios que se cumplieron en 1767, cuando fueron expulsados los jesuitas por disposición de Carlos III.

⁴ Alberto de Paula, 1984.



- Que al viejo Chapes [anciano indio], con el caballerizo, no se lo quiten del cuidado de los cueros.
- Que se acarreen la mediería y los ladrillos enteros, de los hornos a los ranchos.
- Que las carretas se envíen cada tres días al Colegio.
- Que al tejador se le dé pan, carne y que le arrimen barro para los ladrillos de adobe.

La lectura de este documento, con una antigüedad de más de dos siglos, nos ilustra sobre algunas de las actividades campesinas, características de aquella Chacarita en los tiempos coloniales o hispánicos.

UNA GRAN FIESTA

Se conocen noticias y descripciones sobre fiestas y recepciones cumplidas en 1759 en los caserones jesuíticos, notables en esos tiempos por ser los únicos en las regiones cercanas a la ciudad. He aquí una narración, rescatada por Furlong:

Cuando fue promovido Monseñor Cayetano Marsellano y Agramont al Arzobispado de Charcas, los alumnos del Colegio lo despidieron con un acto literario y los Padres le ofrecieron un almuerzo en la quinta de la Chacarita. Ese acontecimiento tuvo lugar el día 26 de abril de 1759 y allí, además de los Padres del Colegio, estuvieron presentes los Señores Dean y los Canónigos de la Catedral; los Curas Receptores; el señor Fiscal, Protector de los Indios de la Audiencia de Charcas, don Benigno Navarro; el Alcalde de Primer Voto, Sr. Arroyo y los señores Quiroga, Campana, Rodríguez, Basavilbaso y Arriaga. Bajo los frondosos árboles se tendieron las mesas de aquel convite, que no debió ser corto, según eran las costumbres de la época y al que los negros [esclavos] del Colegio amenizaron con piezas musicales de su repertorio y también se declamaron poesías.

Como ya se indicó, los amplios caserones eran un punto de referencia clásico, en el medio de la llanura. Una crónica sobre el lugar la dio el historiador Hjalmar E. Gammalsson en su obra *Vetustos relatos porteños*. Narra un hecho policial acaecido en estos lugares por el año 1800. Un oficial de artillería comprobó que le habían robado en la ciudad “la valija de viajar”. Se sospechó de un negro a quien se siguió hasta la “Chacra del Colegio”, donde fue aprehendido y al acumularse éste con otros graves delitos se lo condenó a muerte. El acusado fue perdonado al aceptar el oficio de verdugo –que nadie quería tomar– pasando entonces de ladrón a “empleado” del Cabildo de Buenos Aires. El autor describe brevemente las características de esos lugares casi despoblados, los que con el correr de los años pasarán a ser parte de los barrios de Chacarita y Colegiales.

LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS (1767)

En el año 1767, por Real Cédula del monarca español, los sacerdotes de la orden de San Ignacio de Loyola (jesuitas o ignacianos), fueron expulsados de España y de todos los dominios reales o “provincias de Ultramar”. En Buenos Aires, era gobernador don Francisco de Paula Bucarelli, quien debió encargarse de hacer cumplir esa trascendente y discutida orden. Como consecuencia directa de ella, todos los bienes de los religiosos citados pasaron a ser de la Corona española y administrados por una Junta de Temporalidades. Dos años más tarde, esa Junta solicitó que se practicara una nueva mensura de las tierras afectadas y así se llegó a la conclusión de que tenían una legua y media de fondo (aproximadamente siete kilómetros y medio) llegando por un sector muy estrecho, casi hasta la actual ciudad de Ramos Mejía, en la provincia de Buenos Aires. El Estado se apropió de los lotes pero muchos ya estaban arrendados a particulares y los ocupantes de esos solares pagaban esos derechos al Colegio Máximo de San Ignacio, luego Real Colegio de San Carlos, fundado por el virrey Juan José de Vértiz y Salcedo en el año 1783 y más tarde por el Colegio Seminario y el Colegio Nacional, creación de don Bartolomé Mitre en 1863, para ser definitivamente Colegio Nacional de Buenos Aires, siempre con edificio al lado de la Iglesia de San Ignacio en la “Manzana de las Luces”.

Más datos sobre lo que existía en aquella “Chacrita”, los indica José Oscar Frigerio:⁵

Las rentas del Colegio, con las que se cubrían todos los gastos necesarios a su mantenimiento, estaban conformadas por las cuotas anuales de los estudiantes, los productos de la Chacarita y la Estancia de las Conchas, más los alquileres de las fincas del Colegio y los cuartos interiores.

En 1784, Vértiz entregó al Colegio la Chacarita de los Colegiales que había pertenecido a los jesuitas. El rector Juan Zaras recibió la chacra. Estaba integrada por algunas casas, una capilla, la sacristía, el almacén contiguo, dos patios, cocina, cuarto de carpintería, armazón de telares, ranchería, corrales y carretas. Junto a los inmuebles recibieron 49 bueyes, 3 vacas lecheras, 27 caballos, 5 yeguas, 2 mulas, 590 ovejas y carneros, 16 corderos y 102 cabras. Acompañaban a un lote de 14 esclavos negros, para servir con su trabajo. De ellos, 6 eran casados, para que sus mujeres los reemplazaran en trabajos más leves. También se entregaron 124 fanegas de cebada (casi 7000 kg),

NOTA

⁵ José Oscar Frigerio, febrero 1984.

181 fanegas de trigo (casi 10.000 kg) y 93 fanegas de leña de duraznero (aproximadamente 5200 kg), todo recogido y existente en la Chacarita.

INVENTARIO

Al mismo tiempo que la medición de esas tierras, se cumplió un inventario de todas las existencias que había en la “Chacarita de los Colegiales” y así se comprobó que en la dehesa vivían 135 esclavos, incluyendo mujeres y niños, con otros 24 trabajadores que habían sido llevados desde el Colegio para realizar obras de albañilería. Estos sucesos se explicaban así:

El Jefe que había ido a hacerse cargo de esa estancia con doce soldados, fue don Juan Francisco Somaló, quién se apresuró a hacer salir el mismo día para Buenos Aires a los Padres Sebastián Garau y Juan del Prado, con el Hermano Coadjutor, Conrado Rohl, únicos jesuitas que residían allí entonces, para evitar mayores escenas de sentimiento, pues los negros daban muestra de dolor con abundancia de lágrimas. Ocupóse la Chacarita y sacados de allí los Padres, fue menester enviar a consumir el Santísimo Sacramento, lo cual hizo el Padre Definidor, Francisco de San Cristóbal. Pero estando allí hasta 165 esclavos, el encargado de la estancia, Juan Vázquez escribía a Francisco de Paula Bucarelli: “los esclavos claman por Misa los días de fiesta”.

La administración de las antiguas posesiones jesuíticas quedó en esos tiempos en manos de los sacerdotes de San Francisco, los que procuraron ciudad tan extensa como productiva estanzuela.

UN LUGAR PARA REPOSO DE LOS VIAJEROS. ESTAMPAS VIRREINALES

La iglesia lugareña, los grandes edificios, las barracas y demás anexos de esa “chácara”, eran uno de los escasos sitios donde podían descansar los viajeros que llegaban a la ciudad de Buenos Aires desde el oeste o los que salían del poblado. En tales tiempos, el audaz que emprendía un viaje, sólo podía descansar en el pueblecito de San José de Flores (después de 1801), en Morón o en Luján, donde se reverenciaba a la Virgen en un sencillo rancho. Por sus comodidades y amplitud, estas construcciones fueron centro de fiestas (como la ya citada en homenaje a Monseñor Cayetano Marsellano). Procuraremos rescatar del olvido la descripción de alguna de esas fastuosas reuniones de los tiempos virreinales. En tiempos del Virrey

Nicolás de Arredondo, que gobernara entre los años de 1789 y 1795, se cumplieron ceremonias muy destacadas. A comienzos de 1789, salió de Córdoba para el pueblo de Luján. Se lo había nombrado en marzo de ese año y debía reemplazar a Nicolás Cristóbal del Campo, Marqués de Loreto. El nuevo mandatario llegó a la llamada Guardia de Luján, donde lo esperaban representantes del Virrey que debía cesar en su cargo. Allí estaban: un diputado de la Real Audiencia; el Señor Oidor, don José Pareja y Cortés; don Miguel de Azcuénaga y el Provisor del Señor Obispo. El Virrey Arredondo cumplió el largo viaje acompañado por su esposa y sus dos hijos y almorzó en Luján siguió viaje hasta la aldea de Morón, allí pasó la noche y prosiguió su viaje al amanecer hasta la Chacarita. El señor de Basavilbaso había preparado un cómodo alojamiento para el alto funcionario y su comitiva. Ese empleado del Cabildo de Buenos Aires se adelantó y aconsejó al Virrey Arredondo partir por la mañana para que pudiera almorzar en los caserones que habían sido de los religiosos jesuitas. Transcribimos un relato de *Estampas del pasado*.⁶

La importante comitiva se completaba con la presencia de los miembros de la Real Audiencia, del Tribunal de Cuentas y del Cuerpo de Individuos, con sus Maceros y habiéndose apeado a la puerta y formándose en dos alas el Señor de Loreto al medio, entraron en el gran patio y saliendo el Excelentísimo Señor nuevo Virrey al encuentro, adelantóse el Señor Loreto por medio de las dos filas, se saludaron y abrazaron y después de los primeros cumplimientos y antes de entrar al salón, el Señor Loreto, tomando la izquierda, le entregó el bastón en señal de ejecutarlo del mando y el nuevo Virrey le dio el que llevaba, que expresó no era el correspondiente, porque no estaba proveído, ni había considerado que sucediese esto.

Así se veían en 1890 los caserones que construyeron los religiosos por el año 1750.



NOTA

⁶ José Luis Busaniche, 1959.

Anotamos que más allá de la barroca redacción de esos momentos y de la serie de etapas protocolares, la descripción realizada por el cronista que observaba tan significativas escenas, nos ilustra sobre las costumbres virreinales y las características de tales costumbres, que hoy no podemos ni imaginar que acaecieran en nuestras regiones hace ya poco más de dos siglos.

Pero sigamos con el relato. Los altos funcionarios, luego de saludar como correspondía, pasaron al amplio salón y tras ellos los otros acompañantes de las dos comitivas:

Entonces el Señor de Loreto le presentó el nuevo Virrey a la Excelentísima Señora y luego, habiendo salido a la sala, sentándose en la silla del dosel de la izquierda, recibió los cumplimientos de todos y pasado en todo esto más de media hora, se determinó salir a tomar los coches que en el mismo orden en que habían ido, volvieron a la ciudad. El Excelentísimo Señor nuevo Virrey se condujo en la carroza del señor de Loreto y a su derecha, a los vidrios, el Segundo Oidor Decano. La Excm. Señora quedó en la Chacarita para salir después de algún tiempo y quedaron acompañándola en el salón, el señor de Basavilbaso y otros sujetos. El nuevo Virrey, partió entonces cuando lo consideró, en una carroza con seis mulas y con él sus dos hijos, al vidrio [junto a la ventanilla] y la guardia correspondiente. Después seguían los coches de los particulares que quedaron acompañando a su excelencia.

*Escudo nobiliario del
Virrey del Río de la Plata,
don Joaquín del Pino.*



LLEGA EL VIRREY

El historiador José M. Mariluz Urquijo⁷ anota referencias sobre el paso de Avilés por la región que nos ocupa. Así explicaba:

Al conocerse en Buenos Aires la aproximación de Avilés, [que venía de Chile] se nombraron embajadores especiales para que fueran a la Villa de Luján a darle la bienvenida. El Cabildo designó a Tomás Antonio Romero y a Cornelio de Saavedra y el Consulado designó a Martín de Saratea y a José Blas de Gainza. En Luján departió con los comisionados y el 12 de marzo de 1799 anunció su llegada al Virrey Olaguer. Desde Buenos Aires partieron Olaguer Feliú y el Cabildo en pleno hacia la Chacarita de los Colegiales, donde se serviría un gran convite en honor de Avilés, antes de que éste entrara en la ciudad.

La lúcida comitiva —explicaba M. Urquijo— se componía de los coches de su Excelencia, Gaspar de Santa Coloma; Antonio de las Cajigas, Francisco Antonio de Escalada y de dos coches de alquiler, todos de dos tiros y con sus respectivos lacayos. En uno de ellos viajaba el “Sello Real” y los Maceros del Ayuntamiento. Después de las penurias de un largo trayecto, Avilés concentraría en la “Chacarita” un recibimiento digno de su investidura y allí podría disfrutar de la agradable temperatura, propia del mes de marzo, en un marco de verdor y rodeado por los vecinos más característicos de la ciudad. Vale la pena detenerse en la descripción del festín que le habían preparado, porque brinda una idea adecuada de los recursos culinarios en la época del Virreinato y lo que se obtenía en la Chacarita:

En aquellos días acabaron sus días dos pares de pavos grandes, diez pavitos, treinta y siete pares de pichones [palomas], dieciocho patos, veintidós pollos y diecinueve gallinas escogidas. No faltaba el pescado fresco y conservado: bacalao, anchoa, pejerreyes, lisas y anguilas y para precaver todo riesgo de que los invitados quedaran insatisfechos, guarnecían la mesa otras menudencias: dos jamones, patitas de cordero, lenguas asadas, morcillas, salchichas y salchichones. Como condimento de algunos de los platos, figuraban alcaparras, escabeches, salsa de mostaza, pimienta, canela y azafrán de Castilla. De postre, se sirvieron masas, dulces, y un “gateau de almendras” y luego café y roseló, alternando con el vino de

NOTA

⁷ José M. Mariluz Urquijo, 1964.

Virrey Joaquín del Pino.

Mendoza y el carlón de Cataluña. Los héroes de esta epopeya, que puso a prueba el temple estomacal de los próceres de Buenos Aires, fueron el cocinero principal José Duró, otro llamado "Facultativo de repostería", don Pedro Botet y el célebre Monsieur Ramón, hábil "Cordon Bleu", que dirigía una Academia donde aprendían a cocinar los esclavos de las casas ricas. Ponían una nota de color los cinco sirvientes peluqueros encargados del aderezo de las pelucas de los caballeros invitados.

EL VIRREY DON JOAQUÍN DEL PINO

El Virrey Gabriel Avilés y del Fierro, gobernó desde el 14 de marzo de 1799 hasta el 20 de mayo de 1801; lo sucede don Joaquín del Pino, quien ocupaba el Virreinato por ascenso, pues había dejado sus funciones de Capitán General de Chile y también estuvo por estas regiones. Deseamos rendir homenaje a nuestro ilustre antepasado, dejando constancia de sus títulos. En la obra *Blasones de los Virreyes del Río de la Plata*, de Sigfrido A. Radaelli,⁸ se lee:

Don Joaquín del Pino y Roxas, Romero y Negrete, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata y de sus dependencias, Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, Superintendente General Subdelegado de la Real Hacienda, Rentas de Tabaco y Naypes, de Azogue y Minas y Real Cuenta de Correos de este Virreinato.

Volviendo al virrey Avilés, anotaremos que el 12 de mayo llegó a Luján y de allí pasó a la Chacarita de los Colegiales, donde –según parece era la costumbre habitual– fue agasajado con otro gran banquete.

LOS ALUMNOS DE SAN IGNACIO COMÍAN POCO...

A pesar de tan abundantes festines en los caserones lugareños, indicativos de la abundancia que en la chacra había de carnes, frutas y verduras debemos comentar que los alumnos internos del Colegio que sucediera al de San Ignacio, no comían muy bien... En general, era muy frugal lo que se veía sobre las mesas de los comedores según se infiere de algunos documentos de esos años. La realidad es que los víveres producidos en la granja no llegaban siempre hasta los jóvenes alumnos... Veamos un caso: Don Joseef García, vecino de Buenos Aires había dejado a un hijo como alumno pupilo en el Colegio en el año 1799. Por carta, don Joseef se quejó ante el Rector del



Colegio Seminario de San Carlos, que era entonces el sacerdote Luis José de Chorroarín, indicando que los alumnos comían muy poco, refiriéndose en especial al caso de su hijo. Así se expresaba:

Este Colegio tiene una pingüe y abundante chacarilla que produce granos, aves, frutas y cuanto se pueda desear, pero se venden todos sus productos y de ellos se aprovecha el Rector.

No sabemos qué fin tuvo la protesta que –al pasar– relacionamos con los comentarios de Miguel Cané en su obra *Juvenilia*, al referirse a los pobres almuerzos y cenas que se daba a los alumnos del Colegio Nacional, por el año 1863...

NOTA

⁸ Sigfrido A. Radaelli, 1959.

Los invasores británicos y la antigua Chacarita

Cuando gobernaba el Marqués don Rafael de Sobremonte, llegaron a Buenos Aires invasores británicos con la decisión de apoderarse de estas “provincias de ultramar” de la Corona española.

A fines del mes de junio de 1806, los ingleses (corresponde llamarlos británicos, pero usaremos la terminología habitual) desembarcaron cerca de la localidad de Quilmes dirigidos por el general Guillermo Carr Beresford. La escuadra que los traía había partido de la recién conquistada colonia holandesa en El Cabo, al el sur de África y los navíos estaban comandados por el comodoro Home Popham. El virrey Sobremonte no atinó en tales circunstancias a dictar medidas para contener a los invasores y así, los 1500 soldados enemigos pudieron apoderarse del Fuerte y por ende, de la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata. Mientras el Virrey se dirigía al interior en procura de ayuda militar, el pueblo se aprestó a reconquistar su ciudad. Españoles y criollos procuraron armarse bajo la dirección de don Santiago de Liniers, un oficial de marina francés bajo las ordenes españolas (ambos países eran entonces aliados contra el enemigo común: Inglaterra). El criollo don Juan Martín de Pueyrredón logró reunir 600 hombres –casi todos paisanos– y enfrentó a los invasores en Perdriel, donde fue derrotado.

Liniers tomó entonces el mando general de sus tropas y se trasladó a Colonia (Uruguay), para solicitar ayuda. Al retornar, se reunieron con él los dispersos de Perdriel y se dirigió hacia la ciudad. También se incorporaron pobladores de las afueras, que debieron atravesar lodazales, pues el tiempo era lluvioso.

Todas las tropas procuraron concentrarse en los caserones de la Chacarita, que habían construido hacía ya muchos años los jesuitas. Allí los hombres descansaron y se proveyeron de más armamento, incrementado el contingente por la incorporación de labriegos y pobladores de nuestros barrios de hoy.

El día 10 de agosto, el capellán, Padre Pedro Larrañaga ofició misa en la capilla, a la que asistieron don Santiago de Liniers, los oficiales, soldados y el vecindario. Luego, el ejército reconquistador avanzó desde la Chacarita hacia los Corrales de Miserere (Plaza Once de Septiembre) para desde allí intentar atacar la Fortaleza (hoy Casa de Gobierno, en la Plaza de Mayo). Liniers intimó la rendición al jefe británico Beresford desde El Retiro, lugar que logró ocupar y entonces se entablaron violentos combates. Finalmente el 12 de agosto de ese año de 1806, los británicos se vieron obligados a rendirse. Su flota

permanecía en el Río de la Plata esperando la llegada de refuerzos para volver a atacar la posesión española.

En 1807, los refuerzos para el ejército británico ya habían arribado. La fuerza de invasión llegó a contar con 12.000 hombres dirigidos por el general John Whitelocke. Pronto cayó Maldonado, en la otra Banda y enseguida Montevideo; fue inminente el segundo ataque a la ciudad de Buenos Aires. Inicialmente los invasores, lograron derrotar a Liniers, quien debió internarse en la campaña y halló acantonamiento en los caserones de la antigua Chacarita Así informaba Liniers a sus superiores militares:

Mi puesto de reunión era la Chacarita de los Colegiales, pero la oscuridad de la noche me impidió tomarla por el riesgo inminente que tenía de caer en alguna avanzada de los enemigos y esto me hizo determinar a pasarla en una casa en la que tuve la noche más amarga que jamás he sufrido. Al amanecer el día 3 me transporté a la citada Chacarita, donde encontré algunas piezas de artillería de a 11, de la batería de la Recoleta, las que se habían salvado y desde allí marché inmediatamente a la ciudad.

El historiador Alberto M. Salas, dejó esta nota que tomó de documentos del Archivo General de la Nación:⁹

(...) ante el inminente ataque de los ingleses, ya en la Banda Oriental, se pidió al doctor Chorroarín, Rector del Real Colegio de San Carlos, que lo desocupara, para que en el edificio se instalaran soldados, enviando para ello a los alumnos a los campos de la Chacarita. (7 de marzo de 1807.)

El 4 de julio de 1807, la situación en Buenos Aires era dramática: los británicos se aprestaban, pero el pueblo en armas también estaba dispuesto para la defensa... Y en esos momentos llegó un chasqui desde la Chacarita del Real Colegio de San Carlos y anunció a los pobladores que en tal lugar estaba ya listo el ejército, con artillería, soldados y milicianos —entre ellos muchos lugareños de la Chacarita— listos para marchar a defender a Buenos Aires. Pronto se entabló la lucha con los británicos que habían partido de El Retiro y el 5 de julio de 1807, el pueblo de Buenos Aires volvió a derrotar a los invasores.

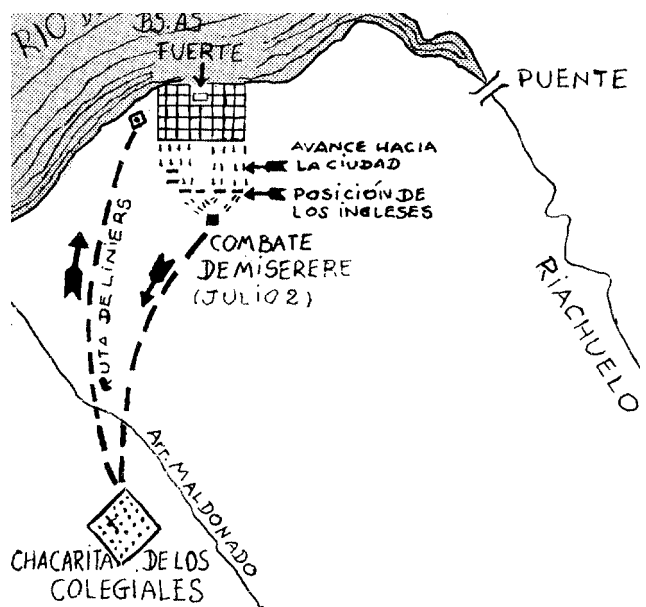
EL MOJÓN DE LA ARGENTINIDAD

La Chacarita de los Colegiales, como hemos visto, vivió en los años de 1806 y 1807 momentos de gloria. Rindamos homenaje a muchos agricultores y pobladores de estos lugares que lucharon contra los que pretendieron apoderarse de nuestra ciudad. Como recuerdo de tales sucesos, hace pocos años se colocó en la intersección de las calles Corrientes, Forest y Jorge Newbery un monolito llamado Hito de la Argentinidad construido con ladrillos de la Chacra de Márquez. Lo mismo se hizo en otros lugares donde se convocaron o pasaron los pobladores en respuesta al llamado de la ciudad amenazada.

DESDE 1807 HASTA LOS DÍAS DE MAYO DE 1810

Entre 1807 y 1810, es decir, desde el heroico momento en que se encaró la “defensa” de la capital del Virreinato del Río de la Plata, hasta el movimiento revolucionario del 25 de Mayo, hubo calma en la “chacarita” de los antiguos jesuitas y su entorno campesino. Los alumnos del Real Colegio Convictorio Carolino retornaron a sus estudios y volvieron a descansar en las bellas llanuras del oeste, cerca del arroyo Maldonado, —entonces con buenas aguas e incluso peces— praderas feraces, montes de árboles frutales y de sombra y la posibilidad de andar a caballo, sin freno a sus galopes. Pero otros tiempos se avecinaban...

Croquis que ilustra los avances militares durante la Segunda Invasión Inglesa (1807).



NOTA

⁹ Alberto M. Salas, 1981.

Segunda época

Desde Bernardino Rivadavia hasta la implantación
del segundo cementerio (1871)



*Dibujo del artista Roux
ilustrando el paso de los
furgones fúnebres con
víctimas de la epidemia de
fiebre amarilla de 1871. El
convoy era arrastrado por
la histórica locomotora "La
Porteña". (Mundo
Argentino.)*

TIEMPOS RIVADAVIANOS

En la década de 1820 aprovechar las tierras que habían sido de los jesuitas fue un recurso estatal. Eran terrenos amplios, fértiles y no muy alejados de la ciudad de entonces. Con el propósito de una mayor explotación, en 1822, el gobierno de Martín Rodríguez encargó a don Juan José Ozín, medir nuevamente las tierras de la Chacarita y “cobrar cuidadosamente” los alquileres de las fincas y posesiones del Estado en esos lugares. Se pensaba ya en planes futuros de explotación y en inmigrantes.

Pero no todo era afortunado en esas regiones. Los pocos agricultores allí establecidos debían afrontar riesgos de distinta índole: robos de bandoleros, ataques de “montoneros”, avances de tropas del Gobierno, sequías, etc. Juan Manuel Beruti en sus *Memorias curiosas*,¹⁰ comentaba:

Nos ha venido una plaga de langostas tan temeraria que nos ha destruido nuestras sementeras, quintas, pastos, árboles y cuanto fruto hay, en término que según se dice por los hombres viejos, no ha habido otra igual en más de sesenta años y aún sigue sin concluir esta plaga.

Y –como era lógico– los campos cultivados de la Chacarita quedaron diezmados.

UN SITIO ESPECIAL PARA CRIAR GANADO DE BUENA RAZA

La excelente calidad de los pastos y la abundancia de agua en estos lugares, así como el hecho al tratarse de tierras del Estado desde 1767, favorecieron para que los predios de la Chacarita de los Colegiales fueran elegidos para criar allí animales de buenos orígenes, importados desde Europa con la finalidad de mejorar las razas de los animales criollos, tanto vacunos como equinos y ovinos. Los animales traídos desde el exterior en tiempos de Bernardino Rivadavia eran conducidos a los campos de pastoreo para que se aclimataran y reprodujeran. Muchos prosperaron y fueron el origen de excelentes planteles ganaderos.

La primera importación de caballos de raza se concretó en 1823 cuando Rivadavia era Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores del gobernador Martín Rodríguez. Eran caballos de Frisia –región de la actual Holanda– que se caracterizaban por su gran fuerza y resistencia. La



Escena de una Estancia porteña. Litografía 1820.

NOTA

¹⁰ Juan Manuel Beruti, 1960.

operación tiene fecha del 24 de noviembre y los equinos fueron adquiridos a la firma de Londres Hullet Hnos. En la orden se expresaba:

Se comprarán en el punto de Europa en que se puedan conseguir, dos a cuatro caballos padres de las mejores razas de frisones. Asimismo se procurarán carneros padres de las mejores lanas del norte de Europa, no pasando de dos docenas de animales.

Así se cumplió y esos animales llegaron a nuestra ciudad cuidados por mozos de campo y llevados en carretas a lugares de cría ya preparados en los campos de la Chacarita y entregados al cuidado de los expertos Federico Schmaling y Felipe Piñeiro el 12 de mayo de 1826. En esos años, administraba esas tierras del Estado don Pedro Fernández. En total llegaron tres caballos de Frisia, una yegua de la misma raza y quince carneros con nueve ovejas (de raza merino). Estos animales se reprodujeron en los amplios potreros y más tarde, algunos de ellos y sus crías fueron mostrados en exposiciones. Por ejemplo, el 13 de abril de 1855, se celebró una muestra ganadera en la que había sido la Casa de Rosas, en Palermo y donde se presentaron varios caballos frisones, denominados Hure descendientes de los importados 30 años atrás en tiempos de Bernardino Rivadavia y criados en la Chacarita.

También en 1826, cuando parte de esas tierras ya se habían destinado como residencia de agricultores alemanes, en varios sectores se volvieron a dejar más ovinos importados que se trajeron desde Inglaterra. Se trataba en este caso de 30 animales de raza Angora y del Tibet. A estas circunstancias se refería don Juan Manuel de Rosas en sus *Instrucciones al estanciero*, recordando que en la Chacarita en 1826, se habían aclimatado perfectamente ovejas de la mejor raza (como la llamada South Down –pelo del Sur–). Esos animales estuvieron un tiempo en estas regiones y más tarde pasaron a la estancia Rincón de Ginés, cerca de Mercedes, pero lamentablemente fueron exterminados poco a poco por los soldados de los caudillos del interior que pasaban por la zona y no tenían dudas en preparar un asado criollo con una oveja de excelente raza inglesa...

INMIGRANTES ALEMANES EN LA ANTIGUA CHACARITA

En tiempos rivadavianos, como ya adelantamos, se realizó un intento de colonización con agricultores procedentes de Alemania, que fueron radicados en los terrenos de la Chacarita de los Colegiales. Bernardino Rivadavia había propiciado la llegada a nuestro país de colonos europeos, a quienes había tratado durante sus

viajes. A comienzos de 1827, ya en plena guerra con el Imperio del Brasil, el presidente Rivadavia encargó al empresario alemán Carlos Heine que viajara a su país de origen para interesar a labradores alemanes que desearan instalarse en nuestra Patria. Serían ayudados por el gobierno argentino, que pagaría el costo del viaje, la estadía en la ciudad por unos días y la posterior instalación en tierras del Estado. Se aconsejaba a Heine que convocara a personas de religión católica, pero esto no sería asunto excluyente. El ministro Julián Segundo de Agüero, sacerdote a cargo de la cartera de Gobierno, declaró en abril de 1827 que el presidente Rivadavia ya había aprobado los planes del empresario Heine y que consideraba interesante su proyecto poblador y así se expresaba:

El Gobierno Nacional desea que se tengan todas las consideraciones debidas a los inmigrantes contratados y ordena que se los envíe a un lugar digno.

Carlos Heine viajó a su país y allí logró interesar a medio centenar de familias de agricultores que se embarcaron en la fragata holandesa *Cambang Fatie*. Para alojar a los esperanzados viajeros, el gobierno de Rivadavia decidió facilitarles lotes en “enfiteusis” (usufructo) en las tierras estatales de la Chacarita de los Colegiales, que –entre otras ventajas– contaban con algunos caminos de acceso. Los colonos germanos que arribaron a nuestro país constituían 46 familias y eran en total 163 componentes.

El Gobierno Nacional había estado preparando desde el año anterior el que sería el lugar de vida de los inmigrantes y el 27 de septiembre de 1826 decretó la formación de un pueblo en la Chacarita, en plena llanura y no lejos del arroyo Maldonado, es decir a algo menos de dos leguas de la ciudad de Buenos Aires. Se comisionó al agrimensor del Estado, Narciso Parchappe, la planificación del nuevo poblado, quien comenzó por medir los terrenos, dividiéndolos en “chacaras” menores, pero con la superficie suficiente para abastecer con sus cultivos a una familia. Parchappe trazó varios caminos y reservó lugar para una plaza pública y el correspondiente “ejido”, pensando en futuras expansiones. El decreto pertinente ordenaba que el pueblo se denominara “Chorroarín”, en homenaje al sacerdote que fuera Rector del Real Colegio de San Carlos (1791). La fundación tuvo lugar en marzo del año 1827, destinándose un lote para cada una de las familia de inmigrantes alemanes que esperaban en la ciudad de Buenos Aires. En el momento en que se formaba la aldea, el lugar ya había tenido desmembraciones, porque esas tierras estatales se donaban o arrendaban a particulares o militares, por imperio de la llamada “Ley de Premios”, beneficiando a muchas personas, en especial a miembros

del ejército que se habían destacado. Se comprobó entonces que las tierras que restaban no eran suficientes para dar de vivir a familias algo numerosas.

En esos años, Felipe Senillosa, agrimensor, ingeniero militar de origen español y nombrado director del Departamento de Topografía por Rivadavia se encargó de la mensura definitiva de las tierras que nos ocupan y el trazado de los caminos que con el correr de los años, fueron importantes avenidas de nuestros barrios: Dorrego, Jorge Newbery, Federico Lacroze, Warnes, etc. Muchas de otras calles actuales se originaron en los senderos que separaban las "suertes" desde los tiempos de la posesión jesuítica.

Veamos algunas de las indicaciones de los planes fundacionales:

El terreno libre contiene unas setenta cuadras de monte y ochenta cuadras para sembrar, divididas en diferentes potreros que contienen árboles frutales. Las zanjas se hallan en regular estado y sujetando la división del terreno en lo posible, en una forma capaz de sacar provecho de dichos fosos. Se han señalado dos calles principales, de treinta varas de ancho, que se dirigen al centro del pueblo proyectado y ésta se designa donde se halla el edificio de la Chacarita, tanto por la elevación del terreno, como para aprovechar lo ya existente.

CONSTRUCCIONES EXISTENTES EN LA FORMACIÓN DEL POBLADO

Los jesuitas, primeros dueños de las tierras de la Chacarita, habían construido allí –como se dijo– caserones de estilo español, barracas, ranchos, graneros, caminos, canales, pozos para agua y formado montes o bosquillos. Se destacaba del conjunto la sencilla, pero agradable capilla con un enterratorio a su vera. Las casonas jesuíticas tenían grandes cuartos, construidas con gruesos muros de ladrillos fabricados en el lugar, prolijamente encalados y los techos eran de tejas españolas, sostenidos por troncos de palma. Se llegaba al edificio principal por un ancho y recto camino, de unas 500 varas de longitud, que comenzaba en la actual Av. Warnes, para comunicarse con el viejo "Camino del Fondo de la Legua".

Recordamos que las principales edificaciones hechas por los jesuitas estaban aproximadamente donde hoy se hallan –dentro del Cementerio del Oeste– los Panteones de los Españoles y de la Policía Federal.¹¹

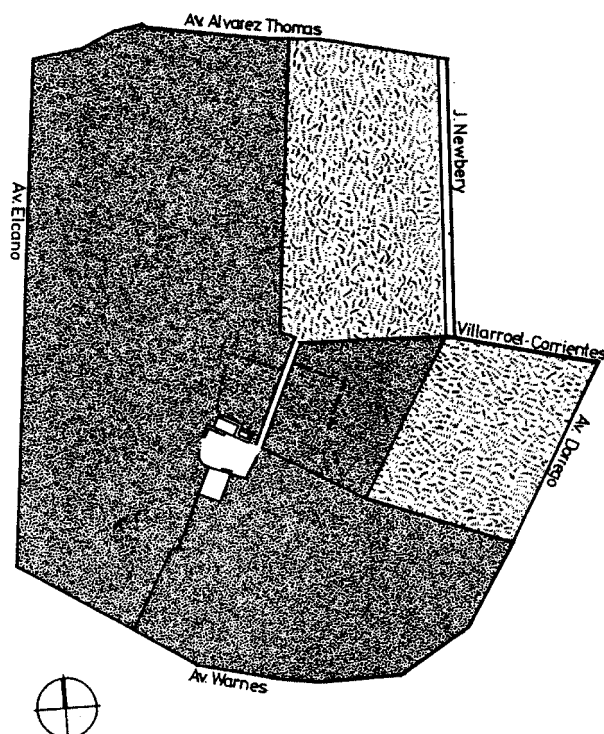
El ingeniero oficial Senillosa explicaba en un informe:

Las quintas de la Chacarita tendrán cuatro cuadras o conforme parezca más conveniente. Algunas tienen parte de monte, pero no ha sido posible hacer lo mismo con todas las demás. Se han dejado cuatro pequeñas plazas y una mayor que pueda convenir a este pueblo de labranza. En el medio de la plaza central se señala un cuadrado de cien varas de lado para edificios públicos. Algunas piezas del primer patio son de bóveda y las demás tienen techo de madera, cubierto de tejas. La Capilla tiene un gran agujero en la bóveda, la cual puede ser recompuesta sólidamente o de una manera provisional. El almacén es muy propio para una escuela y en general, el edificio tiene una capacidad para treinta o cuarenta familias, con alguna comodidad. Se aconseja proveer a los colonos de animales e tiro, para que puedan llevar sus productos a las chacras de la ciudad [a una legua y media o poco más, hacia el este].

LA CREACIÓN DEL PUEBLO DE CHORROARÍN

Transcribiremos el Decreto del Pueblo según se puede conocer en el Registro Nacional del año 1826 (Archivo de Fernando Crudo):

*Plano de 1826 elevado
por el Dr. Felipe Senillosa.
Dirección de Geodesia de
La Plata.*



NOTA

¹¹ Héctor Ottonello, Prólogo de *Juvenilia*.

Fundación de un pueblo denominado “Chorroarín”, en el lugar conocido con el nombre de Chacarita de los Colegiales [Decreto N° 2057 del 25 de septiembre del año citado]. El Presidente de la República [lo era entonces Bernardino Rivadavia], ha acordado y decreta: Art. 1° En el lugar conocido como “Chacarita de los Colegiales”, de propiedad del Estado, queda destinado todo el terreno que no esté poblado en arriendo, para formar un pueblo. Art. 2° El poblado se formará con sujeción a la traza y delineación ya practicada por el Departamento Topográfico, cuyo plano ha sido aprobado en esta fecha. Art. 3° Cada manzana se dividirá en doce solares iguales y su distribución se hará con arreglo a lo dispuesto en los Decretos del 9 de Agosto de 1824 y 12 de Enero de 1825. Art. 4° Las suertes de quinta que el terreno permita, se distribuirán entre las familias emigradas que quieran dedicarse a su cultivo, debiendo constar cada una, de 220 varas de frente, con igual fondo. Art. 5° Las suertes de quinta de que habla el artículo anterior se darán en enfiteusis, como está dispuesto respecto de las tierras de propiedad pública, pero en los dos primeros años, serán los enfiteutas exentos de pagar el cánón que les corresponda, con arreglo a la Ley del 18 de Mayo último. Art. 6° A cada familia de las que reciban una suerte de quinta, se le dará en la población un solar con la extensión que establece el Art. 3°. Art. 7° Una comisión compuesta del Juez de Paz y dos vecinos que nombrará el Ministro de Gobierno, hará la distribución de los solares y suertes de quintas, dando oportunamente cuenta para librar a favor de los interesados los títulos correspondientes. Art. 8° La misma Comisión es encargada particularmente de dispensar a las familias emigradas toda la protección necesaria, para que, establecidas cómodamente, se promueva la emigración de familias industriosas, en tanto se interesan los progresos del país. Art. 9° Los Comisionados se pondrán de acuerdo con la Comisión de Inmigración, por la que se proporcionarán los recursos necesarios para hacer efectivo lo que se recomienda en el anterior artículo. Art. 10° Dispondrán igualmente y sin pérdida de tiempo, se habilite el Templo que allí existe y propondrán en su oportunidad el partido que pueda sacarse del resto del edificio, en beneficio de la nueva población. Art. 11° Por el Departamento Topográfico se procederá a demarcar el pueblo, con sujeción a la traza que presenta el plano, y a proponer la denominación de las plazas y calles. Art. 12° El Ministro Secretario de Gobierno queda encargado de fijar el día en que deba procederse a la erección del pueblo que se ordena por el presente Decreto y los individuos a quienes cometa por el mismo, la celebración de este acto, y que se extenderán un acta que se registrará con este Decreto en el Departamento Topográfico. Art. 13° Comuníquese a la Comisión de Inmigración y dése al Registro Nacional. Fdo: Rivadavia – Julián Segundo de Agüero.

El 11 de mayo por la mañana, se cumplió la ceremonia de fundación del pueblo de “Chorroarín”, con la presencia del doctor Vicente López y Planes, autor de la letra del Himno Nacional Argentino y en esos años Juez de Paz del pueblo de San José de Flores, el núcleo habitado más cercano a los caserones de la Chacarita. (Acotemos que según el historiador Jorge Ochoa de Eguileor, ese pueblo estaría actualmente limitado por las calles Elcano, Álvarez Thomas, Jorge Newbery, Corrientes, Dorrego y Warnes.) Asistieron también el Presidente de la Comisión de Inmigración, don Juan Bautista Gomensoro y dieciséis de los colonos alemanes que serían testigos del acto fundacional. Para explicar la posición y los anhelos del gobierno y el significado de tal formalidad, habló el funcionario don Ramón Larrea cuyas palabras fueron de inmediato vertidas al idioma alemán para que todos tomaran conocimiento. Enseguida se dirigió a los inmigrantes don Vicente López y Planes, quien —entre otros conceptos— manifestó:

Quando se trató de dar un nombre a este pueblo que se levanta en los campos que pertenecieron al Colegio de San Carlos, de Buenos Aires, ¿qué nombre puede presentarse con más naturalidad y justicia que el de “Chorroarín”?

Pocos minutos más tarde, se entregaban los solares a los agricultores.

SURGEN DIFICULTADES PARA LOS INMIGRANTES

Las esperanzas de los recién llegados eran grandes, acordes con las promesas que les hiciera el empresario Carlos Heine y los funcionarios del gobierno. Todo comenzó auspiciosamente, pero muy pronto se desvanecieron las ilusiones, debido a causas externas. El país mantenía una guerra con el Imperio del Brasil y poco tiempo después cayó el gobierno de Buenos Aires, por lo cual, la incipiente colonia tuvo muy poca ayuda oficial. Los agricultores comenzaron a trabajar con mucho entusiasmo, pero pronto aparecieron dificultades. En una nota dirigida al Gobierno, expresaban que las familias debían vivir todavía en los antiguos edificios jesuíticos, mientras procuraban construir sus casas. Así lo explicaban:

A pesar de los escollos, nosotros habíamos trabajado con todo tesón y a costa de una economía rigurosa, habíamos conseguido ponernos en actitud de levantar nuestras casas y varios [de nosotros], habían ya comenzado a construirlas a la entrada del verano, pero el funesto movimiento del 1° de Diciembre, arruinó todo cuanto habíamos adquirido. En efecto: las tropas de aquel aciago movimiento nos saquearon con tal inhumanidad, que nos

desnudaron hasta de las ropas que vestíamos, se apoderaron del establecimiento y nos arrojaron de él.

La historiadora María Haydeé Martín explica que luego del Pacto de Cañuelas, los labradores retornaron al pueblo de Chorroarín para proseguir trabajando con nuevas esperanzas. Pero otra vez la desdicha los afligió, porque las tropas revolucionarias volvieron a irrumpir en sus chacras, destruyendo todos los sembradíos, apoderándose del ganado y –por consiguiente– ahuyentando a los pacíficos trabajadores y vecinos. Otro informe de los colonos se expresaba:

Tanto en la primera, como en la segunda expulsión, nos vimos necesitados al extremo de tener que vivir errantes en la ciudad de Buenos Aires, hasta tener que pordiosear el preciso alimento para socorrer a nuestras desgraciadas familias.

De vuelta en sus tierras, los agricultores alemanes pidieron que se les permitiera aprovechar los montes de árboles que había en la Chacarita, porque allí abundaba la madera para leña y los frutales, comprometiéndose a extirpar las malezas, generalmente de tunas y cina-cina, abrir más zanjas y mejorar los cercos.

El día 19 de octubre de 1829, un decreto oficial ordenaba que se practicara una nueva mensura de la región, para saber si era posible adjudicar lotes en enfiteusis a otros agricultores, pero ya argentinos. Como resultado de la medición, se destinaron a tal uso 37 manzanas dando a cada solar un frente de 500 varas y un fondo de 1000, adjudicándose así una superficie de 372.380 metros cuadrados. Este decreto, emanado del gobernador general Juan José Viamonte y del ministro Tomás Guido, creaba nuevos problemas, porque al repartirse esos lotes, los inmigrantes alemanes iniciales se veían rodeados por otros pobladores y como consecuencia, imposibilitados de expandir sus tierras y de prosperar. La citada historiadora indica un informe del Departamento General de Policía elevado por el Comisario Gervasio Arzac donde se explicaba que los agricultores alemanes vivían hasta ese momento en el edificio central –a pesar de sus muchos años– y que allí guardaban los útiles para la labranza y que en uno de los patios se recogía al ganado durante la noche para evitar los robos. Concluía su informe indicando que ya se habían sembrado diez cuerdas con trigo.

En febrero de 1830, el agrimensor Narciso Parchappe volvió a medir esas tierras de la Chacarita de los Colegiales, cuando ya era gobernador don Juan Manuel de Rosas, en el mando desde el 8 de diciembre de 1829. El técnico comprobó que esas tierras estatales estaban muy fraccionadas y que los colonos germanos –ya con varios

hijos nacidos en el lugar– no podrían subsistir con los lotes adjudicados en enfiteusis, además ya quedaban muy pocos desocupados aptos para el cultivo y la cría de ganado. Estas conclusiones significaban el fracaso del ensayo poblador y como consecuencia, la inminente desaparición del pueblo de “Chorroarín” y poco a poco, los inmigrantes fueron abandonando sus lotes a medida que conseguían otros trabajos. Algunos marcharon hacia el interior del país, para trabajar en las estancias y otros se emplearon en la ciudad de Buenos Aires, para ejercer sus oficios originales.

LOS POBLADORES EN 1829

Siempre siguiendo a la profesora Martín, anotamos apellidos de aquellos agricultores que decidieron –infructuosamente– vivir y prosperar en la Chacarita de hace 170 años:

VECINOS

Carlos Feurer
Viuda de Schmichet
Adán Michuit
Guillermo Frautt
Juan Lohrey
Antonio Leopold
Enrique Brettthner
Andrés Muninger
Julio Gerharnd
Felipe Guerlinger
David Schmidt
Jorge Hum
Pablo Lohrey
Jorge Stock
Conrado Philipp
Enrique Schmidt
Carlos Klein
Juan Jorge Biyer
Felipe Sonntag
Pedro Bext
Bernardo Petty
Santiago Reiner
Juan Boerlinger
Martín Kuening
Juan Muñer
Antonio Huffner
Juan Sonntag

El colono Bernardo Petty, que era maestro, de inmediato se dedicó a enseñar a los niños del poblado.

PENURIAS DE LOS AGRICULTORES CHACARITENSES

Ya nos referimos a las invasiones de langostas que terminaron con los cultivos de los labriegos llegados de tan lejos. A ello se agregaron otros infortunios. Carlos Darwin comentaba que el período comprendido entre los años 1827 y 1832, fue tan escaso de lluvias, que se denominó “La gran seca”. Durante esos años, murieron muchos animales y prácticamente desapareció la vida vegetal, y “hasta los cardos dejaron de crecer”. El paso de soldados de diversas facciones –en realidad facinerosos o poco menos– fue una permanente preocupación, que llegó a alarmar a los pobladores. En el periódico *El Tiempo* del 12 de mayo de 1829 pudo leerse esta noticia:

En la mañana del día de ayer entraron en la Chacarita de los Colegiales como 50 montoneros, en donde se hallaban 16 familias alemanas y el mavordomo del establecimiento, un

español y saquearon cuanto tenían estos individuos, hiriendo a uno de ellos de un sablazo en la cabeza. Pidieron la llave de la Capilla y se llevaron de ella el Cáliz, las vinajeras, la corona de María Santísima y la media luna que tenía a los pies, guarnecida de piedras finas. Esta relación ha sido dada al Ministerio de Guerra por uno de los individuos que allí se hallaban y que sufrieron el saqueo.¹²

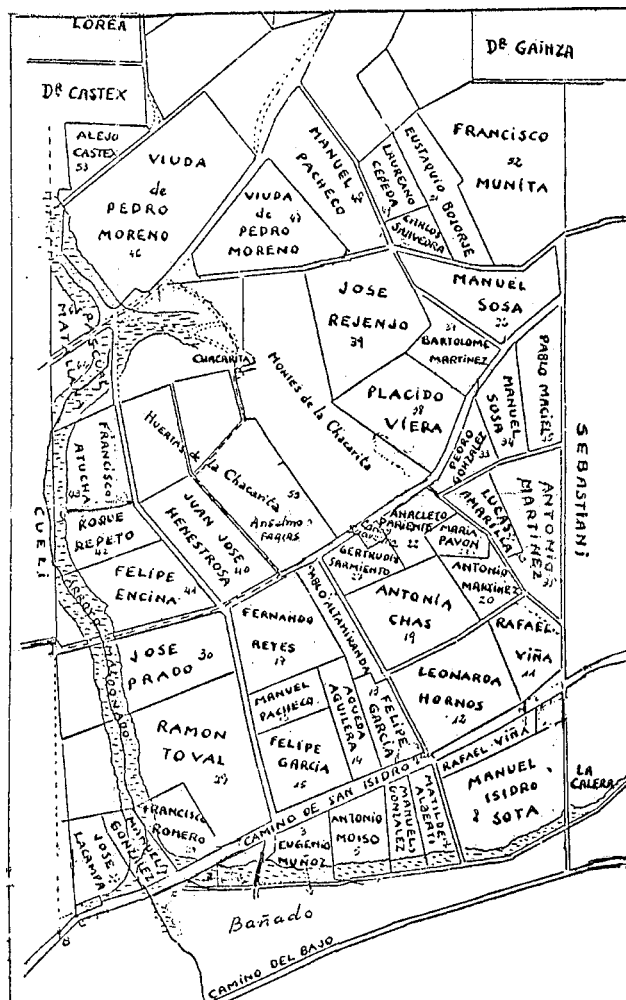
LLEGAN INMIGRANTES DE LAS ISLAS CANARIAS

En el año 1827 se produjo otro intento de radicación de agricultores europeos en las tierras de la Chacarita de los Colegiales, pero esta vez provenientes de las Islas Canarias, posesión española. Un comerciante canario, don Francisco Morales, fue comisionado para trasladarse a esas islas en junio de 1827 con la finalidad de interesar a un grupo de familias de esos lugares para que se radicaran en las llanuras cercanas a la ciudad de Buenos Aires. Los trámites fueron complicados y se dilataron por varios años y los pobladores canarios recién llegaron a nuestro país en septiembre de 1833, cuando el gobernador Juan Manuel de Rosas estaba dirigiendo la llamada Campaña del Desierto, procurando contener a los aborígenes que amenazaban con sus continuos “malones”, llevándose cautivos, ganado y destruyendo poblados “cristianos”. El Gobierno había comisionado al funcionario don Isidoro López para que determinara los predios que se destinarían a los inmigrantes, pero no en forma definitiva, pues se pensaba ofrecerles tierras más extensas en el interior del país. Era administrador general de las tierras estatales de la Chacarita de los Colegiales don Anselmo Farías, quien también era dueño de lotes en ese lugar. La tarea era dificultosa porque los terrenos ya estaban muy fraccionados y había dificultades económicas. Los arrendatarios y beneficiados por contratos en enfiteusis tardaban en pagar sus cuotas al Estado o directamente no lo hacían nunca. Existe abundante documentación de esa época, como la correspondencia entre el Administrador y el gobierno, explicando esos problemas, que cada vez eran más serios

Plano diseñado por el agrimensor del Estado, don Narciso Parchappe, en 1830. Se indica cuáles eran en la época de Rosas los dueños o arrendatarios de predios en esos campos.

NOTA

¹² Datos de Alfredo J. Montoya.



y frecuentes. He aquí una notificación de ese tenor, que se expidió el 9 de diciembre de 1833:

El Administrador de la Chacarita de los Colegiales dice que cree conveniente noticiar de algunos abusos que se cometen por los arrendatarios, tales como vender sus posesiones, sin dar cuenta a la Administración, sin embargo de que saben bien que esto no se puede hacer sin aquella formalidad, para lo que se pide al Gobierno alguna medida para la mayor respetabilidad de esa disposición y hacer ver lo perjudicial que es este negocio, por lo que se ha visto precisado a ocurrir de los Jueces de Paz.

De esos momentos es otra nota indicando:

Algunos arrendatarios, por su pobreza y ningunos recursos, no hacen sus pagos y son acreedores del Gobierno.

Y una queja más:

Se comunica el mal estado de la huerta Nº 31, cedida a don Antonio Rosales, cuyos arrendatarios jamás pagaron y tampoco poblaron.

O, ya a fines del año 1833:

Don Juan Pedro Ortiz vendió un terreno a Don Ángel del Campo, sin conocimiento de la Administración; doña Juana Encina vendió a don Manuel Obarrio, la Suerte Nº 5; Don Nicolás Martínez Jonte asimismo, vendió su terreno a don Juan Oballe [Suerte Nº 16]; don Félix Olazábal ha vendido los tres cuartos de su Suerte Nº 2 a don Nicolás Méndez; don Enrique Martínez hizo lo mismo y vendió al general don Angel Pacheco la Suerte Nº 2 y Daniel Amorero la Suerte Nº 27. Antonio Rosales sigue teniendo abandonada la Suerte Nº 35, en poder de don Bernardino González. La Nº 26, que era del Administrador anterior, la compró don Luis Goya al Superior Gobierno.

El historiador Carlos Fresco halló en el Archivo General de la Nación una nota de don Anselmo Farías poseedor en enfiteusis el lote o Suerte Nº 53, que era valioso porque bordeaba los edificios principales. Farías presentó una nota a las autoridades solicitando que se le diera la posesión definitiva de tales tierras y para ello enumeraba sus merecimientos y servicios prestados como Capitán en especial y recordaba que había cuidado a los indios prisioneros en la Chacarita de los Colegiales, que el General Rosas había confinado después de la "Campaña al Desierto". Además los había curado cuando fueron víctimas de epidemias y los había enterrado al fallecer.

Como se ve, la Chacarita de los Padres Jesuitas era un

foco de problemas y pleitos. En esta situación los colonos canarios fueron llevados al lugar y entonces comprobaron que no quedaban tierras suficientes para mantenerlos. Se repitió el proceso que ya se había observado con los agricultores alemanes y los canarios comenzaron a dejar los predios a medida que conseguían emplearse en la ciudad como artesanos o personal de servicio.

INMIGRANTES CANARIOS

Daremos algunos apellidos de aquellos inmigrantes:

Benavidez, Sánchez, González, Rodríguez, Ruiz Campos, Díaz, García Cerpa, Vera, León, Alonso, Morera, Pinto, Pino, Torres. Umpiérrez, Tarifa, Vieira, Quintero, Domínguez, Pérez, Álvarez, Horte.

El historiador Julio A. Luqui Lagleyze explicaba que algunas familias de las Islas Canarias –seguramente luego de la frustrada estadía en la Chacarita– se instalaron en campos que hoy forman la zona de Florida, en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires y allí se dedicaron a la agricultura. A esos lugares se podía llegar siguiendo la ruta que desde entonces se conoció como "Camino de los Canarios" y que hoy correspondería a la Av. Hipólito Yrigoyen de esa localidad.

INDIOS CAUTIVOS EN ESTOS "PAGOS"

Ya hemos indicado que Rosas organizó en 1832 una expedición al interior, en lugares hostigados por los aborígenes (en su mayoría araucanos).

El propósito fue expulsar a los indios de amplias regiones y extender la "Línea de Fronteras", para liberar asimismo a numerosos cautivos y tomar prisioneros a jefes o caciques. Muchos de los aborígenes capturados fueron retenidos –a veces con sus familiares– en diversos lugares de Buenos Aires o sus cercanías, como sucedió con los viejos caserones de los jesuitas, en la Chacarita de los Colegiales. Los indios "internados" en estos lugares estaban en una situación especial, ya que podían tener cerca a sus familiares y dedicarse a trabajos que les eran propios. Muchas veces se retenía a los caciques para procurar eventuales canjes por prisioneros "cristianos" en poder de las diversas tribus y también para catequizar e instruir a los niños. Algunos llegaron a recibir y ostentar grados militares y luego fueron incorporados a las tropas nacionales de frontera. El gobernador Rosas procuraba que estas disposiciones se cumplieran con exactitud y que los indios trabajaran, cuidando las caballadas de las tropas o como domadores y que las mujeres tejieran mantas y ponchos, que canjeaban o vendían en beneficio propio. Hay documentación sobre estos temas y ya hemos citado una nota del administrador Anselmo Farías donde resalta que

cuidaba adecuadamente a los indios prisioneros. Pero también se presentaban problemas en aquel campamento de indios recluidos, según nos informamos por una nota cuyo original se encuentra en la Biblioteca Popular Alberdi, de Buenos Aires y que transcribimos:

¡Viva la Federación!

Clasificación del Indio Borroga, prófugo.

Su nombre – Filischei

Estatura – regular, algo grueso

Cara – ovalada

Ojos – Pardos

Nariz – regular

Boca – un poco grande

Edad – como 25 años

Habla un poco delgada y ronca y se le conoce muy poco el acento de indio.

Va con una gorrita de cuero de mono con galón ordinario de plata. Chaqueta ordinaria de militar.

Se fugó el 25 de febrero.

Chacarita de los Colegiales. Marzo 7 de 1838.

Juan Pascual Farías.

Es copia.

Manuel Corvalán.

¡Viva la Federación!

Clasificación del Indio Borroga, prófugo, Ladron

Al nombre Filischei

Estatura regular algo grueso

Cara ovalada

Ojos pardos

Nariz regular

Boca con poco grande

Edad como 25 años

Habla un poco delgada y ronca y se le conoce muy poco el acento de indio

Va con una gorrita de cuero de mono con galón ordinario de plata

Chaqueta ordinaria de militar

Se fugó el 25 de febrero

Chacarita de los Colegiales Marzo 7 de 1838

Es copia

Juan Pascual Farías

Manuel Corvalán



La presencia de indígenas en la Chacarita de los Colegiales, a tan poca distancia de la ciudad de Buenos Aires, siempre llamaba la atención de los viajeros que por allí pasaban o que llegaban desde Luján, Merlo, Morón o San José de Flores. Manuel Gálvez en su obra sobre Rosas, escribía:

El 19 de abril de 1836 el Edecán del Gobernador escribió al Administrador de la Chacarita indicándole que en unas carretas que se enviaban al lugar "iban cuatro chinas [indias] para que allí se las mantenga y se les dé carne, un pan para el almuerzo y otro para la cena, yerba y una pieza donde vivir".

El historiador Guillermo Furlong, a su vez, explicaba:

El 16 de noviembre de 1838, escribía el Padre Berdugo al General de la Compañía de Jesús, respecto del misionar en las reducciones: "He visto al Cacique Canián, con quien me importaba entrar en relaciones amistosas y, si no me engaño, lo he conseguido porque su hijo se ha bautizado con el nombre de José Ignacio y se casó la hija de otro Cacique. Visité igualmente al Cacique Guayaquil, a su esposa, hijos e hijas y a otros muchos indios de uno y otro sexo, que el Gobernador mantiene en la hacienda llamada Chacarita, posesión que fuera de la Compañía, con el fin de fomentar la amistad con tribus vecinas y poder canjear los prisioneros. Pronto vendrán al Colegio dos niños Ranqueles, hijos de cierto Cacique que pocos meses ha, hostilizó a los cristianos. Estos niños, cuando ya estén bien instruidos en las primeras letras, serán devueltos a sus padres, con lo cual nos darán amor y nos conciliarán con el Cacique y así tendremos ganada la amistad de los Ranqueles. Estoy trabajando para que se forme una Reducción en la mencionada hacienda de la Chacarita, con los indios mansos".

Andrés R. Allende explicaba sobre el tema:

Como dato curioso, debe señalarse la existencia de 51 indios entre la población rural del pueblo de Belgrano.

Aclaremos que esto sucedía después de 1855, porque durante el período federal, en la Chacarita vivieron centenares de aborígenes relativamente prisioneros, según se ha explicado. Allende concluía:

El hecho es perfectamente explicable si se recuerda que durante sus gobiernos, Rosas tuvo en Palermo, Santos Lugares y Chacarita, importantes contingentes de aborígenes soldados, incorporados a los escuadrones de caballería de la Federación.

Rosas tenía especial interés en estos lugares ya cargados de historia: allí vivían varios de sus oficiales y soldados que se habían destacado en la guerra contra los unitarios. El mandatario se ocupó del mejoramiento de los viejos edificios en repetidas circunstancias. José María Ramos Mejía indicaba que en una ocasión determinada, el Gobierno envió la suma de 2000 pesos fuertes para efectuar arreglos en la Capilla y ordenó que se ampliaran y mejoraran los caminos que llegaban a tal lugar, como sucedió —por ejemplo— con el llamado “Camino del Ministro Inglés” (Av. Scalabrini Ortiz), que unía Palermo con lo que hoy es Villa Crespo y empalmaba con una rama del “Camino del Fondo de la Legua”, hasta los caserones.

Cuando estaba ya cerca el derrumbe que provocaría por la batalla de Caseros (1852), Juan Manuel de Rosas ordenó que se instalara en las casonas de la Chacarita, un Hospital de Campaña, que aunque precario, era el único en muchas leguas a la redonda. Este hospital estuvo a cargo del doctor Domingo Fernández, que había sido “profesor de Medicina y Cirugía” y fue el doctor Claudio Mamerto Cuenca, el encargado de facilitarle “un botiquín completo, provisto de medicamentos y de toda clase de instrumentos de cirugía”.

CULTIVOS EXÓTICOS

En los parajes que hoy constituyen nuestros barrios y en el vecino lugar de Villa Ortúzar, abundaban hace muchos años las huertas y los alfalfares, así como los montes de árboles frutales o que facilitaban madera. Había durazneros silvestres, muy apreciados por los lugareños y pobladores de la ciudad. Eran “estanzuelas” de muy buena tierra, propicia para que se desarrollaran plantas raras, “exóticas”. El historiador Ramos Mejía en su libro *Rosas y su tiempo*, informa sobre el aspecto de la región en esos años y las tareas de los chacareros. Así lo expresa:

Vivía el agricultor en los alrededores de la amada ciudad o a muy pocas cuerdas del suburbio, orgulloso proveedor de la gran industria de las escobas, con las cuales se daba de comer a muchos negros. Cultivaba las sandías jugosas, las uvas de sus grandes viñedos, que en esas épocas abundaban en sus hogares sencillos. Se ocupaban también en la confección de dulces y jaleas tradicionales que en grandes y caprichosos envases preparaban en las casas y salían de las manos de su industria sana y próspera. Algunos de los inolvidables caserones de la Chacarita de los Colegiales, llenos de perfumados recuerdos y melancólicamente perdidos entre el humo de los hornos de los vascos, que hoy los profanan, conservan todavía la señorial altivez de las ruinas romanas. La pita garbosa, entremezclada con la cina-cina, defendiéndose con sus reverdecimientos intermitentes y provocadores, están revelando su robusta resistencia a las

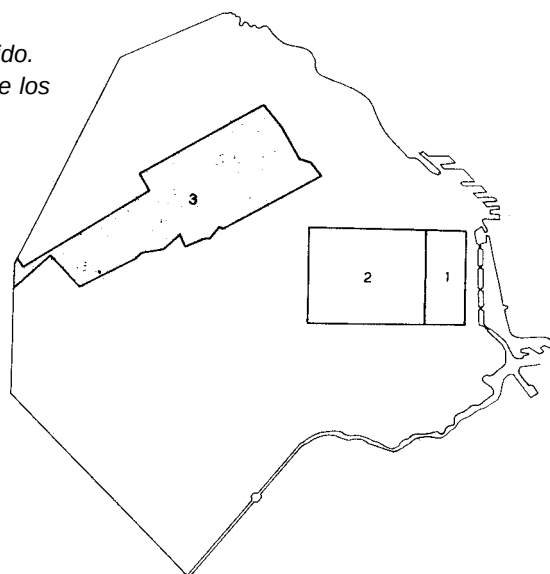
flagelaciones del tiempo, cómo era el chacarero del tiempo de Rosas en la defensa de su heredad. En la Chacarita de los Colegiales y en sus pintorescos alrededores, estaba uno de los principales centros de estas granjas, de tan gratos recuerdos para generaciones que aún no han desaparecido y que conservan en el sentido, el perfume tan grato de los montes de duraznos, de las higueras y de los inmensos parrales, cuya fruta no ha sido todavía reemplazada con ventaja. Casi todos esos chacareros eran propietarios o simples arrendatarios. Estos últimos, ya lo fueran por tener “suertes” de chacras principales como las llamadas “de cabezada”, pagaban anualmente diez pesos por cuadra cuadrada, que el Administrador de la Chacarita recogía juntamente con el producto de los montes de frutales, dando cuenta a la Receptoría General, a fin de cada semestre. Todas esas chacras estaban bien medidas y amojonadas, en cumplimiento de un decreto de 1829 y defendidas por cercos vivos y por jaurías de perros, a quienes la oscuridad de la noche, con sus ruidos misteriosos, ponía celosa la garganta y ágiles los colmillos.

EJEMPLOS DE LA PARCELACIÓN DE TIERRAS

Desde 1828, fueron frecuentes los problemas ocasionados por la ocupación de los lotes de tierra en la Chacarita, unas veces por propietarios legítimos y otras por la presencia de personas que argüían tener derechos por su larga permanencia en los predios. Los arrendatarios más antiguos, reconocían como propietarios a los sucesores del Colegio de San Ignacio, pero el Estado tenía grandes extensiones a cargo de un Administrador, que debía vivir en los caserones. El historiador Héctor Ottonello —quien mucho investigara sobre estos temas— consideraba que siempre se respetó el derecho de los herederos del Colegio a percibir las rentas de los terrenos arrendados a

1. Primeros solares del repartimiento de Juan de Garay.
2. Zona del ejido.
3. Chacarita de los Colegiales.

En Ottonello, H., 1963.



particulares. El Gobierno, considerándose dueño absoluto de las tierras, cedía parcelas en enfiteusis, las vendía o simplemente las retenía. Esto último explica que en la región que nos ocupa –desde 1888 capitalina– existieran instituciones oficiales como hospitales, asilos, sectores militares, parques y –desde ya– cementerios.

El gobernador Rosas, en numerosos casos, vendió, compró o cedió lotes en la zona. Era una manera de premiar a oficiales o soldados destacados por hechos heroicos en las filas de los ejércitos federales y también llegaban estos beneficios a deudos o familiares de los mismos. Ottonello¹² da un claro ejemplo de esos fraccionamientos y cesiones y ofrece una solicitud presentada a las autoridades por la señora Jacoba Domínguez, en el año 1836:

Excelentísimo Señor. Viuda desvalida y pobre, con siete hijos, de los que algunos han servido a la Santa Causa de la Federación, a V. E. me presento y digo que en los terrenos de la Chacarita, ocupo la suerte que tenía mi finado marido, don Julián Tapia, el que murió a la edad de 100 años y había nacido en ella, donde también habitaron sus padres. Verdad es que él no pudo hacer servicios a la Restauración con su persona, en razón de ser tan viejo, pero auxilió con ovejas, caballos y demás bienes, de los que nunca se le dio recibo. Por estas consideraciones, a V. E. pido y suplico se digne concederme esas tierras en propiedad.

Hasta aquí el pedido, que parecía razonable. El expediente pasó a ser estudiado por el Administrador de la Chacarita, quien elevó el caso a sus superiores explicando:

(...) debo informar que el finado marido de la suplicante, don Julián Tapia, ocupaba la "suerte" de chacra N° 34 del Plano [de N. Parcharpe] y que tiene una extensión de 19 cuadradas [casi 200.000 metros cuadrados]. Las circunstancias que en su favor expone son ciertas: su esposo trabajó estas tierras desde tiempos lejanos. La causa porque el Departamento Topográfico no encuentra el nombre de don Julián Tapia en el plano, es la que verá V. E. En la distribución que se hizo de las chacras, la "suerte" que ocupa la posesión de Tapia la presentaba el dicho Parchappe como vacante y no lo era efectivamente. Así es que lo puse en conocimiento de la Superioridad, habiéndose hecho algunas rectificaciones a dicha mensura por decreto del 2 de Marzo de 1831.

El caso es que las tierras se le habían adjudicado erróneamente a don Santiago Figueredo. La comunicación la firmaba don Juan Farías –administrador– y la solicitud, finalmente, fue favorable a la antigua pobladora que tomó posesión de las tierras previo pago simbólico de cien pesos. Y ésta fue la resolución:

Teniendo el Gobierno en consideración a la viuda doña Jacoba Domínguez, su numerosa familia y haber sido adicta a la Causa Nacional de la Federación Argentina, por la que han combatido sus hijos con valor heroico contra los unitarios impíos, amotinados, enemigos de todo orden y sosiego público. Teniendo igualmente a la vista los muchos años que es pobladora, dando ejemplo de orden y respeto a las leyes y suprema autoridad del Estado; por estas consideraciones, en ejercicio el Gobierno de las facultades con que se halla investido por la Honorable Junta de Representantes, vende a la anunciada Federal, doña Jacoba Domínguez el terreno que posee.

Unos pocos años más tarde –en 1837– la señora se presentó ante el Juez de Paz de Morón para comunicarle que vendía su fracción en la Chacarita a don Inocencio Díaz por 1200 pesos. En 1841, esos mismos lotes vuelven a venderse, pero esta vez el comprador es don Juan Manuel de Rosas, que paga por ellos 5000 pesos, cantidad que el vendedor recibió en los Cuarteles de Santos Lugares, de manos de don Antonio Reyes, Jefe de la Secretaría del Gobernador.

Curiosa evolución de una porción de tierras, de 20 manzanas en la Chacarita, que –finalmente– fueron de Rosas, que también compró casi 500 hectáreas en la zona que es hoy Palermo.

ANTIGUOS GANADEROS

Antonio Cunietti-Ferrando hizo conocer asimismo los nombres de otros pobladores de la región dedicados a la cría de ganado y que tenían registradas sus marcas en los libros del pueblo de Belgrano. Esas identificaciones se veían en una obra de Carlos Enrique Pellegrini, editada por la "Litografía" de César Bacle, en tiempos de Juan Manuel de Rosas. Estos son los nombres de esos ganaderos de nuestra "patria chica": Aniceto Abalos, Pablo Albornoz, Pedro Altamirano, Juan Bazán, Santos Castillo, Francisco Córdoba, Francisco Javier Funes, Miguel Angel Martínez, Juan Miranda, José Agustín Ormechea, José Pereyra, Manuel Vieira y Fernando Visillac.

Una última reflexión sobre estos antiguos pobladores: del total de 114 personas, el 90 % tienen apellido de origen español, con lo cual tenemos una visión tentativa de la composición étnica de la región antes de la gran ola inmigratoria.

NOTA

¹² Héctor Ottonello, 1963.

PROPIETARIOS EN 1830

"Suertes" de chacra en el lugar, por posesión enfiteútica, por compra y muchos por donación. Es interesante conocer quienes fueron pobladores chacaritenses, pero hace ya 160 años.

Entre ellos debemos resaltar a algunos que por diversas circunstancias persistieron en la zona o alcanzaron relevancia: Henestrosa, Toval (o Tobal), Farías, Matallán, Pacheco, Munita, Bojorge, Vieira, Repeto, Chas.

Juan José Henestrosa	Suerte Nº 40
Francisco Atucha	Suerte Nº 43
Felipe Encina	Suerte Nº 41
José Prado	Suerte Nº 30
Ramón Toval	Suerte Nº 29
Fernando Reyes	Suerte Nº 19
Anselmo Farías	Suerte Nº 55
Manuel Padilla	Suerte Nº 40
Felipe García	Suerte Nº 15
Águeda Aguilera	Suerte Nº 14
Viuda de Pedro Moreno	Suerte Nº 47
Alejo Castex	Suerte Nº 53
Pascual Matallán	Suerte Nº 48
Manuel Pacheco	Suerte Nº 48
Francisco Munita	Suerte Nº 52
Eustaquio Bojorge	Suerte Nº 41
Laureano Cepeda	Suerte Nº 41
Carlos Saavedra	Suerte Nº 34
Manuel Sosa	Suerte Nº 34
Pablo Maciel	Suerte Nº 35
Bartolomé Martínez	Suerte Nº 37
José Rejenjo	Suerte Nº 39
Plácido Vieira	Suerte Nº 28
Roque Repeto	Suerte Nº 42
Gertrudis Sarmiento	Suerte Nº 24
Pedro González	Suerte Nº 33
María Pavón	Suerte Nº 24
Anacleto Pariente	Suerte Nº 22
Antonia Chas	Suerte Nº 19
Antonio Martínez	Suerte Nº 31
Rafael Viña	Suerte Nº 11
Leonarda Hornos	Suerte Nº 12
Pablo Altamiranda	Suerte Nº 13
Felipe García	Suerte Nº 13
Antonio Moiso	Suerte Nº 5
Manuel Isidro Sota	Suerte Nº 8
Eugenio Muñoz	Suerte Nº 3
Francisco Romero	
Manuel González	
José Lacampa	
Matilde Alberto	
José Prado	

MÁS POBLADORES DE AYER

También podemos conocer a otros pobladores atendiendo a una nota oficial del 24 de diciembre de 1831, firmada por Rosas y Manuel José García. Así se puede leer:

El Gobierno, teniendo presente el estado calamitoso en que se halla la Campaña y deseando manifestar su protección a algunos individuos establecidos en los terrenos de la Chacarita de los Colegiales, que han hecho pérdidas de consideración en la desgraciada guerra del año pasado de 1829 y prestado servicios de importancia ha acordado exonerarlos del pago de arrendamiento que les corresponde en los ocho años contados desde el primero de Julio de 1830, conforme a lo dispuesto en el decreto del 30 de Junio del mismo año. Al efecto se comunicará este acuerdo a quienes corresponda con inclusión de la lista de los agradecidos, que son los siguientes: Leonarda Ornos, Anastasio González, Águeda Aguilera, Pedro Burgueño, Juliana Rodríguez, Lorenzo Ramos, Juan José Enestroza, Pedro Orellana, Anacleto Pariente, Manuel F. Fernández, Mercedes Bello, Pascual Matallana, Carlos Saavedra, Estanislao Ojeda, Viviana González, Gertrudis Sarmiento, Lucas Amarillo, Enrique Martínez, Valentín Gómez, Isidora Espíndola, José Silveira, Pedro Altamiranda, Francisco Mirazo, Fernando Reyes, Aniceto Avalos, Felipe Encina, Fernando Verillac, Eustaquio Bojorge, Margarita Maciel, Pablo Albornoz, Pedro González, Eugenio Avalos, Laurencio Cepeda, Mariano Avalos, Pedro Blanco, Gabriel Aranda, Teresa Salomón, Teodoro Medina, Nicolás Monsalvo, José Caneiro, Julián Tapia, Félix Olazábal, Norberto Castro, Cnel. Nicolás Martínez Fonte, T. Coronel José Prado, Ramón Amoroso.

UNA ANTIGUA ESCRITURA DE 1835

Tuvimos la oportunidad de consultar –entre otros documentos– la escritura de una propiedad en archivo de la familia de Agustín Comastri. Este agricultor italiano se instaló en Chacarita por 1865, ya en los lindes con el actual barrio de Villa Crespo. Un nieto del pionero, don Arcadio Comastri nos facilitó en 1975 la siguiente información:

En Buenos Aires, a 13 de Octubre de 1835, el Señor Colector Interno, don Bernabé de Escobeda y ante mí, el presente Escribano de Registro de Aduana, digo que don Roque Repeto, vecino de esta ciudad, se había presentado ante el Excelentísimo Gobierno a efectos de obtener en propiedad los terrenos denominados de la Chacarita del Colegio, ofreciendo por ellos doscientos pesos por cada una

de las diez cuerdas cuadradas de que son compuestos. Las expresadas cuerdas lindan por el norte con don Felipe Lanas; por el Sur, con don Antonio Luso; por el este, arroyo de Maldonado por medio, con los señores de Cueli y por el oeste, con más terrenos de la Chacarita con las salidas, usos, derechos, costumbres y entradas por la suma de 2176 pesos, que se han oblado en la Tesorería de la Contaduría.

RECUERDOS DE UN VIAJERO EN 1850

El viajero francés Xavier Marmier, miembro de la Academia de Ciencias de su patria, visitó con espíritu crítico y con suma atención nuestro país poco antes de 1850, ocupándose en algún capítulo de su libro de las tierras de la Chacarita de los Colegiales. El sumario era éste:

La Chacarita, fundación de los jesuitas – Construcciones en ruinas – Los refugiados indios.

Transcribimos los conceptos más ilustrativos porque creemos que son valiosos testimonios sobre el aspecto de estos lugares en la mitad del pasado siglo. Así escribía Marmier:

Si exceptuamos el camino principal que va desde la ciudad hasta la quinta de Rosas y el que termina en La Boca, lo que aquí se conoce por “caminos”, son apenas huellas de carretas, cortados a veces por zanjas, por lagunas y arroyos. Así es el camino de la Chacarita, a dos leguas de la ciudad y el mismo que lleva a Santos Lugares, distante cuatro leguas de Buenos Aires.

Proseguía el viajero francés:

La Chacarita es un antiguo edificio de las misiones, que tiene a su lado un bosque de durazneros. Bajo las galerías de arcos, se ven soldados de Rosas y en los sótanos bullen algunas familias de indios, todos medio desnudos y que piden limosna en el mismo lugar donde sus padres vivieron protegidos por la autoridad paternal y enriquecidos por el trabajo útil.

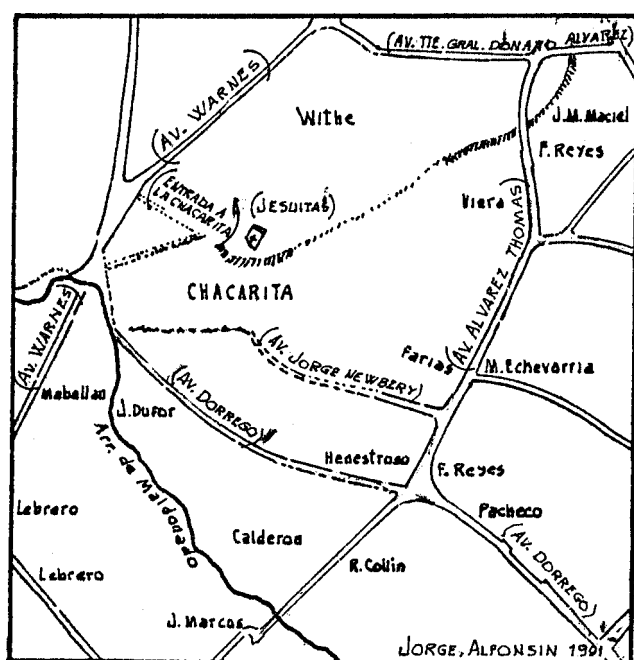
Marmier, Xavier, *Viajes por Buenos Aires y Montevideo*, 1850.

Algunas reflexiones nos parecen oportunas: Marmier se confunde al indicar que en la Chacarita hubo una reducción jesuítica semejante a las que se constituyeron en el noroeste. Se rescata un dato curioso: la existencia de sótanos en los caserones, donde tal vez los religiosos ignacianos guardarían productos alimenticios, bordalesas con vino y útiles de labranza. Leyendo estas páginas del viajero, al referirse a los soldados de Juan Manuel de Rosas, nos parece contemplar algún cuadro de su compatriota, el pintor Raimundo Quinsac de Moivoin, acaso titulado “El soldado de Rosas” o alguno –ya más moderno– de Cesáreo Bernardo de Quirós, sobre el mismo tema.

UNA CONSTRUCCIÓN DE ANTAÑO EN LOS LINDES DE LA CHACARITA

Nos referiremos a una antigua casona de estilo hispánico, que existió en Chacarita hasta el año 1947, momento en que –lamentablemente– fue demolida.

La vetusta construcción se encontraba en la calle Dorrego –acera este– casi junto al cruce con las vías del Ferrocarril General San Martín y en los fondos de los terrenos ocupados por el Club Chacarita Juniors, vecino



Esquicio realizado por el historiador Jorge Alfonsín, en 1991, que indica cuál era la situación de los antiguos caserones ignacianos por 1850.

hasta hace unas décadas del Club de Fútbol y la sede social de Atlanta. Sobre esa casona, leímos una nota en el periódico *La Razón* del 19 de noviembre de 1946, que transcribimos:

Buenos Aires no se preocupa demasiado por la tradición. Los monumentos y lugares históricos se conservan casi por descuido. En cuanto estorban al progreso edilicio caen bajo la piqueta municipal, habituada a derribar toda suerte de reliquias. A espaldas de la Chacarita, una vieja construcción, en torno de la cual hubo, en tiempos no tan remotos una conocida chacra, corre riesgo inminente de desaparecer. Se trata —nada menos— que del cuerpo principal de aquella chacra “de los vascos”, que hizo famosa la pluma de Miguel Cané, en su clásica obra *Juvenilia*. Los muchachos revoltosos iban a sacar sandías a los agricultores españoles, que habitaban una parte de la chacra que habían formado allí los sacerdotes jesuitas. Ese era el lugar de veraneo de los Padres educadores y de sus alumnos.

Seguía el periodista:

Verano tras verano, iban en busca de reposos a aquellas latitudes suburbanas, maestros y pupilos. Antes aún, el sitio ya era conocido y don Juan Manuel de Rosas supo asomarse a su amplio patio, para ver a los criollos entregados al zapateo o al complicado dibujo de las danzas nativas. Tal vez él, en gesto de campechana cordialidad y seducido por los ojos pícaros de alguna muchacha del lugar, ensayara algunos pasos. En la historia chica de la tradición y el folklore, que los porteños no suelen gustar con amplitud que es común en los pueblos de más uniforme tradición, el edificio mismo, ya en ruinas en algunos sectores, es de por sí una reliquia digna de conservarse. Típica casona de chacra, no es el edificio urbano de la Colonia; no es tampoco el casco de estancia que se levantaba en medio de la llanura en tiempos del Virreinato. Alero de dos aguas, cielorraso siguiendo la inclinación del techo y soportado interiormente por troncos uniformes de palmeras, tan abundantes entonces. Las viejas rejas han sido sustituidas por otras que no tienen la calidad artística de las primitivas y en la parte trasera de la casa, el tiempo ha mordido las paredes. Un propietario desaprensivo ha derribado algún muro, cambiado alguna puerta. En fin, modificaciones circunstanciales que en nada restan su valor tradicional a la finca. Está situada en el lugar destinado a estadio para el Club Atlanta. Debería completarse entonces la necesidad de conservar la vieja casona, cuerpo de la chacra que puso nombre al “pago” y luego fue cementerio del lugar, ya que “Chacarita”, no es sino el diminutivo con que se reconocía a una pequeña chacra. No será difícil a los socios de “Atlanta”, salvar la reliquia y convertirla en un factor de orgullo para el Club. Convenientemente reparado, el edificio podría servir de

biblioteca, pequeño museo o confitería. En fin, los medios que puedan arbitrarse para salvarla, son muchos y muy sencillos, puesto que la casona no ocupa sino un ángulo del amplio terreno de que dispone el club.

Por nuestra parte, el tema ofrece margen para algunos comentarios. El anónimo periodista se equivoca al adjudicar a los “vascos”, agricultores citados por Miguel Cané, esa vivienda, porque investigadores como Héctor Ottonello consideran que las tierras de esos españoles estaban hacia el noroeste, hoy zona limítrofe entre los barrios de Chacarita y Villa Ortúzar. Es frecuente que en la ciudad se encuentren viejos edificios que según la tradición tuvieran que ver con Juan Manuel de Rosas. Tales citas las hemos hallado en Villa Crespo, Chacarita, Villa Urquiza, Boedo, entre otros sitios. En realidad se llamó Quinta de Bachilona. Un último dato: a pesar de los muchos interesados, la antigua construcción que muchas veces vimos al pasar por la Av. Dorrego o desde las tribunas de madera de la cancha de Chacarita Juniors durante nuestra infancia, fue demolida y en ese lugar, hoy puede verse un depósito de “chatarra” y automóviles derruidos.

UN PEDIDO DE ARRENDAMIENTO

En 1852 el ciudadano Pascual Videla solicitaba que se le arrendaran terrenos en la Chacarita por el término de ocho años. El escrito del 1º de junio de 1852 decía:

El estado en que hoy se halla esa propiedad —Excelentísimo Señor— es el más lamentable, pues el edificio amenaza una pronta y completa ruina, al extremo de estar desapareciendo hasta las puertas por el abandono en que se halla. Los montes que tanto han producido en otro tiempo, van desapareciendo, del mismo modo que son tratados por la vecindad como bienes extraños o más bien, como pertenecientes al primero que llega.¹⁴

CARRERAS DE CABALLOS “A LA MODERNA”, PERO EN 1852

El historiador Enrique Mario Mayochi, nos hizo conocer interesantes informaciones sobre las carreras de caballos, que resumimos así:

El año 1852, precisamente dos meses después de la caída del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas, como consecuencia de la derrota sufrida en la batalla de Caseros, existía en la intersección del antiguo

NOTA

¹⁴ A.G.N. Gentileza del historiador Alfredo J. Montoya.

“Camino de Dorrego” con otro que luego sería la Av. Corrientes y en tal lugar una pista para correr carreras cuadreras.

La información provenía de una investigación cumplida por el periodista marplatense don Roberto Barili, entonces Director del Archivo Histórico de esa ciudad. En una obra relativa a la historia de los hipódromos de la ciudad de Buenos Aires, el periodista logró identificar al primero “formal”, que estuvo precisamente en un rincón de la Chacarita. Así decía Barili:

La primera reunión turfística en el país tuvo lugar el jueves 22 de abril de 1852, en el lugar ocupado actualmente por la Plaza “Los Andes”, en Corrientes y Dorrego. El programa oficial de estas carreras –que no eran las conocidas “cuadreras”– estaba impreso de un lado en castellano y del otro en inglés, teniendo por epígrafe: “Carreras Extranjeras - Reunión de Otoño”.

Gobernaba en esa época la provincia, en forma provisoria, don Vicente López y Planes, el autor de la letra del Himno Nacional Argentino. Pronto los criollos fueron maestros en esa nueva actividad y se indica que un jockey argentino apellidado Gómez, ganó una carrera en Inglaterra, adonde había viajado “con la montura en la mano” (sic). Con la primera carrera se suplantaron las “cuadreras”, con un programa organizado y con sus correspondientes chaquetillas para los jinetes. Esa primera reunión hípica se realizó en una quinta propiedad del señor Reiter, que era uno de los asociados y la cedió para organizar esas actividades turfísticas.

EL LUGAR POR 1860

Dejaremos por unas líneas la nota citada y procuraremos imaginar cómo era aquel lugar a mediados del siglo pasado. El panorama era totalmente campesino: llanuras, potreros, algún humeante horno de ladrillos y quintas verdeantes. No faltaban montecillos de árboles, así como arbustos y pitas. Los cercos de los predios –cuando los había– se formaban con cina-cina y cactáceas o alguna zanja, paraíso de ranas. Desde allí, era posible divisar lo que quedaba de los viejos caserones que por 1760 construyeron los religiosos jesuitas y todavía no estaba el precario enterratorio que por 1867 cobijaría a los muertos por la epidemia de cólera y pocos años más tarde, a las muchas víctimas de la fiebre amarilla. Todavía no se alzaba la señorial casona de don Agustín Comastri, pero sí se veía, en la esquina SE, una pulpería, ya tan vieja que le decían “La Tapera”, con sus palenques y enramadas acogedores. Allí se detenían los conductores de carretas que iban o venían para la estanzuela de la Chacarita y los viajeros que iban al campo o ansiaban llegar a la ciudad de Buenos Aires. No lejos –a pocos centenares de varas hacia el este– corría, sinuoso el arroyo Maldonado, en

tiempos de sequía un miserable zanjón con yerbas en sus costados y cuando la lluvia arreciaba, todo un río con aguas que inundaban la región, entonces provinciana.

Precisamente a lo largo del arroyo, por el lado del estrecho camino que era entonces Corrientes, había una pista para carreras “cuadreras” y que podían ser de dos hasta cinco cuadras, según se estipulara previamente. Generalmente estas competencias las organizaba un pulpero que “se ponía las botas”, de manera tal que ganadores y perdedores dejaban sus pesos en el cajón del boliche campesino. Pero en el otoño de 1852, en el cruce de caminos citado, se inauguró una pista para “carreras a la inglesa” o “Circo de carreras”. Podemos imaginar el aspecto de aquel rincón de nuestro barrio de Chacarita y la concurrencia de participantes y espectadores en toda suerte de vehículos: carretas, algún tilbury y victorias, sino un “break” o similar. Pero predominaban los jinetes, que dejaban los cansinos caballos en palenques a la sombra y esperaban que comenzara el espectáculo tomando “una copa” en la concurrida pulpería “La Tapera”, o al mate, siempre oportuno.

La citada “Reunión Hípica de Otoño”, del jueves 22 de abril de 1852, constaba de seis carreras y la inscripción para participar era de 100 pesos. Los caballos debían dar una vuelta al circuito, que tenía 16 cuadras de extensión. En el primer encuentro participaron tres caballos: un “colorado”, un “gateado overo” y un “gateado completo”. Los jinetes debían vestir chaquetas de diversos colores y el peso promedio de los mismos era de 140 libras (algo menos de 60 kilogramos). Luego –ya con más animales– se realizaron carreras de medio circuito (ocho cuadras) y hasta de un circuito y medio (22 cuadras) es decir, alrededor de 2000 metros. Y para concluir con estas informaciones turfísticas que se cumplieron en la Chacarita, hace ya más de un siglo y medio, pero “a la moderna”, es decir como lo hacían los ingleses, daremos los nombres de algunos de los caballos –que no serían todavía de “pura sangre”– sino más o menos criollos y a los que habrán alentado con entusiasmo previsible los pueblerinos y visitantes desde la ciudad o de San José de Flores, porque el pueblo de Belgrano todavía no existía: Sarampión, Engañador, Impostor, El Griego, Rival, Picaflor, Babiaca, El Inca y El Duende.

UN FABRICANTE DE FUEGOS DE ARTIFICIO

Por 1860 se instaló en los límites de la Chacarita –hoy Dorrego casi Corrientes– el italiano Antonio Piratte, de profesión “maestro de fuego”, como entonces se denominaba a los que fabricaban “fuegos artificiales”. Proveía a las instituciones, cuando deseaban adherir a actos patrióticos, parroquiales, etc. En los fines del siglo, la gran fábrica sufrió un incendio, con la explosión de todos

los artificios que provocaron víctimas y la demolición paredes de edificios cercanos. El lugar tenía detalles algo negativos: el cementerio (hoy Parque Los Andes), la pulpería de José Más, donde había altercado y por allí descargaban también residuos los carros basureros...

MIGUEL CANÉ, SU OBRA *JUVENILIA* Y EL LUGAR

*Algo alivia la tristeza de pasar por Chacarita:
saber que allí retozaron antaño
los colegiales traviesos de Juvenilia.*

Fragmento de un poema de
Néstor Astur Fernández - 1968

Cané escribió en 1884 un interesante libro con sus recuerdos de adolescencia, con el nombre, muy significativo, de *Juvenilia*. El autor recordaba sus días como estudiante "interno", en el Colegio Nacional de Buenos Aires y relataba los días de vacaciones veraniegas que los estudiantes pasaban en la Chacarita de los Colegiales.

Antes de proseguir glosando algunos momentos de *Juvenilia*, será útil conocer la evolución de aquel "Colegio" que en el período hispánico, fundaran los Padres Ignacianos en lo que hoy es la "Manzana de las Luces". Tomamos este cuadro de un completo trabajo del historiador José Oscar Frigerio, publicado en *Todo es Historia*. Nos hemos atrevido a indicar algunas especificaciones.

*Fachada del Colegio
Nacional de Buenos Aires
en la actualidad.*



EVOLUCIÓN DEL COLEGIO

Año	Denominación	Fundador
1661	Colegio Máximo, Colegio Grande, Colegio de San Ignacio	Sacerdotes de la Compañía de Jesús, Jesuitas.
1772	Colegio Real de San Carlos	Gobernador Juan José de Vértiz
1783	Real Convictorio Carolino	Virrey Juan José de Vértiz
1813	Colegio Seminario	Soberana Asamblea de 1813
1818	Colegio de la Unión del Sur	Juan Martín de Pueyrredón
1823	Colegio de Ciencias Morales	Bernardino Rivadavia
1836	Colegio de San Ignacio	Religiosos Jesuitas
1843	Colegio Republicano Federal	Juan Manuel de Rosas
1852	Colegio Seminario	Justo José de Urquiza
1863	Colegio Nacional de Buenos Aires	Bartolomé Mitre
	Colegio Nacional Central	
HOY	COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES	
	Bolívar 263 - sCapital	

Los jóvenes gozaban en esa chacra de felices días de descanso, matizados con pequeñas aventuras y travesuras. Las imágenes dejadas por Miguel Cané, que como alumno del Colegio fue protagonista de muchas incidencias, cuando por el año 1865 era estudiante, nos permiten imaginar cómo eran esas tierras que poco después de 1880 fueron parte de la Capital de la República y que en un amplio sector, pasaron a conformar el Cementerio del Oeste.

Leemos en *Juvenilia*:

Pasábamos las vacaciones en nuestra casa de campo, como considerábamos legítimamente al punto que hasta hace poco tiempo fue conocido con el nombre de "Chacarita de los Colegiales" y que, más tarde, al perder el último término de su denominación, debía adquirir tanta fama por los acontecimientos de junio de 1880. Pocos puntos hay más agradables en los alrededores de Buenos Aires. Situado sobre una altura, al igual que Flores, Belgrano y la Capital, el viejo edificio de la Chacarita, monacal en su aspecto, pero grande, cómodo, lleno de aire, domina el paisaje delicioso al que las caprichosas ondulaciones del terreno dan un carácter no común en las campiñas próximas a la ciudad. En aquel tiempo poseíamos como feudo señorial, no solo los terrenos que aún pertenecen a la Chacarita, sino los que en 1871 fueron destinados al cementerio, tan rápidamente poblado. Así nuestros límites eran extensos y no nos faltaba, por cierto, espacio para llenar los pulmones, organizar carreras y dar rienda suelta a la actividad juvenil que nos castigaba la sangre.

Como los terrenos de la antigua Chacarita de los Colegiales eran muy extensos, los colegiales podían recorrer la región sin dificultades, aunque algunos sectores les eran vedados por estar en litigio. Un conflicto latente era el que tenían las autoridades del Colegio Nacional y la Municipalidad del pueblo de Belgrano.

A ese poblado que más adelante fue Capital y que ahora es un bello y progresista barrio porteño, se llegaba —entre otras rutas— por una ancha calle —desde ya de tierra— que se llamó por eso "De los Colegiales" y es actualmente la Av. Federico Lacroze. Sobre este tema, conocemos interesantes reflexiones del historiador y arquitecto Jorge Manuel Boullosa, que anotamos. Los alumnos del Colegio Nacional podían llegar a los caserones donde veraneaban viajando desde el "centro" de la ciudad en el ferrocarril, que funcionaba desde 1862 con la denominación de Ferrocarril del Norte, con estación en el pueblo de Belgrano. Desde allí los jóvenes irían hasta la Chacarita —relativamente cercana— viajando en coches o a caballo.

Más tarde y durante los sucesos que comentaremos, allá por 1880, esa ancha ruta fue paso obligado de personalidades civiles y militares, ya que muchos oficiales,

legisladores y hombres del gobierno vivían transitoriamente en el pueblecito —bello y tranquilo— que era Belgrano.

INCIDENTES JUVENILES

Los graciosos incidentes protagonizados por aquellos muchachos fueron muchos. Alumnos porteños y provincianos que tenían durante el verano la oportunidad de dejar por un tiempo las aulas del Colegio. Así podemos leer:

Cuando cruzábamos frente al Juzgado de Paz de Belgrano, al galope tendido, algunos honorables miembros de la partida de policía, viendo la trama arcaica de nuestros corceles, fuera de sus funciones en esos momentos, por cuanto su profesión habitual era arrastrar carradas de leña o sacar agua, abandonando el noble juego de la taba en que estaban absorbidos y cabalgando, a su vez, emprendían animosos nuestra persecución. Generalmente íbamos dos en cada caballo, lo que, como se supone, no aumentaba sus condiciones de velocidad. Aspirábamos llegar a los terrenos casi neutrales del otro lado del Circo [Cané se refería al primer hipódromo de Belgrano entre Cramer, Melián, Pampa y Olazábal] y en general, según cálculo hecho y resultado previsto, rodábamos tres veces antes de llegar allí. Llegados a campo abierto, entre zanjas, arroyos y alambrados, habíamos vencido, porque echando pie a tierra, abandonábamos la bestia, que partía con increíble velocidad hacia la Chacarita, mientras nosotros saltábamos el cerco, detrás del cual, por medio de cascotes, rechazábamos con pérdidas las cargas efímeras de la caballería enemiga. Cuando una hora más tarde, el sargento de la partida osaba llegar a nuestro castillo a presentar sus quejas a las autoridades del Colegio, ya éstas habían sido informadas por nosotros de los desafueros que a causa del proceso pendiente, se habían permitido los seides del Juez de Paz de Belgrano. El sargento salía corrido y las hostilidades tomaban un carácter feroz.

Y siguen los recuerdos de este interesante libro que es *Juvenilia*:

¡Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles frescos y contentos, el espacio abierto a todos los rumbos, nos hacía recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de las clases de estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como es natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de "camuatís" y, sobre todo, organizar una estrategia científica, las expediciones contra "los vascos". Eran nuestros vecinos hacia el norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados.

Nosotros recordaremos que los terrenos de los estudiantes estaban separados de las tierras de los agricultores españoles por un foso, siempre lleno de agua y con los bordes cubiertos por plantas llenas de puntas filosas. Pasado tal zanjón, se extendía un amplio alfalfar “pintorescamente manchado por dos o tres parvas de pasto seco”. Mas allá el “Jardín de las Hespérides, los Campos Elíseos, el Edén, la Tierra Prometida... Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la caladura previa...” Pero los dueños de tales tesoros –comentamos– no tenían ningún interés en cultivar sandías y melones para el deleite de los vecinos colegiales y por eso los acontecimientos se precipitaban. Sigamos a Miguel Cané:

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1º de Caballería de Línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silenciosa hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar un vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo.

Lo que sigue es conocido: cada colegial tomó una promisoría sandía y se aprestó a gustarla, pero:

De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección –recuerda Cané– mientras otro pone la proa sobre mi compañero...Y luego, a correr desesperadamente. Volábamos sobre la alfalfa. ¡Qué larga es media cuadra! Por fin, el vado salvador y después el salto... Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el obstáculo, pero. ¡oh, dolor!: en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso.

*Fachada del Colegio
Nacional de Buenos Aires
en 1905.*

UN BREVE INTERMEDIO POÉTICO

¡Qué dolor saber al fin
que a ninguno le interesa
tu edificio dieciochesco
ni tu capilla, tan tierna,
albergando aquel santito
amado por gente negra!

Dos ángeles se han dormido
doblados por la fatiga
de buscar sin encontrar
tu viejo templo jesuita.

Ondulada tierra verde
que limitó el Maldonado,
con los años fuiste olvido
y tu arroyo amordazado.

Ondulada tierra verde
no todos ya te olvidaron.
Muchas barriadas nacieron
aquí, en tus verdes remansos.

Colegiales, Villa Ortúzar,
Chacarita y tantos barrios.

Jóvenes que en el presente
te prometen, suelo amado
darte vida, larga vida,
¡Chácara de los Muchachos!

Beatriz Trinidad Oquendo
(Fragmento)



LA EPIDEMIA DE CÓLERA DE 1867-1868 Y EL ENTERRATORIO

La ciudad de Buenos Aires sufrió entre 1867 y 1868, una seria epidemia de “cólera morbus” o asiático, entonces de imposible curación. Vivían alrededor de 180.000 habitantes y la enfermedad comenzó a atacar a los pobladores que llega casi inmediatamente después de la guerra del Paraguay, acaso traída desde el trópico. El primer caso de un afectado de cólera se detectó en abril de 1867 y la enfermedad llegó a los barrios más pobres y desprovistos de instalaciones sanitarias –cosa común entonces—. En ese año, las víctimas mortales fueron 1633 sobre casi 5000 afectados. La epidemia cesó en mayo, pero en 1868 reapareció, aunque ocasionó menos víctimas.¹⁵

Como consecuencia de esta epidemia surgió la apremiante necesidad de crear en los alrededores de la ciudad algún lugar para poder inhumar a las víctimas, porque el cementerio de La Recoleta era insuficiente. Nos explayaremos sobre el tema ilustrándonos con las investigaciones del historiador Jorge J. Alfonsín.¹⁶

Una nota oficial de la Municipalidad de la Ciudad, expresaba:

Episodio de Fiebre Amarilla, de
Juan Manuel Blanes, 1871.



Ha sido abierto al servicio público un cementerio, el 24 de diciembre de 1867 con una superficie de casi 5 hectáreas o manzanas. Está ligado a la línea férrea de la provincia de Buenos Aires y por el “Tranway Rural” de los señores Lacroze, con estación y depósitos fúnebres en los contornos de la ciudad.

Este cementerio tenía exactamente 47.458 metros cuadrados y se clausuró cuatro años más tarde, cuando ya se habían inhumado 18.360 cadáveres. El enterratorio estaba en el sector SO del actual Parque Los Andes y a pocos kilómetros del “centro” de la ciudad (Plaza de la Victoria). Se extendía desde Dorrego casi hasta Jorge Newbery y de Corrientes hasta Guzmán. Sabemos que los sacerdotes jesuitas habían conformado un camposanto al lado de la Capilla que se demoliera, lo mismo que los caserones en 1899, por lo tanto ese sería el primer cementerio, correspondiendo ser segundo el que arriba citamos. Varias narraciones ilustran sobre ese lugar cercano al arroyo Maldonado. Desde antes de 1850, en la esquina SE de Dorrego y Corrientes, estaba la ya nombrada pulpería “La Tapera”, mojón civilizador –como diría León Bouché—. Es interesante anotar que este enterratorio se conformó como solución transitoria para un problema epidémico, dándole carácter de “provisorio”, aunque los sucesos posteriores obligaron a los responsables a que fuera definitivo.

LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA Y SUS CONSECUENCIAS

En diciembre de 1870, llegó la noticia de que en los límites argentinos con el Brasil y también en parte de la provincia de Corrientes, se habían detectado casos de afectados por la grave dolencia llamada fiebre amarilla. A fines de enero de 1871, la temida enfermedad comenzó a expandirse por la ciudad de Buenos Aires. La mayor incidencia se observó en los “conventillos” o casas de inquilinato donde se hacinaban muchos vecinos, en su mayor parte inmigrantes que vivían en las peores condiciones de higiene. No había entonces provisión de agua corriente, faltaban cloacas y los pozos negros contaminaban las napas de agua.

Pronto toda la ciudad estuvo seriamente afectada por la fiebre amarilla, cuyo origen no se conocía por entonces

NOTAS

¹⁵ Nos informamos de estos detalles en una de las obras de N. Besio Moreno, 1939.

¹⁶ Jorge Alfonsín es autor –entre otras obras– de *El cementerio viejo de la Chacarita*, 1994.

ya que recién en 1900 se supo que se transmitía por la picadura de un determinado mosquito. El gobierno, a cargo de Domingo Faustino Sarmiento, procuró hallar soluciones para tan seria emergencia: higienizaron los carros aguateros, se fumigaron las casas de inquilinato, se mandó quemar la basura de las calles y se alejaron los mataderos, muchos de ellos, precarios. A pesar de estas medidas y de la labor sacrificada de los médicos, la epidemia fue avanzando y se hizo necesario constituir una comisión popular que tomó resoluciones drásticas, pero a pesar de tantos esfuerzos poco se logró y los pobladores, aterrorizados, comenzaron a abandonar la ciudad, radicándose en pueblos cercanos: Belgrano, San José de Flores, Morón, Luján, San Isidro. En los cuatro primeros meses de 1871, las víctimas llegaron a 14.000, cantidad muy grande si se considera que la población de Buenos Aires era de poco menos de 200.000 personas. Había que enterrar a las víctimas y se decidió hacerlo en el “provisorio” cementerio de la Chacarita porque por allí había tierras del Estado, altas y accesibles con algunos medios de transporte. Además existía la posibilidad de adquirir predios de los vecinos del lugar, si hacía falta agrandarlo. El gobernador de la Provincia de Buenos Aires, don Emilio Castro, emitió el decreto del 11 de marzo de 1871 donde se instituía que debido a la estrechez de los enterratorios del Norte y del Sud, se establecería con urgencia un Enterratorio General de Buenos Aires que consultara las exigencias de la higiene y que tuviera la extensión requerida para poder ser ocupado por largos años. La Municipalidad y el Consejo de Higiene veían convenientes para tales fines los terrenos de la Chacarita de los Colegiales, en el Partido de Belgrano, que debía ceder las tierras necesarias. Se pedía que no se demolicieran los edificios existentes en tal lugar y que se mejorara el camino de acceso. Se disponía también la construcción de un Camino de Fierro, que llegara a ese lugar y se le adjudicó al Cementerio General, una superficie de seis hectáreas en el Cuartel N° 3 de Belgrano.

El cementerio se inauguró el 14 de abril de 1871; en un principio estuvo rodeado por un sencillo cerco de “palo a pique”, un sector con alambrado (una novedad por aquellos años) y el resto con cercos de cina-cina y tunas o cactus. La entrada daba a la esquina de Corrientes y Dorrego; era un ancho portón con sus laterales de ladrillo de adobe, bien encalado y un breve muro a los lados, de material. Durante toda la epidemia de fiebre amarilla se inhumaron 3423 cadáveres y a partir de esos momentos, comenzaron a llegar a la Chacarita los deudos, utilizando los caminos de acceso del momento: Corrientes –poco importante–, Córdoba, Dorrego, Warnes y Scalabrini Ortiz, utilizando la nomenclatura actual. Como estaba dispuesto, se comenzó inmediatamente a trazar la vía férrea, tarea que se

encomendó al ingeniero Augusto Ringuelet, quien ocupó a 700 obreros para construir la línea que tendría una legua de extensión. No debe olvidarse que el primer ferrocarril argentino se inauguró solo catorce años antes, en 1857. La obra costó 2.000.000 de pesos de aquel momento y mereció el encomio de los contemporáneos. El “Tren Fúnebre” –cómo se lo denominó– comenzaba su recorrido en la llamada “Estación Bermejo”, cerca del cruce actual de las avenidas Corrientes y Pueyrredón. Allí se construyó un gran depósito para colocar los cajones mortuorios que luego se ponían en vagones chatos de ferrocarril y eran cubiertos con lonas. El tren recorría el trayecto, paralelo a la actual Av. Corrientes con una frecuencia de dos viajes diarios y tenía paradas en Medrano y en Raúl Scalabrini Ortiz, entonces Calle del Ministro Inglés. La formación era arrastrada por la locomotora *La Porteña* y los conductores eran el maquinista inglés Juan Allan y un hermano, ambos miembros del equipo de técnicos que habían llegado desde Inglaterra en 1857. El primer día llegaron al camposanto 345 cadáveres y poco después falleció el conductor Allan, víctima del flagelo. Se han rescatado los nombres de las dos primeras personas inhumadas en la Chacarita: Manuel Rodríguez, de 50 años y Concepción Ferreira, de 30 años.

La comisión que designaran las autoridades públicas para coadyuvar en las tareas necesarias, solicitó a sus miembros que atendieran a los enfermos y lamentablemente esto ocasionó el contagio de varios de esos beneméritos personajes. El 10 de abril de 1871 se reunieron en el patio de la Facultad de Agronomía, Héctor F. Varela, Manuel Bilbao, José C. Paz y Carlos Guido Spano, entre otros. Llegó entonces el señor Munilla, administrador del Cementerio y dijo que ya había allí 600 cadáveres y no quedaban sepultureros para inhumarlos. Los miembros de aquella comisión no vacilaron un solo instante y se trasladaron al cementerio para cumplir ellos mismos la patética tarea, ayudados por el jefe de Policía, Enrique O’ Gorman y un piquete de vigilantes.

A partir de mayo de ese año, la terrible epidemia fue declinando, hasta desaparecer y los pobladores de Buenos Aires, lentamente empezaron a regresar a sus viviendas. Las calles se fueron animando, se abrieron comercios, pero era doloroso ver tantas personas vestidas de luto, entonces riguroso.

ESTADO DEL CEMENTERIO EN 1872

El Dr. Justo Mezza y otro facultativo, el Dr. Juan A. Argerich, en un informe oficial, del 31 de diciembre de 1872, incluían comentarios del Administrador:

El Cementerio está en buenas condiciones higiénicas y con mucho orden en el arreglo de las sepulturas. Lo único que lamentamos es que todavía no se hayan

colocado pilares con sus rejas correspondientes, pues da una triste idea que aún esté cercado con palos. Tiene una linda Capilla donde se celebran oficios fúnebres de difuntos y este año hubo 448 personas enterradas.

Pero los vecinos del lugar no estaban conformes con la existencia del camposanto puesto que se les había informado con anterioridad que la implantación sería transitoria y que el definitivo Cementerio se instalaría en el interior de la provincia, lejos de la ciudad que avanzaba, amenazando con rodear el enterratorio –cosa que con los años sucedió–. A pesar de muchas gestiones, las obras de mejoramiento se intensificaron, fue un indicio que de allí no se sacaría. En enero de 1873, el administrador Cosme Lorea indicaba:

Se han construido dos galpones de madera, con destino a depósito de cal y para comedor de los peones. Se han plantado dos mil árboles: mil eucaliptos, quinientos aguaribays y quinientos paraísos. Se ha colocado una gran cruz en la calle principal, se han abovedado veinte calles, se han sacado doscientos hormigueros y se ha provisto un carrito con destino al riego de las plantas.

(Archivo Histórico Municipal)

A partir de esos momentos, se paralizaron las obras de mejora en un “camposanto” que realmente parecía un terreno baldío o un potrero, con un endeble vallado y donde solían verse vacas y caballos sueltos, que los vecinos desaprensivos dejaban adrede para que pastaran. Fue poco después, en 1874, cuando el gobierno compró al vecino Mariano Medrano una fracción por la que se le pagó

320.000 pesos, destinada a ampliar las instalaciones, porque ya se sabía que sería un cementerio definitivo. En el año 1877, llegó al Consejo Municipal otro informe que indicaba: “Se han acopiado ladrillos para construir un cerco, ya que actualmente pasan libremente los animales”. Anotemos que los chacaritenses de entonces, para ahorrar camino, habían trazado senderos por donde también pasaban los animales. Como los visitantes eran entonces más de 1600 por año, se bordeó el cementerio con una vereda de ladrillos de dos metros de ancho, elevándola casi medio metro, para que no la arruinaran los carros y carretas que pasaban con frecuencia.

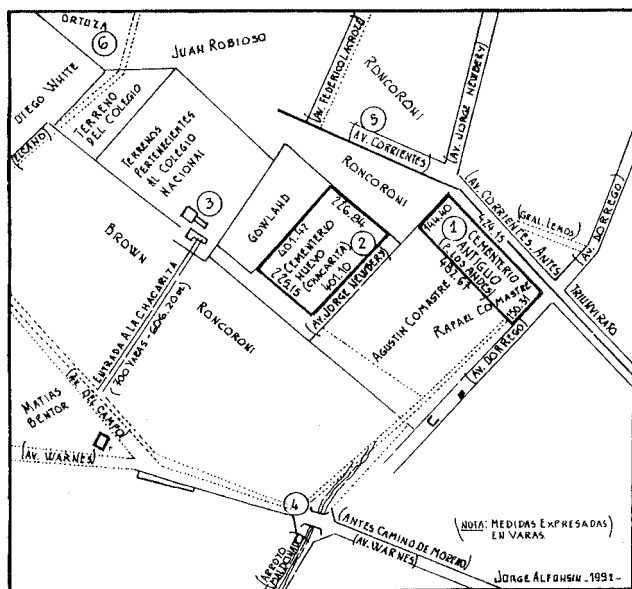
El vecindario, pocos años antes, abrigó esperanzas de que en vez del cementerio definitivo se formara allí un gran parque, ya que. En julio de 1875, se pensó “hacerlo en Palermo no era conveniente porque era una zona baja y anegadiza” oficialmente en trasladarlo a un campo de casi 200 hectáreas a más de 20 kilómetros de la ciudad, pero como tales proyectos no prosperaron, en el barrio de la Chacarita quedó –ya para siempre– aquel camposanto que en 1867 se pensó como provisorio.

LAS CONSECUENCIAS

La implantación definitiva del enterratorio significó para la zona –todavía parte de la provincia de Buenos Aires–, un cambio total. Se alteró su fisonomía campesina, se “entristeció” el lugar inmediato, frenando la construcción de edificios y la apertura de calles e instalación de institutos como escuelas. Pero por otra parte, y aunque parezca extraño, el cementerio fue impulsor de progreso y adelanto. Se logró que a estos lugares llegara una línea férrea –el Tren de los Muertos– que luego quedó firmemente asentada en la zona, para dar origen al Tranway Rural, a los tranvías de caballos, de vapor y luego eléctricos. Al suceder esto y mejorarse los caminos –en especial Corrientes– se observó la llegada masiva de obreros, deseosos de abandonar los conventillos de la ciudad y tener su casa propia; también aparecieron comercios relacionados con el cementerio: florerías, herrerías, maicerías, marmolerías, casas de comida, luego cafés, etc.

LA RESIDENCIA DEL PIONERO AGUSTÍN COMASTRI

Cuando se decidió instalar el enterratorio primitivo de 1867 y luego la ampliación de 1871, fue necesario preparar una pequeña estación o “parada” para el ferrocarril.



Plano borrador de la mensura practicada entre 1870 y 1871 por el agrimensor Pedro Benoit. Dirección de Catastro, M.O.P. La Plata.

La quinta de Comastri en 1972.

Se procuró obtener tierras de los propietarios vecinos y fue entonces cuando Agustín Comastri, agricultor italiano llegado a nuestro país por 1865, donó una franja de tierra.

Comastri fue un próspero inmigrante. Sus campos llegaron a tener sesenta cuerdas de superficie. Mandó edificar una bella residencia y realizó sin cesar mejoras en sus predios. Hizo perforar un profundo pozo donde hoy se juntan la avenida Dorrego y la calle Aguirre, excavación que llegó hasta una rica napa de agua potable, capaz de abastecer a casi todas las quintas de los alrededores y a sus propias tierras de cultivo o destinadas a la ganadería. En la Quinta de Comastri, tan famosa como la que luego sería vecina –Quinta de Bollini–, se sembraba maíz, trigo, alfalfa y había árboles frutales y hortalizas. Otra de sus actividades consistía en la fabricación y venta de ladrillos, pues disponía de varios hornos, con numerosa yeguada para amasar el barro. Se dedicó por momentos al cultivo de moreras y fue precursor en la cría de gusanos de seda. A partir de la perforación del pozo de agua hizo construir una alberca de la que salían varios canales o acequias para el riego en todas las direcciones. Un canal llegaba hasta el edificio principal para regar las bellas plantas que lo rodeaban. Eran asimismo notables los viñedos cultivados por Comastri; daban uvas capaces de transformarse en gustosos vinos. Se producían 500 bordalesas de vino cada año, con más de cien mil pies de viñas, según explicaba el historiador Alberto O. Córdoba. Esa cantidad es equivalente a 112.000 litros de vino por año. Sobre las tierras del diligente toscano hay interesantes informaciones en la publicación *El Industrial*, del 4 de marzo de 1883, que nos ofreciera generosamente el historiador Enrique Mario Mayochi. En resumen: en los comienzos de marzo de ese



Dibujo del artista Roux, que ilustra el paso de los furgones fúnebres con víctimas de la epidemia de fiebre amarilla de 1871. El convoy era arrastrado por la histórica locomotora "La Porteña". (Mundo Argentino.)



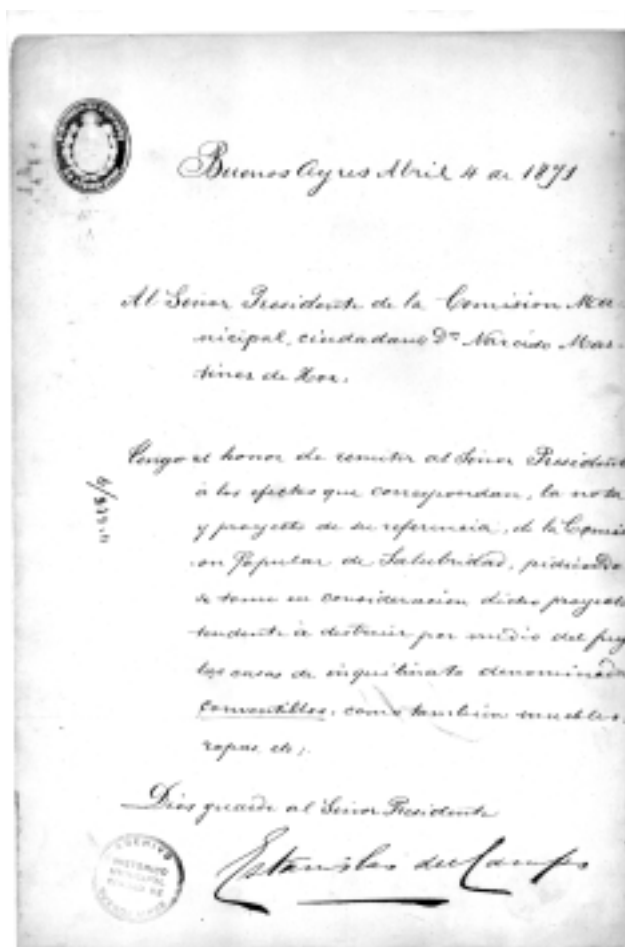
año, una comisión del Club Industrial Argentino fue invitada por don Agustín Comastri a visitar sus tierras y en especial sus viñedos. Así leemos:

La zona iba desde la parte más alta hasta la costa del arroyo Maldonado. Allí había 48 manzanas cultivadas con alfalfa, con riego artificial. En el resto del terreno había plantíos frutales y magníficos viñedos. En el centro, la casa principal, con habitaciones y bodega, a un costado, los talleres de herrería y carpintería, al otro los establos y en extremo SO, las norias a vapor. Convergían a la casa cuatro caminos defendidos por impenetrables cercos de cina-cina. En cada camino se veía una 'tranquera de pescante'. Ayudan a Comastri sus siete hijos argentinos. El viñedo moscatel ocupa cinco cuerdas y los perales han rendido 2000 canastas de peras.

En la actual manzana limitada por las calles Bonpland, Fitz Roy, Aguirre y Loyola, el pionero mandó a construir una casa que se llamó El Mirador de Comastri. Estaba equipada con novedades para el lugar como un gran reloj, luz de gas en el mirador, un sótano que se cree llegaba al arroyo Maldonado, un pararrayos, mobiliario de gran calidad, techos decorados, piano, etc.

Tres años más tarde del primer obsequio de tierras para tan noble causa —en el año 1874— el Estado decidió agrandar nuevamente el Cementerio y como Comastri no cedió las tierras que le pedían porque eran muy extensas, se le expropiaron varias manzanas que tenían cultivos, pagándole un ínfimo precio. Un siglo más tarde, precisamente el 12 de junio de 1974, la ciudad de Buenos Aires decidió rendir homenaje a este pionero de nuestros lugares y se colocó una placa en el frente del edificio, lamentablemente ya derruido y en peligro de derrumbarse. La placa expresa: "Homenaje de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires al digno vecino don Agustín Comastri". Con posterioridad se inauguró una plazuela con su nombre en la Av. Córdoba y Bonpland, donde había vivido uno de los hijos de don Agustín.

Proyecto de la Comisión Popular de Salubridad para destruir por medio del fuego las casas de inquilinato, llamadas conventillos, donde hubo enfermos de fiebre amarilla. Firma E. del Campo, 4 de abril de 1871. Archivo Histórico Municipal, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.



Tercera época

Desde el conflicto de 1880
hasta el Centenario de Mayo (1910)



Portico del Cementerio del Oeste, obra del Arq. Juan Antonio Buschiazzo (tomado de La Argentina y sus grandezas, Vicente Blasco Ibáñez, 1910).

El conflicto revolucionario del año 1880

LUGARES CON HISTORIA

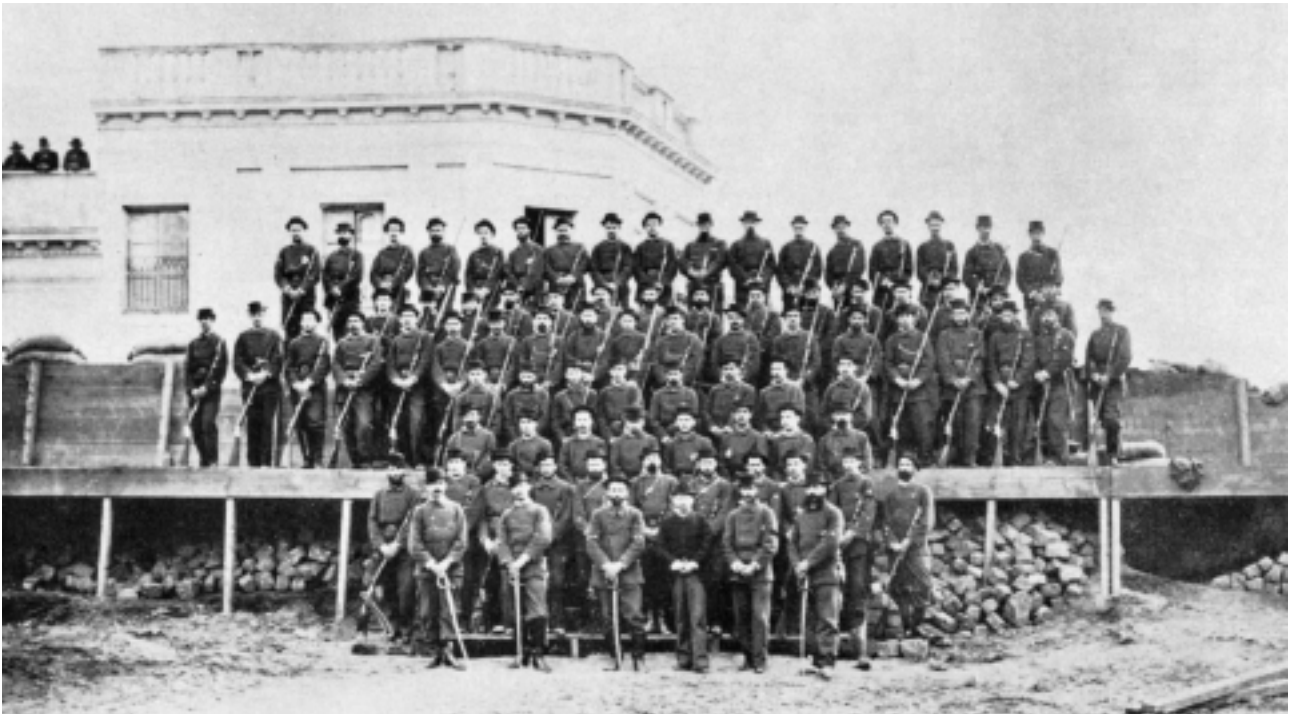
La zona que hoy conforman los barrios porteños de Chacarita y Colegiales, tanto como la de Belgrano, fueron escenario de sucesos trascendentes para nuestra historia.

Antes de dar más detalles, anotaremos que los históricos caserones de los jesuitas, ya con mucho más de un siglo en el lugar y las campiñas cercanas, convocaron a las tropas de la Nación y cobijaron a altas autoridades: presidentes, ministros, jefes militares... Mucho tuvo que ver esta zona con la declaración de Capital, para la ciudad de Buenos Aires y la incorporación de territorios antes provinciales.

ASPECTO DEL LUGAR EN 1880

No es difícil imaginar el aspecto de estos lugares hace ya algo más de un siglo. El primer cementerio, aquél que estaba donde hoy se ve el Parque Los Andes, guardaba en su seno los muertos por la epidemia y el municipio estudiaba la necesidad de extenderlo hacia el oeste. Ya no estaban por allí los alegres estudiantes del Colegio Nacional, recordados por Cané y sí se escuchaba el paso

Tropas que participaron en los movimientos de 1880. Batallón de Rifleros.



de las carretas, vehículos tirados por uno o dos caballos y los jinetes que llegaban desde el interior en procura de la no lejana ciudad, hacia San José de Flores o más allá. Los lugareños concurrían a la casi derruida Capilla y los arrendatarios de los predios del Estado cultivaban algunos productos o cosechaban duraznos. Ese escenario campesino, donde los pobladores eran escasos y el color verde predominaba, sería sustituido –muy pronto– por el centro de reunión de miles de soldados, con todo el aparato bélico de la época: grandes caballadas, equipos de artillería, barracas... Y cuando llegara nuevamente la calma, a esos escenarios bélicos, sucederían la paz eterna de un gran Cementerio...

LOS ANHELOS DEL GOBERNADOR CARLOS TEJEDOR

Procuraremos resumir los sucesos de 1880, que tuvieron como consecuencia la declaración de la ciudad de Buenos Aires como capital de la República Argentina.

En 1878 parecía que se había logrado un principio de reconciliación entre las tendencias políticas del momento y fue elegido Carlos Tejedor como gobernador de la Provincia de Buenos Aires, quien era todo un “porteñista”. El presidente de la Nación era el doctor Nicolás Avellaneda y ocurría una curiosa circunstancia: en la misma ciudad –territorio provincial– residían las autoridades provinciales y las nacionales, con las consecuencias conflictivas previsibles. Estaba por concluir el período presidencial de Avellaneda y para las próximas elecciones se presentaron dos candidatos: Julio Argentino Roca, por el oficialismo y Carlos Tejedor, opositor. El primero deseaba que la ciudad de Buenos Aires fuera capital del país, pero Tejedor “dueño de casa”, se oponía a ello. Roca triunfó en las elecciones, pero Tejedor rechazó tal resultado y resolvió movilizar sus milicias, numerosas y fuertemente armadas, exhibiéndolas en la ciudad ante la preocupación del Gobierno. Todo hacía esperar momentos difíciles y hasta luchas armadas. Nicolás Avellaneda decidió enfrentar la situación el 2 de junio de 1880. El historiador Felipe Yofre comenta:

En semejante situación, el Presidente recibió en su casa la visita de sus Ministros, doctores Carlos Pellegrini y Miguel Goyena, con quienes tomó su coche y salieron inmediatamente, trasladándose a la Chacarita, antes de que Carlos Tejedor cubriera con sus tropas –más de 10.000 hombres– las salidas de la ciudad.

El cronista José P. Tamburini explicaba:

Iba Avellaneda en su carruaje sin custodia alguna, acompañado por Carlos Pellegrini, en dirección al Cuartel del Regimiento 1º de Caballería en la Chacarita, aquella tarde tan

turbulenta, cuando de pronto dijo a su compañero de viaje: “Tengo el presentimiento de que no volveré a Buenos Aires sino cuando se haya restablecido la paz con el triunfo completo de la autoridad nacional y de que pueda ejercer la transmisión del mando en la Capital definitiva de la República”.

Por la noche, el Presidente se hizo presente en los cuarteles de la Chacarita, pidiendo albergue. Enterado su jefe, el coronel Manuel J. Campos, se le apersonó y le dijo: “El Presidente de la Nación no será huésped aquí. Esta es su casa y disponga de ella cuando sea necesario”. Nicolás Avellaneda se instaló en una parte conveniente de aquellos caserones, ya cargados de historia y que habían sido testigos de tantos sucesos importantes. Los que luego narraron aquellos momentos, refieren que se veía al Presidente caminar por las anchas galerías, sin cuidarse de las lluvias, del frío o de las balas enemigas. El lugar resultaba peligroso, pues las avanzadas de Carlos Tejedor lo recorrían. Así, el 21 de julio, José Ignacio Garmendia informaba a Martín de Gainza que a ocho cuadras del acantonamiento de la Chacarita, se habían acercado soldados enemigos. El día 24 del mismo mes, se notificaba que una locomotora había pasado por la Chacarita con soldados, usando la línea férrea tendida durante la fiebre amarilla y que en esos tiempos se empleaba para cargas. El presidente Avellaneda ocupaba en las casas de la Chacarita una gran habitación con piso de ladrillos antiguos y sombreada por un largo corredor que corría por todo el frente que daba al norte, es decir, hacia el pueblo de Belgrano. En el cuarto se veía una sencilla cama de hierro, algunas sillas y una mesa, casi destartada. De su biblioteca, Avellaneda sólo llevó el libro *El arte del hablar*, escrito por el español Hermosilla en 1826, que lo acompañó durante todos los sucesos (Yofré). “De la Chacarita, iba a Belgrano a visitar a su familia o a entrevistarse con los Congresales”. Algunas veces los jefes militares y otros personajes políticos del gobierno, pasaban momentos de calma en la hermosa residencia campestre del vecino don Agustín Comastri, que estaba muy cerca (a menos de media legua hacia el este) y casi junto al pintoresco arroyo Maldonado.

El pueblo de Belgrano (fundado en 1855), fue durante ese período sede de las autoridades nacionales y desde allí se dictó el Estado de Sitio y se ordenó la concentración de las tropas del Gobierno en los caserones de la Chacarita, que sería un verdadero acantonamiento para resistir ataques tejedoristas o dirigirse contra las tropas de Tejedor ya que, se sabía, ultimaba sus preparativos bélicos. Avellaneda y su ministro de Guerra Carlos Pellegrini convocaron tropas a ese cuartel y Julio A. Roca viajó al interior del país en busca de apoyo y refuerzos, los que comenzaron a llegar a la región de Chacarita. El 9 de julio

de 1880, Pellegrini intimó a comparecer en el campamento, dentro de los cinco días, a todos los generales, jefes y oficiales del ejército que revistaban en las planas mayores, bajo apercibimiento de ser eliminados de la nómina militar y ser sometidos a un Consejo de Guerra, en caso de negativas. Llamado el coronel Levalle, jefe de las tropas de Carhué, tardó un poco más de lo previsto, pues paternal y respetuoso con sus hombres, no quiso imponerles marchas forzadas para llegar a la Chacarita. El ministro de Guerra, que conocía de la existencia de tumultos en el norte de la provincia, receló un instante, pero el bravo Levalle acudió a cumplir con el Ministro y amigo.¹⁷

EL PUEBLO DE BELGRANO

Volvamos ahora al pueblo de Belgrano tan frecuentado entonces por los jefes u oficiales del ejército nacional acantonado en los caserones y que iban y venían por el ancho camino de tierra, con zanjas en sus costados, utilizado hacía pocos años por los alumnos del Colegio Nacional, que pasaban sus vacaciones en la antigua dehesa.

El villorio tenía un agradable aspecto campesino: casas bajas, con techos de teja y rejas y portales anchos. Tenía calles de tierra, abundantes jardines y muchos árboles. El citado Yofre comentaba:

Reinaba en Belgrano una profunda calma, a veces interrumpida por el galope de los caballos de guerra montados por jefes, oficiales y soldados que llegaban del ejército acampado en la Chacarita.

El 4 de junio de 1880 se redactó un importante documento que indicaba:

No pudiendo los poderes de la Nación funcionar con seguridad y libertad en el recinto de la ciudad de Buenos Aires mientras dure el estado de insurrección armada en que se ha colocado el Gobernador de esta Provincia, el Presidente de la República acuerda y decreta: Designase el pueblo de Belgrano para la residencia de las autoridades de la Nación.

En otros términos: el actual barrio porteño de Belgrano se transformaba en Capital del país, con todas sus implicancias.

PREPARATIVOS DE GUERRA

Mientras tanto los aprestos bélicos de ambos bandos se sucedían. Ya hemos visto cómo las tropas nacionales del interior del país debían convocarse con urgencia en el acantonamiento de la Chacarita. Los planes de ataque, tanto de los “nacionales” como de los “porteñistas”, eran variados y algunos de dudoso éxito. El coronel José Ignacio Arias —muy valiente, pero algo precipitado—, propuso a Carlos Tejedor atacar sorpresivamente a las tropas en la Chacarita antes de que llegaran refuerzos desde el interior, pero el proyecto fue rechazado. El general José Miguel Arredondo ideó otro plan: avanzar con sus tropas por la costa, entrar en Belgrano, que estaba casi desprotegido y allí tomar prisioneros al Presidente y su ministerio, para forzar así la rendición del cantón de Chacarita. Tejedor tampoco aprobó el plan, aduciendo que él no quería iniciar los combates. Es posible que la experiencia de sus 63 años lo hiciera reflexionar con mayor agudeza sobre sus decisiones bélicas. En el otro bando, también se tejían proyectos: las tropas del interior ya estaban en marcha forzada hacia Chacarita, el coronel Nicolás Levalle propuso al ministro de Guerra Carlos Pellegrini llevar tropas desde Chacarita en una marcha rápida hacia el sur, cruzar el Riachuelo y esperar los refuerzos. Tampoco esa idea fue aprobada. En Chacarita los jefes del parque de artillería y de los depósitos de explosivos comprobaron que la pólvora estaba húmeda y era imposible utilizarla. Había que dilatar entonces los posibles encuentros y esto agobió a Nicolás Avellaneda y a su ministro Pellegrini. El oficial Ignacio Fotheringham comandaba el Regimiento 7º de Línea en 1880 y fue llamado a Buenos Aires para intervenir en los combates de la meseta de Barracas —estudiados acabadamente por el historiador Enrique H. Puccia— pasando luego a la Chacarita. Allí fue promovido al grado de Coronel graduado.¹⁸

*Combate
de Puente Alsina.*



NOTAS

¹⁷ *Obras completas de Carlos Pellegrini.*

¹⁸ Enrique H. Puccia, 1908.

Hubo combates cruentos en Puente Alsina, Barracas y llegaron a participar casi 20.000 hombres en total. Las tropas de Tejedor sufrieron muchas bajas, la flota amenazaba con bombardear la ciudad de Buenos Aires y el gobernador rebelde reunió a sus altos jefes y se resolvió que era imposible seguir la lucha, ya tristemente cruenta y con casi 4000 muertos y varios miles de heridos. Se anunció entonces el cese de las actividades bélicas y comenzaron las gestiones de paz. Como consecuencia se aprobó el proyecto de Nicolás Avellaneda para declarar a la ciudad de Buenos Aires como Capital de la República. Fue la trascendente Ley Capital dictada el 20 de septiembre de 1880.

El Congreso de Belgrano se reunía en el bello edificio de la Municipalidad, hoy Museo Histórico Sarmiento, frente a la plaza originaria del poblado y donde hoy se encuentra la imponente Iglesia de la Inmaculada Concepción, llamada por el vecindario “La Iglesia Redonda”, por su original estructura. Se sesionó en la Municipalidad de Belgrano durante tres meses y así concluyó la ardua Cuestión Capital, que ya tenía muchos antecedentes desde los proyectos de Bernardino Rivadavia hasta la disposición del Congreso de 1865 que declaraba a Buenos Aires Capital provisional de la República. Desde ese año, los límites entre la ciudad y el resto de la provincia de Buenos Aires eran éstos: Río de la Plata, arroyo Maldonado, Rivera (hoy Av. Córdoba), Medrano, Castro Barros, Venezuela, Boedo, Sáenz, hasta el Riachuelo. Hasta 1880, la ciudad de Buenos Aires tuvo una superficie de 4000 hectáreas, pero por efectos de la Ley Capital se agrandó ya que se le anexarían los territorios de los partidos de Belgrano y de San José de Flores. Los trámites propios de la incorporación dilataron la efectivización y así se llegó a la Ley del 29 de septiembre de 1887 según la cual la superficie de la Capital llegaba a 18.000 hectáreas y la población se incrementaba en no mucha cantidad: 25.000 personas, porque las tierras que se agregaban eran en general poco pobladas.

OTRA VEZ EN CHACARITA, PERO YA EN LA PAZ

En el libro *Nahuel Huapi - Campaña militar de 1881*, escrito por el teniente coronel —expedicionario al Desierto— Eduardo E. Ramayón, hemos hallado algunas referencias sobre los momentos que siguieron a la solución del doloroso episodio de guerra civil ya comentado. Así escribía:

Aquellos grandes espacios vacíos del suelo, aproximados a Barracas, San José de Flores, Belgrano y la Chacarita, cubiertos de verdes pastizales y otras yerbas o arbustos, se transformaron en lugares de concentración para una gran cantidad de unidades de todas las armas que en constante aumento llegaban desde separadísimas distancias.

En otro momento, el militar recordaba:

Una vez absolutamente desaparecida toda sombra que se relacionara con algo de lo trágico o azaroso antes ocurrido, inicióse la desmovilización de las tropas, teniendo como principio aquellos cuerpos venidos desde los Estados provinciales. Los demás, después de un pasar activo y agobiador, pero ya sin excitante interés, sucesivamente regresaron a sus lejanos acantonamientos fronterizos. El Ejército todo, por disposición del Comando, acudió en un día de sol brillante y sin sentirse viento que molestara, a los abiertos campos de la Chacarita. Allí, públicamente, iban a exhibir ante las más altas autoridades, su excelente moral, el espíritu de abnegación, organización e instrucción que reinaba entre las tropas. Previamente a las distintas operaciones que interesaba ejecutar, llevóse a cabo una gran revista y luego una solemne Misa de Campaña.

Luego explicaba el teniente coronel Ramayón que:

(...) se vieron masas gigantescas formadas por la caballería, que dirigía el General Manuel Campos, el paso de la infantería con el General Nicolás Levalle y la artillería, a cargo del General Leopoldo Nelson. Las brigadas, unas tras otras, pasaban en desfile sin fallas ni claros, rindiendo honores a las más altas personalidades, que de pie y descubiertas sus cabezas, ocupaban el balcón colonial de la planta alta saliente del Cuartel residencial del Regimiento 1º de Caballería, edificio desaparecido, en los fondos del Cementerio de la Chacarita, el que bien pudo conservarse, en mérito de haber servido como primer refugio del Excelentísimo Señor Presidente, Dr. Avellaneda al alejarse del centro de la ciudad y lugar también donde se asilaron caracterizados hombres públicos, legisladores y destacados conciudadanos particulares. Aquel árido suelo, de tierra salpicada de verde pastizal, fue hollado sin aplazamiento por las extendidas columnas. Las múltiples unidades, con el tocar de sus bandas de música, al ir enfrentando aquel balcón histórico, presentaban sus armas, banderas y estandartes para luego exclamar: “¡Viva el Excelentísimo Señor Presidente de la República! ¡Viva su sucesor, el Teniente General Julio A. Roca!”

Anecdotalario

de aquellos momentos

Agregaremos algunos episodios que tuvieron lugar en aquellos años y que servirán para completar nuestra información sobre usos y costumbres de aquella Chacarita de los Colegiales tan distinta de la que ahora vemos como nuestro hábitat.

UNA GRESCA EN EL CEMENTERIO

El historiador Emilio Zamboni, nos hizo conocer una noticia tragicómica que se desarrolló en el Cementerio Viejo (Parque Los Andes), en el año 1879. En el periódico *La República*, del 22 de septiembre, se puede leer esta noticia que transcribimos:

Lance sangriento en la Chacarita - En el tren que sale a las 4 de la tarde de la estación para el Cementerio de la Chacarita, iban anteayer dos grupos de italianos acompañando dos ataúdes. Llegados al cementerio, cada uno de los grupos procedió con toda formalidad al principio, a dar sepultura a sus respectivos difuntos a poca distancia uno del otro. Sin embargo, como faltaban palas, un individuo perteneciente al primer grupo, que daba vivas señales de un dolor profundo, queriendo arrojar sobre el féretro querido unas cuantas paladas de tierra, se dirige hacia el otro grupo y pretende apoderarse de la pala que estaba usando uno de ellos. Este se niega a entregarle la pala, el otro replica y con ademán brusco se la arranca de las manos; esto bastó para que ambos se acometieran, prodigándose sendas trompadas y golpes con lo que venía a mano. Esta fue la señal para que los dos grupos, queriendo intervenir a favor de sus compañeros, se lanzaran unos sobre otros y armaron, en la sagrada mansión de los muertos, la más tremenda algarabía que darse pueda. Volaron de un lado a otro, cruces, lapidas, ladrillos, etc... Hubo 8 ó 10 heridos de gravedad y otros tantos contusos. Entre tanto, mientras tenía lugar esta sacrílega gresca, no compareció ni un vigilante ni cosa parecida, a pesar de que varias personas ajenas a la lucha que se había producido, tocaron reiteradas veces pitos, en demanda de auxilio. Recién cuando los combatientes se habían alejado, compareció la autoridad, consiguiendo capturar al promotor de este conflicto, que yacía muy mal herido en el suelo.

MÚSICA DE TANGOS "DE ANTES" EN LOS VETUSTOS CASERONES...

En el libro *La historia del tango*, que en 1936 escribieran los hermanos Héctor y Luis Bates, Emilio Zamboni nos indicó unas curiosas referencias sobre el pasado de la zona, poco después de los sucesos bélicos de 1880. Así puede leerse en esta conocida obra:

Los músicos de otras épocas ganaron verdaderas fortunas. Eusebio Aspiazú recordaba que cuando fueron contratados él y algunos compañeros en la vecina localidad de San Fernando, tenían asegurada la suma de mil doscientos pesos mensuales por cabeza. En 1883, también con algunos colegas fueron a tocar al campamento donde habían quedado aguardando órdenes, dos o tres batallones del Regimiento de Roca, los cuales habían sentado sus reales por las inmediaciones de la Chacarita. A la tropa se le habían pagado 36 meses de sueldo y los soldados llevaban el dinero en los pañuelos, bastante a mano como para tenerlo listo y satisfacer todos los caprichos acumulados durante tanto tiempo de “dieta”. Junto a los batallones marchaban unas docenas de mujeres a quienes se identificaba como ‘cuarteleras’. Absolutamente fieles a sus hombres, no les importaban las largas marchas de los soldados y estoicamente los seguían a todas partes, aguardando los momentos de libertad de que aquellos disponían para realizar sus fiestas, consistentes en bailes y libaciones de toda índole. En el campamento de la Chacarita se habían instalado también estas “chinas cuarteleras” y, para amenizar las alegrías que se prometían soldados y compañeras, fueron los músicos Aspiazú, Canevari y Ramos. Las fiestas duraron bastante tiempo, al final del cual, todo el contenido de los bolsillos de los soldados, fue a parar a manos de esos músicos.

¡A CAZAR PERDICES EN CHACARITA!

Como un ejemplo del perfil campesino de estas zonas hace poco más de un siglo, comentaremos una curiosa noticia, que reconoce su origen en una obra, *Los cementerios*, de Luis F. Núñez.

Casaquinta de la familia Carranza, con frente al llamado “Camino a la Chacarita Vieja”, hoy Av. Dorrego, y en los terrenos donde se halla el Colegio León XIII y sus vecindades.
Dibujo de la Arq. Rosana Olgiati.



El 2 de noviembre de 1877, un joven llamado Florentino Barros fue arrestado en el viejo cementerio de la Chacarita (hoy “Parque Los Andes” y sus vecindades), porque se lo sorprendió cazando perdices y algunas otras aves, utilizando un arma algo extraña Pistola “Montecarlo”. Hoy nos resulta rara tal noticia: ¿perdices en Dorrego y Corrientes, pero hace 120 años? El tema también se comenta en el libro de Carlos Alberto Carranza, *Recuerdos de infancia*. Esta familia por el año 1875, poseía una extensa quinta con frente a la actual Av. Dorrego, por donde hoy están los edificios que fueron de los Molinos Minetti y cerca del Colegio Don Bosco (León XIII). Así recordaba el autor aquel pintoresco lugar donde la familia había levantado una “casa de recreo”: “Al llegar el verano, nos dirigíamos a la quinta, que tenía una extensión de cuatro cuerdas cuadradas, con grandes plantaciones de árboles, muchos de ellos, frutales”. Y en otro párrafo: “Un peón dijo, que aprovechando el riguroso calor, le sería fácil cazar algunas perdices y se dirigió a unos terrenos próximos a la Chacarita, donde las había en regular cantidad. Pero no tuvo éxito y sólo nos regaló unos huevos de perdices, atribuyendo su fracaso a la gran cantidad de gramillas y juncos que cubrían un gran lodazal que servía de refugio a aquellas aves”.

PONCHE “CHACARITA”

El 16 de octubre de 1880, los amigos del doctor Carlos Pellegrini le ofrecieron un banquete en la Confitería del Gas con motivo de concluir sus tareas como ministro de Guerra y Marina. El menú fue copioso e incluyó dos segmentos culinarios recordatorios de los sucesos bélicos de la región que historiamos: “Punch a la Chacarita” y “Fromage Glacé a la Capital”...¹⁹

ALGUNAS FIESTAS EN EL “MIRADOR” DE AGUSTÍN COMASTRI

Por 1880, los altos jefes que vivían en los caserones de la Chacarita o en casas de algunas familias del pueblo de Belgrano, no tendrían –con toda seguridad– muchos momentos de tranquilidad y menos de esparcimiento, ya que debían enfrentar permanentes amagos de ataques por parte de las fuerzas “tejedoristas”. Sólo había en el entorno una gran residencia –muy bella por cierto–, que había levantado por 1870 –fecha aproximada–, el rico agricultor y pionero de la región, el italiano Agustín Comastri. Afortunadamente el edificio continúa en pie, pero en situación tan deplorable, que de no tomarse urgentes medidas de restauración, la histórica mansión, desaparecerá muy pronto. En la manzana funciona hoy la Escuela Industrial N° 34, cuyas autoridades luchan denodadamente por lograr que el “Casco Viejo”, como llaman al “Mirador de Comastri”, sea salvado.²⁰

NOTAS

¹⁹ Datos que debemos al historiador Enrique Germán Herz.

²⁰ Sobre este tema hemos escrito un breve libro que puede consultarse si se desean mayores datos.

El caso es que por 1880, don Agustín, un verdadero señor de un vasto feudo de 60 hectáreas en esos terrenos que limitaba el arroyo Maldonado, vivía rodeado por comodidades inusitadas, amplios cuartos y salas con pisos de finas maderas, techos decorados, paredes cubiertas por tapices, estufas de mármol de Italia, señorial escalera, iluminación de gas, un foco en el alto "Mirador", que tenía bellos vitrales, sirvientes, abundante comida (él era agricultor y ganadero), etc. Junto al rico inmigrante, vivían sus diez hijos y entre ellas, varias señoritas, muy bellas por cierto, algunas de las cuales tocaban muy bien el piano. Esto significaba que los jefes acantonados a media legua, en la Chacarita, solían pasar algunos momentos de amable reunión en el palacete cercano. Al respecto, escribió Ricardo M. Llanes, maestro de los cronistas porteños:

Más que por la abundancia de sus frutos y hortalizas, la quinta de Comastri debía su renombre a la existencia del "Mirador", cuya construcción data del año 1870 en adelante, según un hijo —nacido allí en 1874— lo manifestó en su momento. Por él se sabe —proseguía Llanes— que en el "Mirador" pernoctaron Roca y Pellegrini en los días anteriores a la revolución del 1880, cuando ya las fuerzas nacionales acampaban en los terrenos que se conocían por la Chacarita de los Colegiales. Personajes como el general Mitre y el doctor Alem, fueron, algunas veces, visitantes del señor Comastri, que los generales Luis María y Manuel J. Campos, prestigiaron allí acontecimientos familiares. En el "Mirador" tuvo uno de sus escondites don Hipólito Yrigoyen mientras fraguaba el movimiento cívico de 1893 y revolucionarios mitristas se refugiaron en esa quinta después de ser vencidos en el combate de "La Verde".

Y ALGO MÁS SOBRE INDÍGENAS

A pesar de los avances del progreso, nuestros lares seguían teniendo mucho de campesinos en 1881, como ya hemos comentado. El 8 de enero de 1881, en el periódico *La Nación*, puede leerse esta noticia:

Ayer llegó a la Chacarita el escuadrón del Regimiento 1º de Caballería que al mando del Sargento Mayor Doza de ahí seguiría hasta la frontera, en persecución de una partida de indios...

EL EXTRAÑO CASO DEL CADÁVER ROBADO...

Pedimos excusas al lector si algunos de nuestros temas suenan algo macabros, pero escribiendo sobre cementerios...

Este suceso que narraremos, en su momento apasionó a toda la población de Buenos Aires. En abril de 1871, se inhumó en el Cementerio Viejo de la Chacarita, a una víctima de la epidemia de fiebre amarilla. Se trataba de un médico de apellido Señorans, miembro de una distinguida familia porteña. El día 17 de abril, por la noche, varios hombres entraron subrepticamente en el Cementerio, con la complicidad de algunos empleados, encapuchados y ayudándose con la luz de linternas y hachones de madera. Excavaron la tumba del doctor Señorans, envolvieron

el cadáver en unos paños, lo llevaron hasta un carruaje que tenían preparado junto al portón de entrada y partieron hacia la ciudad. Este caso se conoció, pero hubo otros muy similares y la respuesta pronto se supo. Los familiares del médico tenían una bóveda en el Cementerio de La Recoleta o del Norte y al comprobar que había sido una víctima de la epidemia, organizaron el "secuestro" colocándose los restos mortales en La Recoleta. La investigación posterior aclaró el suceso. El cadáver quedó en La Recoleta y se exoneró al administrador del enterratorio y a dos o tres empleados. Y así concluyó tan resonante caso. Otro, terrible, es narrado por el cronista Manuel Bilbao (1934). Transcribimos sus conceptos:

La precipitación con que se enterraba hizo que se produjeran casos de personas a quienes casi se les enterró vivas, algunas de las cuales, al sacárselas de los cajones y ver el espantoso cuadro en donde se hallaban, murieron. Una mañana, al reanudar su tarea, los sepultureros, encontraron en el suelo, fuera de su cajón, el cadáver de una mujer que durante la noche, haciendo esfuerzos sobrehumanos, lo había roto, saliéndose de él, quedando exhausta y sin vida, por la misma causa.

El "Tren de los Muertos".



UN CASO DE ENVENENAMIENTO SIN RESOLVER

En el año 1876, el administrador de la Chacarita elevó esta nota a sus autoridades:

El día 14 de mayo se presentó el señor don Alejandro Bofia, conduciendo el cadáver de su hija, la párvula Elisa y acompañado de una orden del Señor Presidente de la Municipalidad por la cual se autorizaba a esta Administración a que se permitiera la necropsia del expresado cadáver. Practicóse esta operación al aire libre, en presencia del interesado y varias otras personas, por el señor Galarce, doctor en Medicina y los Practicantes D. Juan Penne y Faustino Trongé. El resultado de esta autopsia puso en conocimiento lo que el señor Bofia suponía: la existencia de un veneno como causa de la muerte de Elisa. Este veneno, según el primer examen, era una sustancia vegetal y la determinaron por el momento, como procedente del árbol 'ombú'. Por nuestra parte, no pudimos averiguar cómo concluyó este asunto que tenía las características de ser de índole criminal...

MÁS ANÉCDOTAS CHACARITENSES

Miguel Ángel Scenna en su libro sobre la epidemia de fiebre amarilla comentaba que en el periódico *La Prensa*, del 18 de abril de 1871 se informaba sobre un señor apellidado Pittaluga que fue dado por muerto y llevado al cementerio, *resucitando a mitad de camino...* El 15 de abril, en el mismo periódico se informaba del caso de un enfermero que después de cinco días de intensísimo trabajo se tomó unas horas de asueto, durante las cuales se "pescó" una formidable borrachera. De regreso a su casa, cayó dormido en la calle, pasó un carro recolector de cadáveres y lo levantó, creyéndolo una víctima más. Despertó providencialmente a tiempo –ya en el cementerio de la Chacarita– cuando le estaban echando cal...

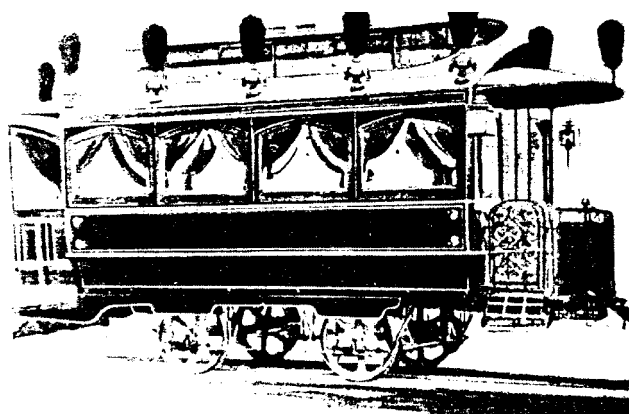
ALGUNAS CONSECUENCIAS

DE LA "LEY CAPITAL" EN LA REGIÓN

Como era lógico que sucediera, la ley que declaraba Capital de la República a la ciudad de Buenos Aires, tuvo enorme repercusión en todo el país y de manera especial en los lugares que nos ocupan, porque Chacarita y Colegiales pertenecían al Partido de Belgrano que junto con el Partido de Flores pasaban a ser capitalinos. El hecho se concretó efectivamente en 1887 y uno de los primeros impactos fue el incremento en forma notable del valor de las tierras. Ya no tuvo mucho sentido poseer veinte o treinta manzanas de tierra dedicadas a sembradío, dejar pastar animales e incluso fabricar ladrillos. Era más rentable fraccionar los grandes terrenos y ofrecer en venta lotes pequeños para edificar. Coincidieron entonces muchas circunstancias: había paz, llegaban por centenares de miles los inmigrantes, especialmente italianos y españoles que deseaban abandonar los insalubres "conventillos" céntricos para poder vivir "en las afueras" de manera más digna. Paralelamente se tendieron líneas férreas y sobre todo, tranviarias, que fueron "civilizando" los nuevos territorios

anexados. Todo ello gravitó en las tierras que hoy conforman nuestros barrios: fueron desapareciendo las antiguas y extensas quintas de Arnejo, Henestrosa, Roncoroni, Ortúzar, Comastri –entre otros– y el progreso siguió su marcha. Pero no debemos olvidar que para la última década del siglo pasado, casi 100 manzanas serían transformadas en una gigantesca Necrópolis.

Tranvía fúnebre.



Ensayo de cronología

Años 1875 a 1890

Hemos reunido una serie de noticias que se refieren al pasado de Chacarita y Colegiales. Deseamos aclarar que si bien son distintos asuntos, todos ayudan a conformar la historia barrial.

1875

En la Memoria Municipal puede leerse:

Buenos Aires, Julio 26 de 1875. Al Señor Presidente de la Comisión Municipal de la Capital. Artículo 1º – Créase un Cementerio General que tendrá una extensión superficial de 200 hectáreas cuadradas y que distará por lo menos doce kilómetros y hasta veinte kilómetros del centro de la Ciudad de Buenos Aires.

El 28 de diciembre don Mariano Medrano ofrece en venta un terreno para ensanche del Cementerio y finalmente la Municipalidad lo compra por 310.000 pesos.

1876

En la Memoria del Presidente de la Comisión Municipal de Cementerios hay una información referida a 1876, pero que se eleva el 31 de enero de 1877. Así indica:

Aún cuando este enterratorio no ha de ser permanente, pues la Ley ha señalado los kilómetros de distancia de la Ciudad a que ha de establecerse el que debe fundarse, no obstante existe la necesidad de rodearlo de pared, porque si continuara como hasta aquí, se hallaría expuesto a profanaciones o se convertiría en una guarida de animales. El ladrillo acopiado anteriormente en este sitio podría emplearse en el cerco de que se trata.

Las condiciones higiénicas del Cementerio son excelentes. El plantío de eucaliptus que contiene y la elevación del terreno en que está situado, contribuyen especialmente a producir esa condición. Las inhumaciones durante estos dos años fueron éstas:

Año 1875	4581
Año 1876	3579

La Administración, por nota del 31 de diciembre de 1876 informaba también que:

(...) el alambrado que rodeaba el Cementerio era el suficiente y el daño que suele resultar es el hecho que durante la noche, por las tropas de ganado que cruzan por los caminos circunvecinos hasta esta localidad.

El Administrador solicitaba que ese cerco se reforzara con cina-cina y decía:

Es mucha la distancia que hay que recorrer desde el punto de trabajo hasta la parada del tren fúnebre a objeto de recibir los cadáveres para practicar la inhumación. La concurrencia de deudos este año ha sido menor que la del año pasado. El aumento de los predios del pasaje debe haber contribuido a la disminución, lo mismo que el mal estado de la vía carretera.

Informe anexo: El 1º de Noviembre de 1875 concurrieron 1.595 personas

El mismo día del año 1876: 1.250 personas

Para facilitar la llegada se ha construido una vereda de cuatro metros de ancho, por noventa y seis metros de largo y a medio metro sobre el nivel de la calle. Se le ha dado esta elevación con el objeto de que los carros y carretas de esta vecindad no asciendan a ella y la destruyan.

Las rencillas de familia, que ni en lo sagrado perdonan cierta clase de personas, han dado lugar este año a que varias lápidas colocadas en un principio con una clase dedicatoria, fueron sustituidas por otras, con diferentes leyendas ofensivas.

1877

Los trenes de la línea a este Cementerio, durante el transcurso del año, han experimentado interrupciones en su horario ya por descarrilamientos como por la descomposición de sus locomotoras.

1878

En el mes de octubre, por haber habido un fierro [sic], atravesando en una de las vías del tren a la Chacarita, el tercer vagón descarriló y esto ocurrió en las inmediaciones del Puente del Arroyo Maldonado.



*Puente elemental
sobre el arroyo
Maldonado.*

Plano que indica cuáles fueron los primeros cementerios en la zona de Chacarita. Dibujado por el Sr. Jorge Alfonsín en 1992.

República y en 1883, Ciudad). El Municipio designó a un Consejo Consultivo, integrado por el Dr. Julio de Subiría, el Procurador Municipal don Gregorio Rebollo y posteriormente, como Arbitro, a don Jorge Gowland, que era Juez de Paz de la zona. Este último citó a los arrendatarios de predios de Comastri para constatar si se consideraban perjudicados, lo que así resultó, el 14 de Octubre de 1879. No concluyó con esto el litigio, pues siguieron las reclamaciones y contestaciones y finalmente, quedó firme la Resolución Municipal. Don Agustín Comastri debió entregar las cuatro manzanas de tierra que hoy forman parte del Cementerio del Oeste y al precio que le impusieron. Agregamos que no se tuvo en cuenta que en 1871, Comastri había donado franjas de sus predios para facilitar la estación del Tren Fúnebre, allá por Corrientes y Dorrego...

1879

LAS TIERRAS DE LA FAMILIA RONCORONI

La observación de planos y escrituras correspondientes a estos barrios, permite certificar la presencia de una familia fundadora: los Roncoroni. Don Ángel Roncoroni, nacido en Como (Italia), en 1836, llegó a Buenos Aires por 1860 y pronto comenzó a adquirir tierras en estos lugares, antes de que fueran parte de la Capital. En 1872, compró al municipio de Belgrano, en sociedad con Hugo Brown, casi tres manzanas de tierra. Al poco tiempo de nacer su hijo Pío, Roncoroni prosiguió las compras a un señor Juan Rovassio y llegó así a poseer un total de 35 cuadradas. Al volver de Italia, don Ángel compró su parte a Brown y entonces su “feudo” llegó a casi 65 manzanas, una verdadera estanzuela. En 1880 falleció y su hijo Pío prosiguió su obra civilizadora. Le tocó a él enfrentar la imposición de vender parte de sus tierras para agrandar el Cementerio General de la Chacarita y debió ceder casi 20 cuadradas para tal fin, a un precio realmente bajo, según sus abogados. En 1889 también debió vender tierras al ferrocarril, que dividió la posesión, alterando la productividad como entidad agrícola-ganadera. En 1901, Pío Roncoroni decidió lotear sus tierras —ahora capitalinas— y vender los lotes menores, ya muy valorizados. Pío falleció en Belgrano, en 1947. (Datos del archivo familiar - Sr. Jorge Christeller.)

1880

Incluiremos fragmentos sobre ese año del libro *Torcuato de Alvear – Su acción edilicia*, de Adrián Beccar Varela:

Cementerio de la Chacarita. Si deficiente era el estado del Cementerio del Norte, ¡qué decir de la Chacarita! Un potrero, sin cercos y donde no se enterraban los cadáveres, sino donde se tiraban éstos, casi a flor de la tierra. Allí era menester

hacer todo y había obras urgentes. Como siempre, la falta de recursos pretendió atemorizar al Intendente Alvear y por ello envió diversos mensajes al Consejo en 1880 [27 de diciembre]: “La Sección de Higiene, ordenó que se sacara a licitación el cerco de la Chacarita porque el anterior había sido destruido, siendo reemplazado por postes y alambres. Ese cerco de alambre permite la profanación y la entrada a todo el que se lo proponga y un sitio tan digno de respeto, que encierra cuarenta mil cadáveres, no puede de manera alguna asemejarse a un potrero. Propongo al Concejo licitar el cercado de pared para igualar este Cementerio con los de igual género de los pueblos más insignificantes, pero cuyos administradores tienen como una religión el respeto a los muertos”.

Todavía en enero de 1883, el problema del mal cercado seguía sin resolver: “Sin cerco de ninguna clase, se hallaba completamente abierto y a merced de los animales que podían entrar en él a pastar, como en un potrero”. Sí, se habían ya construido tres portones de “fierro” asegurados en pilares de material con una Cruz de mármol por remate. En ese año se completó el postergado cerco y así se explicaba en una Memoria:

El perímetro cercado es de dos mil ciento sesenta y seis metros lineales y el costo total de la obra, incluso los portones, la excavación de un pozo y colocación de una bomba, asciende aproximadamente a seiscientos sesenta mil pesos papel moneda o sea veintisiete mil doscientos ochenta pesos, moneda nacional. Queda a pesar de esto, mucho que hacer para colocar este enterratorio a la altura que requiere el progreso de nuestra ciudad. Falta aún el edificio para el Administrador y habitación para el Capellán, una capilla que sustituya el cuarto de madera que hoy hace las veces de tal, el trazado regular de los caminos y más que todo, su ensanche. El terreno actual se encuentra completamente lleno, a tal punto que se ha dispuesto de las calles; las sepulturas ocupadas por los epidémicos de 1871 no se pueden ni se deben remover. Son en su mayoría, de propiedad particular y desde que las

*Aspecto del interior
del Cementerio.*



renuevan, está impedida la Municipalidad de disponer de ellas. Se ordenó a la Dirección de la Oficina de Obras Públicas, la confección de un plano para formar en aquel punto, el gran enterratorio general del municipio, destinando el terreno necesario al de Disidentes, con objeto de clausurar el actual, que ha quedado ya en el centro de la población. Se ha formado un anteproyecto para un enterratorio de cien hectáreas, ocupando terrenos de propiedad particular que pueden obtenerse en compra y otros que pertenecen al gobierno de la Nación y se encuentran actualmente ocupados con el cuartel de un regimiento de caballería.

Comentaba Beccar Varela:

Torcuato de Alvear, el primer Intendente Municipal actuó desde 1883 hasta 1887 y se propuso construir una “ciudad de los muertos”, tal como hoy se lo ve, magnífica por su extensión y soberbia por los monumentos que en ella existen.

Poco después, el arquitecto Buschiazzo presentó el plano general con la distribución interior y los muros. Se autorizó entonces al Municipio para adquirir los terrenos para el ensanche. A tal efecto, el Intendente se dirigió al ministro del Interior, el Dr. Bernardo de Irigoyen. Se le manifestaba que el Cementerio General debería quedar en tal lugar por la situación elevada y su naturaleza calcárea. También se podría instalar allí el Cementerio de Disidentes que en esos momentos era un obstáculo para el desarrollo de la ciudad.

Al mismo tiempo que se solicitaban tierras para la extensión, el Gobierno pretendía mantener allí el Cuartel de Caballería y sólo desalojar a unos corralones de la limpieza pública. Así se llegó a septiembre de 1884 y se logró que la Municipalidad de Belgrano cediera siete manzanas de propiedad de municipio para los ensanches ya citados. Al mismo tiempo se presentaron dos ofertas de tierra, aptas para el ensanche: de parte del Sr. Gowland y del Sr. Comastri. El primero solicitaba 3100 pesos fuertes la manzana cuadrada. El 13 de septiembre de 1884, se tomaron de parte del Honorable Concejo Deliberante, estas resoluciones: “Se aprueban los convenios celebrados con la Municipalidad de Belgrano. El Gobierno cede el terreno afectado a la Administración de Limpieza”. De inmediato esos lotes se dedicaron a la inhumación de restos. También se dispuso dotar al lugar de un tendido de vías para tren Deucaville que resultaba indispensable. Con respecto a las compras a particulares, eso solo se concretó más adelante.

1885

Ese año, el Gobierno logró adquirir terrenos a los vecinos Fortunato Capurro, Ignacio Etcheveste y Carlos

Stekelorum, aptos para el ensanche ya indicado. Parte de ellos, en 1904 se destinaron a la futura Facultad de Agronomía.

1886

En la "Sesión Extraordinaria" del 26 de diciembre de 1886, el Concejo analizó el Presupuesto para el año siguiente (1887).

De tal acta copiamos la escala de sueldos de todos los funcionarios ocupados en el Cementerio de la Chacarita en sus momentos iniciales.

SUELDO ENTERRATORIO GENERAL	
	Pesos
Un Administrador	198
Un Sub-Administrador	120
Un Capellán	56
Un Capataz de Primera	50
Un Capataz de Segunda	40
30 Peones	c/u 30
Un Jardinero	60
Cinco peones Jardineros	c/u 30
Gastos	
Alquiler de una Casa para el Capellán	12
Gastos de cal, herramientas, trajes	100

1887

EL CEMENTERIO SEGÚN EL CENSO NACIONAL DE 1887

En tal documento pueden leerse estos conceptos, que resumimos: "La superficie del nuevo enterratorio alcanza a 736.035 metros cuadrados y el muro de clausura es de 2,60 metros de alto, coronado por cornisas almenadas". Como dato personal, anotamos un recuerdo: conocí parte de este viejo muro con sus raras almenas, cuando tenía 10 años (1931) y caminábamos por allí con nuestro padre y hermanitas, para visitar a un amigo de la familia, en la avenida del Campo, donde tenía un tambo lechero. Sigamos con el informe del citado Censo:

Cada 3,50 metros existe un pilar cuyo capitel se eleva arriba de la pared y termina en forma de pirámide, lo que constituye un conjunto serio y agradable a la vista y que caracteriza perfectamente el destino del lugar. Los caminos del Cementerio son espaciosos, los de circunvalación tienen 50 metros de ancho; los del interior, 20 metros; los diagonales, 15 y los otros 10 metros. Esta Necrópolis se divide en 16 secciones rectangulares que varían entre 50 y 51 metros. La más pequeña cuenta con 2000 a 2500 sepulturas. Existe, además un gran espacio destinado a los fallecidos por

enfermedades epidémicas. Los triángulos de las diferentes Secciones son identificados con letras y divididos en sepulturas que tienen 2,50 metros de superficie. Los grandes y los pequeños espacios, en número de 95, son circulares y sus diámetros varían entre 20 y 80 metros. El ensanche del cementerio ha sido inaugurado el 9 de diciembre de 1886. De esta manera, las dificultades de la falta de terreno que se presentaba cada dos o tres años, han desaparecido. Para el transporte de los féretros al interior del Cementerio, se ha construido un ferrocarril portátil, sistema Decauville, que se extenderá poco a poco, a medida de las exigencias del crecimiento de la población [sic]. En la parte opuesta a la entrada principal se ha destinado un edificio para horno crematorio. Además, el centro del Cementerio será ocupado por una Capilla fúnebre y las secciones destinadas a las sectas disidentes, serán igualmente provistas de capillas. La Dirección de la Asistencia Pública ha pedido autorización a la Intendencia Municipal para levantar en este Cementerio un mausoleo conmemorativo de la primera cremación hecha en la Capital y en el que se depositarán las cenizas de 1500 cadáveres incinerados en la Casa de Aislamiento. El Cementerio de la Chacarita reúne las condiciones requeridas de elevación, aeración, orientación y alejamiento de los centros poblados...

1887

UN PROYECTO QUE NO PROSPERÓ

A pesar de la definitiva implantación del Cementerio, siempre se pensó en que alguna vez debería trasladarse al interior de la provincia, destinando las casi 100 manzanas a otros fines. Una *Memoria* oficial de 1887, comentaba:

En la parte noroeste del territorio de la Capital, en los terrenos conocidos como “La Chacarita de los Colegiales”, pertenecientes al Gobierno de la Nación, se ha decretado la formación de un gran parque cuya superficie no bajará de 150 hectáreas. Este gran paseo prestará en un día no muy lejano, importantes servicios higiénicos a la población de la Capital, porque si bien está hoy situado en una zona relativamente despoblada, es hacia ese rumbo que se extiende con predilección aquella. (Alberto B. Martínez – Estudio topográfico de Buenos Aires – Censo de la Capital Federal – 15 de septiembre de 1887).

Acotamos que el proyecto de crear ese Paseo no llegaría a concretarse, pero quedaría el recuerdo en el nombre de una estación del ferrocarril: Villa del Parque, que se pobló y no fue parque...

ALGO SOBRE TRANSPORTES DE PASAJEROS

Procuraremos presentar informes relativos a la evolución de los transportes de personas, en el período que nos ocupa: 1880-1910.

1886

En una nota que el 11 de abril llegó a la Intendencia Municipal, entonces dirigida por don Torcuato de Alvear, don Francisco S. Capurro solicitaba permiso para:

(...) el establecimiento de una doble vía de "tramways" de carga y pasajeros por la calle Corrientes desde la de Callao hasta el límite oeste del nuevo enterratorio y para completar ésta, un ramal que partiendo de la esquina de Corrientes y Callao, vaya por ésta última hasta la de Tucumán, por ésta a Talcahuano, Temple, Libertad y por ésta, nuevamente por Tucumán al Paseo de Julio. Otro ramal, desde la esquina de Corrientes y Centro América, a Cangallo y por ésta hasta frente a la Estación del Ferrocarril del Oeste. Estas líneas, además de ser de carga y pasajeros, tendrán un servicio especial para los entierros y al efecto habrá una Estación en la calle Corrientes, a inmediaciones de la de Centro América. El precio del pasaje será de ocho centavos de Chacarita a Plaza Victoria. El permiso será por el término de noventa y nueve años, después de los cuales, pasarán a ser propiedad municipal. Las vías y el tren rodante así como las Estaciones, podrán comprarlas la Municipalidad por su precio tasación. Empedrarán donde no haya afirmado, el centro de la vía, quedando de cuenta de los proponentes la conservación del

Locomotora del "Tren Rural", de la Empresa Lacroze, que pasaba por la Chacarita e iba al interior.



mismo. Durante el término de la concesión, la Municipalidad no podrá conceder otra para el transporte de cadáveres. La primera sección, comprendida entre la calle Centro América y la Chacarita, quedará terminada a los ocho meses de firmado el contrato, y la segunda sección, entre Centro América y Plaza Victoria, el año de la misma fecha. Se concederán gratis los pasajes que la Intendencia necesite para el servicio público.

1886

Ese año, don Federico Lacroze fundó el Tranvía Rural de la Provincia de Buenos Aires. Era de tracción animal con la Estación inicial en Rivadavia y las vías del Ferrocarril Oeste. Desde la Chacarita, un ramal iba a San Martín, Pilar y Zárate, recorriendo una distancia total de 105 kilómetros y otro hasta Carmen de Areco, a 145 kilómetros. Tenía coches dormitorios, otros para fiestas –como casamientos, para el transporte de carne, maderas y también un servicio fúnebre.

1886

En *La Prensa* del 21 de noviembre se podía leer esta noticia:

Resolución concedida para el establecimiento de un "Tramway" a la Chacarita. Los señores Natalio A. Ponce y Cía, se presentan solicitando se les concediese autorización para construir una línea de tramways que conducirá pasajeros, carga y cadáveres y que partirá del límite de San José de Flores a la Capital Federal. Será una línea de tramway que, partiendo de las calles Piedras y Medrano, límite de la Capital Federal con San José de Flores, para seguir por la última calle de Medrano, hasta la de Córdoba y doblando por ésta, al Oeste, por la calle Corrientes hasta el paraje denominado "La Chacarita", en el Partido de Belgrano, regresando por dicha calle de Corrientes hasta la de Medrano, siendo el recorrido total de siete kilómetros.

1887

En el diario *El Nacional* del 24 de junio de 1887, aparece este comentario:

El señor F. Lacroze, a propósito del suelto de los periódicos del día de ayer, ha dado la siguiente explicación:

1) Que no es cierto que haya propuesto hacer de la antigua Estación del Parque, una Estación Fúnebre y depósitos de todos los cadáveres de la Capital.

2) Que el transporte de cadáveres se hará desde el actual Depósito Bermejo, sin hacerlos pasar por el Paseo de Julio, ni por la calle Ecuador.

3) Que no hay que exagerar diciendo que habrá diariamente de 30 a 40 convoyes fúnebres, porque no los ha habido ni cuando la fiebre del cólera en 1869.

4) Que no tiene, como otros, intereses en especular con el transporte de los muertos. Está pronto a renunciar a esta prebenda, pues más le gusta negociar con los vivos, para que no digan que se ha sorprendido a nadie.

5) Que conste que el empeño o interés en solicitar la calle de Corrientes, no es otro que poner la línea del Rural, construida en dicha calle, en doble vía desde la calle Medrano, límite de la Capital Federal y ponerla en condiciones para que venga al Centro y entonces las familias estarán muy contentas de tomar el Tramway en las puertas de sus casas y así poder ir y volver a Belgrano.

1888

En el diario *Tribuna Nacional* del 5 de enero, apareció esta noticia:

Como el señor Federico Lacroze, contratista del servicio fúnebre por Tramways a la Chacarita, comunicó a la Intendencia que los elementos destinados a la conducción de pasajeros y transporte de cadáveres al enterratorio de la Chacarita, están listos ya para prestar el servicio; por ello el Intendente expidió el siguiente Decreto:

“Buenos Aires, enero 3 de 1888. Estando pronto los elementos necesarios para inaugurar el Servicio Provisorio de Conducción de Cadáveres al Enterratorio General de la Chacarita, con arreglo a los contratos celebrados con don Federico Lacroze en julio 19 de 1887 y en noviembre 14 del mismo año, la Intendencia decretó entonces:

Art. 1º- Desde el lunes 9 del corriente, el transporte de cadáveres al Enterratorio General, que se hacía por el Ferrocarril del Oeste, se efectuará por medio del servicio especial de Tramways controlados por don Federico Lacroze.

Art. 2º- Mientras se termina el afirmado de la calle Corrientes, desde Centro América a Medrano, el servicio se hará por coches que se estacionarán permanentemente en la esquina de esta última, para recibir los cadáveres.

Interior del Cementerio de la Chacarita.



Art. 3º- Los convoyes partirán de la esquina de Corrientes y Medrano, a las 8:10 y 12 (AM) y a las 2, 4, 6 (PM), de cada día.

Art. 4º- En todo lo demás, regirán las condiciones establecidas en los contratos de Julio de 1887 y de noviembre del mismo mes.

Firmado: Crespo - Intendente
A. Carrasco - Secretario"

1888

Artículo aparecido en *La Prensa* del 1º de Enero:

Actualmente en construcción, tiene la línea 57 kilómetros en explotación, haciendo con toda regularidad el servicio de cargas y pasajeros. Cada día salen dos trenes, uno a las 6 (AM) y el otro a las 4 y media (PM). Llegan al pueblo del Pilar pasando por la Chacarita, Belgrano, San Martín, Bella Vista y San Miguel. Recorre fácilmente 20 kilómetros por hora sin discontinuación, pues no se emplea más de un minuto en la muda de caballos, de modo que va casi tan rápido como los trenes de vapor, además que no tienen que perder 5, 10 o 15 minutos en cada Estación. Las Estaciones están al terminarse, con edificios elegantes y cómodos, concluidos los cuales, la primera sección será entregada oficialmente al servicio público. El material rodante que tiene, es abundantisísimo, con lindos y lujosos "tramways" de pasajeros, con comodidad para Primera y Segunda y "Sleeping-Car", para viajes nocturnos, vagones para toda clase de mercancía, sin excluir expresos para aves, carne, verduras, leche y por último vagones frigoríficos para el transporte de la carne desde las estancias, que es lo que va a abaratar la que aquí consumimos o por lo menos será de mejor calidad que la que hoy pagamos a tan alto precio. Corresponde así prestar un especial interés a este ramo de nuestra industria pastoril, pues con la ventaja o comodidad de poder matar los animales sobre la vía, para abastecer nuestro mercado, la carne será mucho más descansada y más fresca que la que hoy se expende en Buenos Aires. Los 50 coches de pasajeros de Primera y Segunda Clase, son los más bien contruidos y tienen la dimensión usual de los "tramways" de la Capital, con una puerta en el medio. Los de Primera Clase tienen almohadones con terciopelo punzó. Las dos clases tienen rejillas para los pequeños bultos y en uno de los costados hay una escalera de fierro que conduce al techo del coche, dispuesto especialmente para recibir los equipajes o las encomiendas. La doble suspensión que tienen los coches, contribuye a darles un movimiento tan suave, que fácilmente se puede escribir sobre la mesita que tienen. Los "Coche Jardineras" con "Imperial", tienen cabida para sesenta pasajeros y son los más elegantes. En cuanto a los coches dormitorios, son bastante confortables y contienen 8 camas, lavatorio, retrete, estufa y filtro. En todo cuanto se ha podido perfeccionar en este sistema de locomoción. La zona que recorre el "Tramway" es la más pintoresca, una vez pasada la

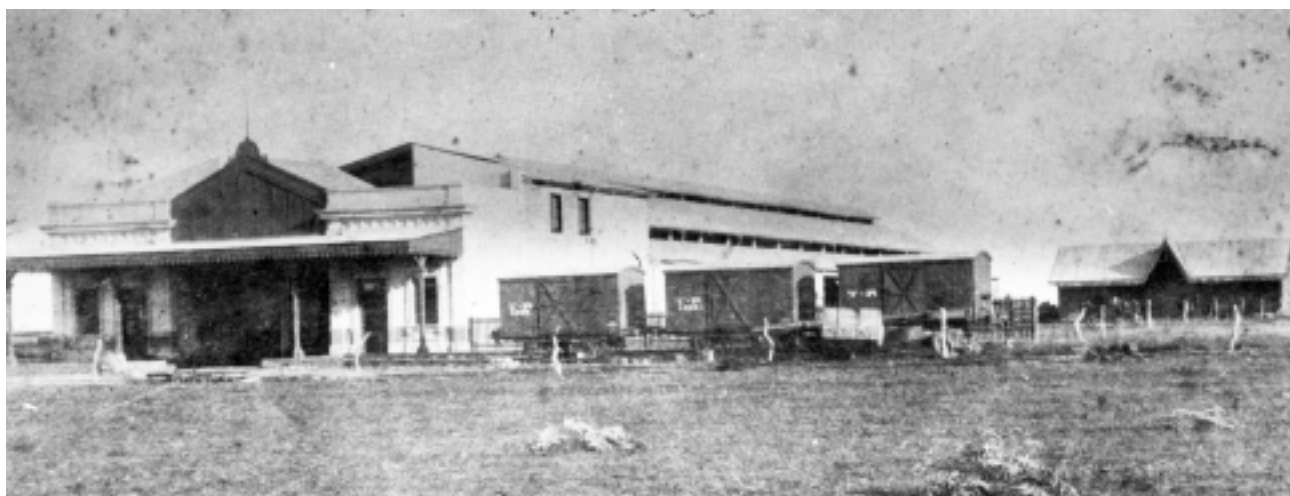
Chacarita ya se divisa el pueblito de San Martín, que queda a la derecha de la vía y vienen enseguida los bañados de la Cañada de Morón y del Río de las Conchas, donde se han hecho grandes terraplenes. En fin, es completo el éxito que ha conquistado el señor Lacroze con la resolución del problema de la tracción animal, superando la tracción a vapor en cuanto a comodidad y celeridad, para las cargas, dando una ocupación al hijo del país con el manejo de los caballos, trato que le es simpático y esencialmente familiar, valorizando también las tierras, por cuanto la zona servida, puede considerarse como Estación, lo que no pasa en el Ferro-Carril, el cual favorece sólo a la Estación y valorizando a la raza caballar. Estos precedentes constituyen para el señor Lacroze un título a la gratitud y el reconocimiento del país en general.

1891

En diciembre apareció esta nota en *La Prensa*, que Ana Zigón presentó en *Todo es Historia* (Nº 294):

En la estación del Tramway Rural y frente a la misma entrada del Cementerio de la Chacarita, donde para el Tramway para desembarcar a los numerosos pasajeros que acuden a ese sitio, se ha estado formando desde hace más de un año y medio, una gran pila de residuos de la caballada de esa Estación que va creciendo todos los días y que compromete la salud del vecindario. En un terreno baldío situado enfrente del antiguo cementerio, también sucede una cosa idéntica, pues allí van a vaciar los carros atmosféricos, al aire libre y sin precaución alguna a favor de la higiene del vecindario.

Antigua Estación del "Tramway Rural", en el lugar donde actualmente se levanta la estación Urquiza. Fotografía del año 1899. Atención Aquilino González Podestá.



1894

El 18 de diciembre de 1894, se conoció este Proyecto de Ley:

El Senado y la Cámara de Diputados decretan:

Art. 1º- Autorízase al señor don Federico Lacroze a construir una línea férrea de tracción a vapor, que partiendo de la calle Medrano, entre Gauna y Cangallo, empalme a la altura de la Chacarita - Kilómetro 7, con la actual línea del denominado Tramway Rural.

Acotamos que posteriormente hubo un cambio: saldría de Medrano, entre Corrientes y Cuyo. Esto fue así porque se podía partir de tal lugar, donde había un terreno baldío y no de Medrano y Gauna, donde existía un Colegio de los Padres Bayonenses.

LA CHACARITA EN EL AÑO 1894

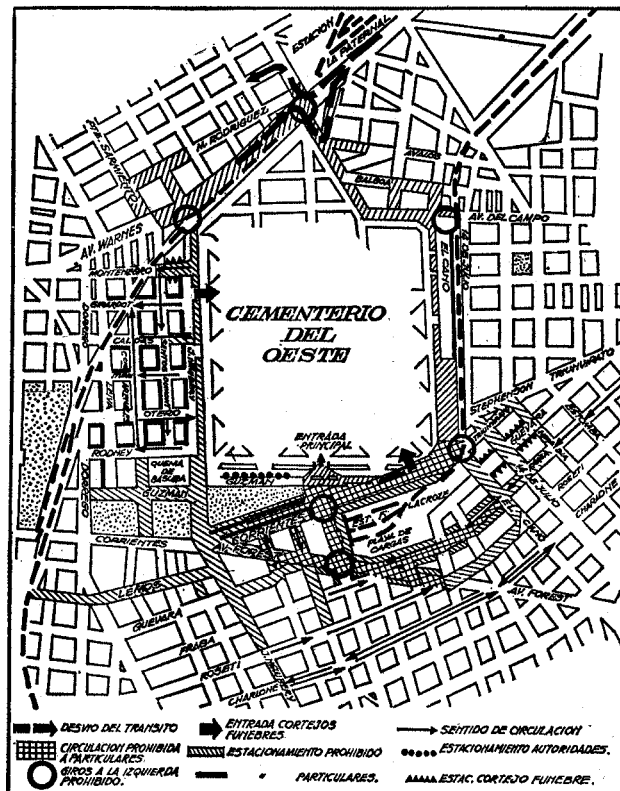
La lectura de periódicos antiguos nos permite conocer con muchos detalles sucesos, lugares e instituciones de esos lejanos años. El profesor Víctor Hugo Contreras nos hizo conocer hace dos décadas una extensa nota que apareciera en *La Nación*, el domingo 22 de julio de 1894. El título del estudio era: "La Chacarita - Futuro cementerio general - Reseña descriptiva".

Lamentablemente no llevaba la firma del autor. Hemos decidido resumir los principales conceptos que nos permitirán saber cómo era el Cementerio –hace ya más de un siglo atrás– y el entorno geográfico, es decir: cómo eran nuestros barrios en el lejano ayer. Pedimos disculpas si aparecen conceptos que ya hemos enunciado anteriormente.

RESEÑA DESCRIPTIVA

El Cementerio Nuevo, situado en la terminación del "Boulevard Corrientes", está encerrado por una inmensa tapia almenada que mide 3390 metros lineales. Este muro llama la atención de los millares de pasajeros que cada día cruzan esos alrededores en ferrocarril. Desde la puerta se divisa, cercana, la cúpula de la Iglesia de Belgrano y frente por frente, a la Estación del "Tranvía Rural", siempre en movimiento, con sus locomotoras liliputienses y sus ómnibus de 'Imperial', únicos en Buenos Aires. También desde la puerta, mirando hacia adentro, se ve, antes que nada, a la izquierda, el pobrísimos edificio de la Administración, oficinas desnudas, sin confort alguno, frías y tristes, donde actúa el Administrador, señor Joaquín Costa, un viejo empleado de la Municipalidad, que presta servicios desde el año 1861 y que ha ejercido análogas funciones en el Cementerio del Sur, en épocas aciagas y en La Recoleta. Tiene a sus órdenes tres empleados que por un sueldo más que mezquino, trabajan de sol a sol, sin dar nunca fin a la tarea, pues la plazoleta que dá frente al Cementerio,

está casi sin interrupción llena de coches enlutados. Más allá, a la derecha, se ve un grupo de bóvedas, muchas de ella sin concluir aún. Hay veinticinco ya terminadas y diez en construcción, sin que entre ellas se note una sola obra de arte, aunque algunas por su sencillez y otras por lo esbelto de su arquitectura –siempre sobradamente pretenciosa– llamen la atención del visitante. Este grupo de panteones se divide en dos por una calle transversal, pero ambas partes forman un todo único a los ojos del que entra. La extensión del camposanto en estos momentos es de poco más de 73 hectáreas y posteriormente se amplió con otras 26 manzanas compradas –por expropiación– a vecinos como Comastri, Roncoroni y Pedro Medrano o a sus descendientes. Notamos que, a pesar de la enorme extensión del terreno con que se cuenta, se ha dejado poco espacio entre una y otra construcción, separadas a veces por estrechísimas callejuelas que privan de la vista a los monumentos, pero esto en parte es culpa de los propietarios, a pesar de que tengan que ajustarse a un plano aprobado por la Municipalidad, pero que es inútil. Un segundo grupo de sepulcros es más elegante que el primero, aunque no tenga nada de notable, pero dan acabada idea del carácter de nuestros cementerios, que desde los de



la gran ciudad hasta los de una aldea, parecen trazados por la misma mano y producen la misma impresión, tanto aquí como en Bahía Blanca. Tendiendo la mirada al frente, se tropieza con la Capilla, vieja construcción que merece un párrafo aparte, mientras que un poco a la derecha, se destaca, solitario, un monumento: una Cruz sobre una ancha base circular en el frente mismo en que el terreno se quiebra y forma una hondonada, para ir levantándose después en una suave cuesta y dejarnos ver muy lejos, como ligero encaje blanco, el muro almenado sobre el cual se percibe en lontananza, como envuelta en ligera bruma, la masa plomiza de la ciudad, salpicada aquí y allá con las manchitas verdes de los árboles del arrabal.

Por nuestra parte diremos que en la “Chacarita Vieja”, en el cruce de las actuales avenidas Corrientes y Dorrego, había centenares de altos eucaliptos, algunos de los cuales conocimos —ya altísimos— por el año 1928 cuando íbamos con nuestro padre a jugar al “Parque Los Andes”. Aprovechábamos para recoger hojas de eucalipto y cápsulas, que llamábamos “trompitos” y que hacíamos bailar como los de madera. Pero sigamos con la nota periodística del año 1894.

A la izquierda se destacan sobre el fondo negruzco de los eucaliptos del antiguo cementerio, las tumbas en el suelo, con sus cruces de hierro o de madera y sus verjas que las hacen parecer cunas, a cientos, a millares. Unas están descalabradas, mohosas, lamentables, invadidas por el pasto; otras, cuidadas a medias y de las que cuelgan esas coronas de canutillo blanco y negro que son siniestras cuando las injurias del tiempo las han deflecado y descolorido... Un poco atrás y a la izquierda de la Capilla, está la noria que suministra el agua necesaria. Llamó nuestra atención ver cuatro o cinco tumbas con la verja generalmente usada, pero al pie de ellas se había plantado yedra, que crece exuberante, vigorosa, formando un matorral macizo de perenne verdor, pero de ese verde como de luto de las plantas trepadoras, amigas de las ruinas. Más lejos, junto al muro, a la izquierda también, está la fosa común, donde se entierran a los adultos de a dos. Allí no se ven distintivos ni nombres y sí, apenas unas cruces de madera o de hierro, prenda de algún cariño que la muerte ha roto.

LA CAPILLA

En el frente del “Camposanto”, queda el viejo edificio y la Capilla con su esquilón en el frente, cuya cuerda flota al aire libre mientras que el interior, recién blanqueado, dá frío por su desnudez con su misérrimo altar y la mesa cuadrangular baja y deslustrada, en la que se colocan los ataúdes para los últimos oficios de la religión. La pequeña nave se ha dividido en dos partes desiguales por un tabique que no llega al arco

de la bóveda, detrás de la cual está la Sacristía con un montón informe de cosas heterogéneas, flores de papel y candelabros manchados con lagrimones de cera. Pronto desaparecerá todo esto, para ceder su puesto a la moderna construcción que haga "pedant" por lo menos, a la Capilla de Disidentes, tan seria y hermosa. Aquel sitio fue, en la época revuelta de 1880, campamento de las tropas del gobierno nacional y durante algún tiempo, se instaló allí el 2º de Caballería de Línea. Agregaremos ahora algunos datos sobre esa antigua propiedad jesuítica. La Chacarita de los Colegiales era un área de tierra como de seis leguas cuadradas de extensión, que fue donada a los jesuitas en el siglo pasado, quienes la poblaron, hasta que algún tiempo después fueron desalojados de ella, cuando se los expulsó del país. El terreno quedó por largo tiempo abandonado hasta que el Gobernador Rosas dispuso que fuera vendido, previo fraccionamiento. El loteo se hizo, pero la venta no, a lo menos con regularidad. De ahí resultó que, andando en el tiempo, varios particulares que se habían apoderado de algunas tierras, se declararon poseedores, sin que nadie los molestara y sin que el Gobierno Nacional hiciera la menor diligencia para recuperarlas. En esto entró en el Ministerio de Instrucción Pública el doctor Amancio Alcorta, quien careciendo, como el gobierno federal de antecedentes sobre el particular, encomendó al doctor Eduardo L. Bidau las gestiones necesarias, nombrándole abogado oficial. Cuando en 1890 comenzó sus trabajos, encontró que las quince fracciones en que estaba dividida la Chacarita de los Colegiales, se hallaban todas en poder de particulares, quienes las tenían a título de propietarios y por consiguiente, no pagaban arrendamiento alguno desde tiempo inmemorial. El doctor Bidau ha desplegado mucha actividad en la prosecución de todos los asuntos y actualmente se hallan terminados diez de los quince. Es indudable que todos estos terrenos han de venir a poder del gobierno federal que tiene ya cien manzanas y así, terminado todo, podrá disponer de doscientas manzanas. La Municipalidad tiene un proyecto para instalar allí un Parque semejante al de Lezama que acaba de inaugurarse y el gobierno federal, por su parte, proyecta también instalar una Escuela Agronómica con parques y demás dependencias.

CINERARIUM

En el centro de aquélla extensión, frente a la entrada que da al Boulevard Corrientes, se levanta un monumento conmemorativo, el Cinerarium, inaugurado en 1892 y donde reposan las cenizas de los cremados en la "Casa Municipal de Aislamiento". Nada de notable tiene como arquitectura este edificio, pero merece especial mención por cuanto conmemora un verdadero progreso en nuestras costumbres. En la parte que da a la avenida principal del cementerio, donde está la puerta, tiene cuatro chapas de bronce en las que se leen las inscripciones siguientes: "Cinerarium - 1892 - La Municipalidad de la Capital conmemora en este monumento la institución de

la cremación cadavérica, inaugurado el 16 de diciembre de 1892". Aquí descansan los cremados en la Casa Municipal de Aislamiento.

El Plano del Cementerio forma un conjunto cuadrado poco útil, por cuanto lo quebrado del terreno impedirá siempre que la vista lo abarque todo, si no es desde un "mirador" hecho expreso y que no se presentó en el Plano. Se proyecta una gran torre, ubicada en su centro y un Panteón para Presidentes y otros personajes ilustres. Estos, seguramente son planes para dentro de muchos años.

Nadie puede darse idea de la impresión de inmensidad que causa ese cementerio.

EL CEMENTERIO ANTIGUO

El viejo cementerio que hoy (1894) está definitivamente clausurado, tiene entre muros una extensión de cinco hectáreas, con muchos eucaliptos plantados regularmente y los que han alcanzado una gran altura. Se distinguen desde lejos, yendo por el Boulevard de Corrientes que está adoquinado hasta las mismas puertas de la Chacarita, o sea en una extensión de más de seis kilómetros. Para llegar a él, no hace diez años, era necesario "ir por telégrafo" o como los pájaros, como se dice. Todas las calles de acceso eran verdaderos lodazales, a través de terrenos baldíos en los que rei-naba la pita y la zarzamora. Las únicas construcciones que se veían eran ranchos ruinosos de paja ennegrecidas por los soles y las lluvias. La gente se detenía o salía a las puertas, curiosas, cuando pasaba alguien. Muchos, para llegar a la antigua y pintoresca chacra de los jesuitas, daban un rodeo por Flores o por Belgrano, lo que siempre debía hacerse antes. Aquello era el fin del mundo y hoy está en el límite de la ciudad.

Entonces se hacían los entierros en ferrocarril, cuya Estación estaba situada al norte de la Plaza "Once de Septiembre" y en el que se utilizaban las viejas máquinas fundadoras del Ferrocarril del Oeste. La Estación no era pobre, sino sórdida. Había un estrecho andén de madera, un cuartujo para los pasajeros y al lado de éste, apenas separado por un tabique de tablas, el depósito fúnebre, donde los ataúdes esperaban la hora de ser cargados en un vagón cerrado, por peones indiferentes, como si fueran mercaderías. Como éstos no se forraban con zinc —siempre la Chacarita ha sido un cementerio de pobres— en los días calurosos de verano y en las largas esperas, la atmósfera se hacía irrespirable en esa misérrima Estación.

El convoy formado con los materiales ya fuera del uso del Ferrocarril del Oeste, que era siempre lamentable y sólo con verlo, podía decirse que ése era el "Tren de la Muerte". El vagón de carga se veía descuidado y sucio, la máquina, de formas primitivas y sin el acicalamiento de las que ahora cruzan nuestras campiñas, brillantes al sol. Los coches de pasajeros estaban sin barnizar, con los cojines destripados, la tablazón desencajada, apolilladas las maderas y oxidados los hierros.

Y todo esto se ponía en marcha con su fúnebre cargamento, a través de las últimas calles de la ciudad, en medio de la indiferencia de los vecinos, sentados a las puertas, para lanzarse después a campo traviesa y detenerse frente al muro almenado del cementerio, con sus altos árboles, donde esperaban las angarillas para la descarga y las palas para ahondar la tierra y colocar los gruesos cordeles.

El día 2 de Noviembre se llena el Cementerio Nuevo con gente que pasa lentamente, lo mismo el joven que el viejo que está a su lado. Sin embargo, allí también hubo fiestas y zambras en otros tiempos, cuando con el pretexto de honrar la memoria de los muertos, se daba pábulo a todas las pasiones humanas, desde la gula hasta la embriaguez y se bailaba al lado de las sepulturas y se comía sobre ellas, mientras en las carpas vecinas se oía el rasgueo de las guitarras, las agrias voces del acordeón y disputas canallescas de ebrios y de mujerzuelas.

LA CHACARITA DE LOS COLEGIALES

¡Cuántos recuerdos evocará este nombre! Algunos irán directamente a su biblioteca, en busca de aquel libro tan fresco y espontáneo, *Juvenilia* de Miguel Cané, en el que se rememoran tantas cosas lindas y chispeantes de la juventud.

Aquellas viejas construcciones que están ya destinadas a desaparecer bajo el pico demoledor, fueron en un tiempo el sitio de recreo veraniego de los estudiantes del Colegio de los Jesuitas, poseedores de una inmensa zona de territorio del que era centro aquellos edificios y que iban desde el Río de la Plata hasta el arroyo Maldonado, entrando hondamente en los que más tarde fueron ejidos de Flores y de Belgrano. Grandes montes de duraznos, racimos de higueras de España, grupos de aguaribayes y de nogales, árboles entonces raros, amenizaban esos parajes, hoy desnudos como la palma de la mano y solo poblados por tumbas y limitados por la inmensa muralla del Cementerio.

A la Chacarita iban los estudiantes del Colegio Nacional, en épocas de vacaciones, haciendo un rodeo por Flores, de donde la Chacarita está a igual distancia que de Belgrano: a un paso.

Aquella casa de campo tenía su Capilla en la que actúa ahora el Capellán Padre De Sire. Le sirve de vivienda y allí los peones tienen cocina, comedor y alojamiento. Está situada en una altura desde la que se domina un inmenso panorama: Flores, Belgrano y la Capital.

También se trasladaban allí las autoridades del Colegio.

Desde el 24 de diciembre de 1867 hasta el 31 de octubre de 1888 –según el último censo– se habían hecho 91.212 inhumaciones y el término medio fue de treinta diarios. Hasta 1893, el promedio de inhumaciones fue de 37 por día.

De las rentas que la Municipalidad recauda en concepto de inhumaciones, el 85% emana de la Chacarita, dividiéndose el 15% restante, por partes desiguales, entre los demás cementerios.

El 9 de diciembre de 1886 se inauguró el gran ensanche de este Cementerio, clausurándose el perímetro que hoy está casi completo y abandonado, bajo la sombra de los inmensos eucaliptos tirados a cordel, que forman una alta y espesa masa de verde perenne que atrae las miradas desde muchas cuadras a la redonda.

ALGO PECILIAR

El Cementerio de la Chacarita está rodeado de industrias especiales: marmolerías, fábricas de cruces de hierro, “confiterías”, restaurantes, despachos al aire libre de comestibles y bebidas. En muchos casos estos oficios se mezclan y se confunden y el restaurante es al propio tiempo fábrica de sepulcros y agencia de tramitaciones municipales. La confitería tiene algo del silencio de las tumbas y los puestos de chorizos y chinchulines asados ofrecen al transeúnte manojos de cruces de hierro y carteles de latón para pintar en ellos, con jeroglíficos blancos sobre fondo negro, el nombre del que murió y al que hay que darle de prisa ese recuerdo.

En los terrenos que rodean las marmolerías, el sol hiere alegremente los lustrosos monumentos, amontonados sin orden y esperando al comprador y fulgura y chispa en ellos.

Clavados en el suelo con sus caprichosas verticales, están las cruces de las herrerías, negras y tristes y parecen agitadas por el viento, como juncas rígidas. En todas partes hay recuerdos fúnebres, desde que uno atraviesa el puente cercano en el Boulevard Corrientes, allí donde terminan las casas y ceden su puesto a los vastos espacios vacíos cubiertos de yerba verde y salpicados con una que otra mezquina construcción, levantada al acaso.

El “Tranvía Rural” tiende por allí sus rieles; a un paso, las locomotoras silban y van y vienen, preparándose para la partida y ruedan con fragor continuo sobre el adoquinado de las largas caravanas de coches, siguiendo al “Fúnebre”, de plumeros blancos y negros, crujiente bajo el peso de las molduras de mal gusto o al trote largo de los caballos y se acerca a las puertas la rectilínea caja negra del carruaje municipal. Y por ese inmenso “boulevard” de varios kilómetros de largo, se llega al Cementerio de la Chacarita.

Frente a la puerta, los tinglados de los vendedores al aire libre, se alzan indiferentes y hasta con sonrisas de vida y de esperanza, que asume sonoridades de algaraza en los días de fiesta, cuando se va allí a comer, a beber, a tomar mate...

Así decía al respecto el Administrador, respondiendo al periodista:

Antes se establecían estos mercados ambulantes a las puertas mismas del cementerio. Ahora, por una Ordenanza, hemos logrado hacer respetar el sitio. Pero un poco más lejos o algo más cerca, todo es lo mismo...

– ¿Y continúa el antiguo escándalo de las meriendas, al lado de los sepulcros, de las “tardes de campo” pasadas en

este Cementerio, alrededor del fogón improvisado, tomando mate y “asentándolo” con ginebra?

– No, en absoluto, pero tenemos tan poca gente para cuidar esta inmensa extensión, que siempre alguien escapa a la vigilancia y aquí y allá no faltan los “materos” que rehuyen siempre a las miradas de los guardianes.

– Entonces, con esa escasez de vigilantes debe haber robos...

– No, o por lo menos, son insignificantes. Yo recomiendo siempre a los deudos de los finados que no dejen nada de algún valor al alcance del público...

– Encalar, para cumplir con la higiene.

LA “SECCIÓN DE LOS DISIDENTES”

Forma contraste con el vasto cementerio, aquel rincón perdido, cuyas elevadas construcciones se ven desde la puerta como si estuvieran muy lejos, fuera del recinto. Allí todo está limpio, acicalado, cuidado, tirado a cordel, sin una brizna en las veredas, sin un tallo más alto, sin una mata invasora. Dá calma, en medio de la infinita y casi salvaje tristeza del sitio. La casita de la Administración de la “Sección de Disidentes”, está llena de luz y parece un chalet, una casa de campo, que se destaca por su sencillez y buen gusto.

Al salir de este cementerio tan especial, volvimos a enredar los pies entre la yerba exuberante y llena, a la tarde, de rocío, mientras los chingolos nos salían al paso dando saltitos y piando, llenos de confianza y alegría en esta pradera de soledad y de muerte...

A la puerta han quedado los pobres carruajes, el esposo, el padre y los hermanos que llevan a pulso el ataúd tapizado de merinos, a lo largo de las mal delineadas calles, detrás de seis a veinte personas mal vestidas con el sombrero puesto, charlando y discutiendo, que siguen a paso acelerado. Uno, que cierra la pequeña columna, lleva en cada mano a un niño cubierto con un amplio delantal de percal negro, que van alegres y decididos con el amigo de la familia, por aquellas vastas extensiones de campo cubiertas de yerba, que los hará recordar algún lejano paseo de domingo.

El público apeándose de los tranvías para entrar en la Chacarita.



UN SERVICIO FÚNEBRE EN 1894

Reluciente y como orgulloso, con sus albos plumeros, quebrándose el sol en su barniz, se adelanta a paso medurado, el coche fúnebre, tirado por cuatro caballos oscuros, enjaezados de negro, con su caja de ébano deslustrado, con agarraderas blancas como la plata, cubierta por coronas. Lo siguen luego los carruajes tapizados de crespón, con las cortinillas bajadas, y después los del acompañamiento, donde se habla y se discute a voces. Llega el coche hasta el mismo sepulcro y entonces todos se acercan a pie.

Por la entrada de un servicio fúnebre de "Primera Clase", se pagan dos pesos. Por el servicio de "Segunda Clase", un peso y por el de "Tercera", cincuenta centavos. Cada coche del "acompañamiento", abona veinte centavos.

Junto a la tumba, el Capellán, Padre Pedro De Sire, que hace doce años ejerce su función se reviste con su blanco sobrepelliz, se coloca la estola y reza las preces, medio en latín y medio en italiano.

Y hasta aquí los comentarios de un ignorado periodista, que dejó sus impresiones sobre la Chacarita del año 1894, es decir, de más de un siglo atrás.

OTRAS NOTICIAS DE LOS FINES DEL SIGLO XIX

1889

La familia Roncoroni inicia pleito a la Compañía de Tramways de Lacroze (Tranvía Rural) por la utilización de sectores de sus posesiones para el tendido de las vías (Sucesión N° 8104). También hay una cuestión legal contra con Santiago Ortúzar, por posesión de tierras.

1890

El lugar recibió por algunos días a las fuerzas nacionales, cuando se llegó al enfrentamiento bélico denominado "Revolución del '90". Se inició el 26 de julio de 1890 y otra vez los caserones de la Chacarita —que fueron demolidos en 1899— cobijaron a los soldados que irían a combatir en las calles porteñas.

1891

En *La Nación* del sábado 10 de octubre de 1891 se lee:

Los terrenos de la Chacarita - Con motivo de las gestiones de reivindicación entabladas por el representante del gobierno nacional y ciertos convenios que han celebrado con los detentadores de los terrenos de la Chacarita, reclamándolos como de propiedad nacional, el Intendente, Sr. Bollini, ha elevado una nota al Ministro del Interior, sosteniendo la propiedad municipal de esos terrenos, en virtud del decreto de abril 12 de 1866 y solicitando se abandonen las gestiones comenzadas.

1895

En *La Nación* del jueves 19 de noviembre se inserta esta noticia:

Ha sido contratada finalmente la renovación del adoquinado de la calle Corrientes desde Callao a Centro América [hoy Av. Pueyrredón], debiendo empezar en breve los trabajos, así como la plantación de árboles en sus veredas, lo que también ordenó el Concejo Deliberante. La piedra que de allí se sacará, será empleada en el macadamizado de las calles principales del Cementerio de la Chacarita y en reparar los desperfectos de la calle de Corrientes, hacia el oeste.

1896

En el periódico *La Nación* (mes de noviembre) apareció el texto que transcribiremos, referido al aspecto del Cementerio que nos ocupa en esa época de fin de siglo. Nos informamos de tal comentario por una nota aparecida en *Todo es Historia* (Nº 352 - Noviembre de 1996, firmada por Ana Zigón):

Ayer, en el Cementerio de la Chacarita, la afluencia de gente asumió proporciones desmesuradas. La empresa del Tranvía Rural había puesto en circulación unos 50 coches. Cada coche hizo de diez a catorce viajes y cada yunta de caballos, tres, no teniendo los cocheros y mayoresales ningún relevo. Cada coche, que en tiempo normal lleva veintiocho y treinta y dos pasajeros, llevaba ayer, de setenta a ochenta. Las mismas mujeres iban paradas en las jardineras y hasta en los estribos. Desde temprano, todos los coches del Tranvía Rural iban completos. Más que nadie, el Sr. Lacroze debe creer en la utilidad del culto de los muertos.

Enfrente a la Chacarita se ven de mil a milquinientos carruajes estacionados (...) En la plazoleta frente al Cementerio, enfrente del pórtico del hemicycle extraño, de color amarillo, algo ridículo, mezcla heterogénea de Partenón, de Trocadero y de Academia de Música, con un ángel descomunal en la cumbre, la romería que todos saben desgraciadamente: un olor penetrante a chorizos asados y a alcohol. En todas partes una manga de chicuelos y hombres hostigando a la gente para hacerles comprar flores o cintas de metal, llevando pintada la palabra "Recuerdo" o corazones de lata pintada (...) Debajo del pórtico, en la pared, estaba pegado un gran cartel diciendo que quedaba terminantemente prohibido introducir en el cementerio canastos con bebidas espirituosas, fiambres, mate, recomendación extraña, pero que tiene su explicación si uno recuerda los años anteriores en que había familias que almorzaban y merendaban junto a las tumbas.

1899

Por escritura del 20 de abril de 1899, ante el escribano don Carlos de la Torre, “los señores Pío Mario Gaspar Roncoroni y Víctor Bulgheroni, cedieron a la Municipalidad, para abrir la calle Colegiales (Av. Federico Lacroze), y la rectificación de Triunvirato (Corrientes), y la plaza frente al Cementerio del Oeste, dos fracciones de terreno de su propiedad que forman parte de la mayor área que poseen –antes Partido de Belgrano– y que en totalidad suman 96.822 metros cuadrados. Son 81.600 metros cuadrados para la calle Triunvirato, frente al Cementerio y 15.700 metros cuadrados para la apertura de la calle Colegiales (F. Lacroze). La fracción para Triunvirato y la plaza, arrancan de la Chacarita, frente al Parque “Rancagua” (Los Andes), y termina en Villa Ortúzar”.

1890

Muchas de las víctimas de la “Revolución del 90” fueron enterradas en el Cementerio de la Chacarita. Eso sucedió el día 31 de julio de tal año, cuando se inhumaron varios centenares de muertos en los cruentos sucesos bélicos de la llamada “Revolución del Parque”, según informa Juan Balestra en su libro *El Noventa*, 1959.

1904

En la revista *Mundo Argentino* pudimos leer esta noticia, casi pintoresca:

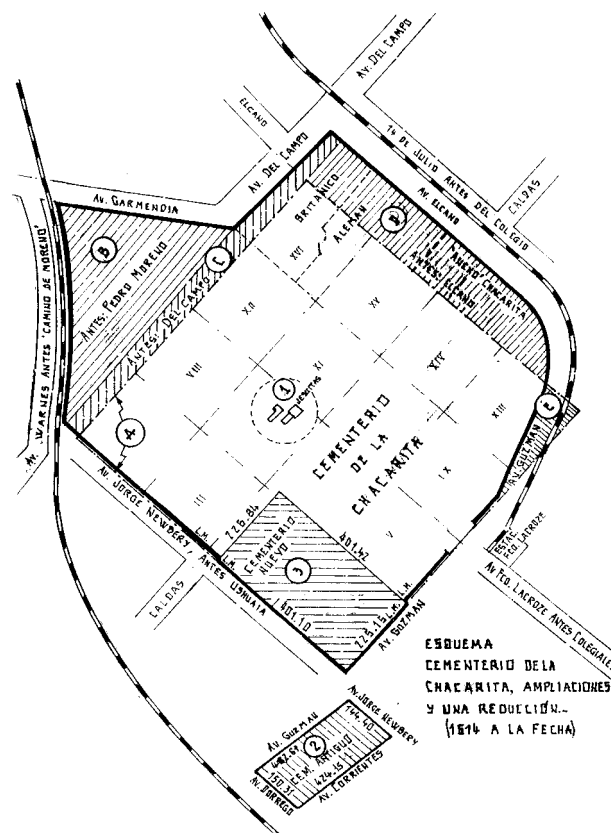
En los campos arbolados que están en los fondos del “Parque Los Andes”, la oficialidad del 9º Regimiento de Caballería realizó en estos días “Cacerías del Zorro”, con uno de esos animales, traídos desde el interior. La Sociedad Protectora de Animales de Buenos Aires, protestó luego, logrando la prohibición de tales “deportes”.

1909

El viajero francés Jules Huret visitó nuestro país en los primeros años del siglo XX y luego publicó una obra en dos tomos, rescatando sus recuerdos de su extenso viaje. El libro fue traducido al español por E. Gómez Carrillo. El primer tomo se tituló *Del Plata a la Cordillera de los Andes* y la segunda parte *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Huret fue un agudo y experimentado observador y dejó notas muy explicativas sobre nuestro país, usos y costumbres. También lo ocupó el Cementerio de la Chacarita, que visitó a los pocos años de iniciarse el siglo. Transcribimos unos fragmentos que consideramos ilustrativos:

Más allá, en un barrio apartado, el inmenso Cementerio de la Chacarita reúne a todos aquellos que no encuentran lugar de reposo en la estrecha y aristocrática Recoleta. Una legión de ángeles de mármol, con las alas desplegadas con

"vestimentas" largas, rígidas e inmaculadas, se apercibe desde lejos, numerosa y apretada, encima de las columnas y de las pirámides, de las capillas y de los panteones. Hay algunos mausoleos, pero abundan las tumbas de tierra o tapizadas de hiedra como en nuestras necrópolis. En letras doradas aparecen inscriptos nombres italianos y sobre todo, vascos; coronas multicolores, de papel, adornan las sepulturas; se ven algunos árboles, vías sin pavimentar y tumbas, no muy antiguas, pero abandonadas ya. Como todo el mundo no tiene medios para comprar un trozo de terreno, existen tumbas colectivas, donde se ven superpuestos, como en las catacumbas, cuatro, cinco o seis pisos de nichos de la longitud de un ataúd, separados por un ladrillo y montantes de hierro. Allí están los muertos acostados, unos al lado de otros, y unos encima de otros, como iban tendidos en hamacas en los entrepuentes de los buques que los trajeron de Europa a la Argentina. El "Día de los Difuntos" se descubren las lápidas de mármol y sobre el ataúd puesto así al descubierto, pueden depositar flores los parientes y los amigos. Situado muy cerca de esta vasta Necrópolis cosmopolita, el Cementerio Protestante de la Chacarita es un oasis de frescor, de sombra y de paz. En el se ven avenidas bordeadas de boj, cipreses y palmeras; flores, pocas bóvedas algunas alegorías de mármol, bonitas y de buen gusto y se oye el canto de los pájaros. Los nombres que aparecen sobre las tumbas son en su mayoría, ingleses y alemanes.



Fotografía del año 1916 (Caras y Caretas), tomada desde el pórtico del Cementerio hacia el norte. Se observa la avenida Federico Lacroze y a la izquierda el antiguo edificio de la estación del ferrocarril.



ALGO MÁS SOBRE CEMENTERIOS DE DISIDENTES

Nos informamos en investigaciones del historiador Jorge Alfonsín transcribiendo unos párrafos de su libro:²¹

En 1892, debido al traslado del Cementerio Protestante de Victoria, que tuvo entrada por la esquina de Hipólito Yrigoyen –antes Victoria– y Pasco, en el que preferentemente fueron inhumados británicos, alemanes, norteamericanos y algunos judíos, es incorporado a Chacarita, ocupando la Sección 16. En 1914, a consecuencia de la Primera Guerra Mundial (1914–1918), fue dividido en los actuales Cementerio Alemán y Cementerio Británico. Poco antes, sin obtener resultados positivos, la comunidad judía había solicitado la misma Sección para habilitar su Cementerio.

En 1923 se destinó un sector del barrio de La Paternal para un enterratorio judío.

Las obras se iniciaron, pero luego fueron interrumpidas. Y para finalizar, algunos datos sobre el Cementerio actual:

La superficie actual del Cementerio de la Chacarita o del Oeste, es de 98 hectáreas. Hay 25 Secciones y se han construido 10.000 bóvedas y 105 Panteones. El pórtico fue realizado por el arquitecto italiano Juan Bautista Buschiazio y es de estilo dórico romano, estando precedido por un jardín al que se accede cruzando rejas de hierro y allí se ven altas y viejas palmeras. Como el peristilo está a casi dos metros de altura, se observan escaleras de mármol blanco. En el frontis triangular hay un relieve que muestra a Jesús con sus brazos abiertos, rodeado por ángeles. Representa al Juicio Final. En el vértice del tímpano se eleva un Ángel, con todo su simbolismo cristiano. Del techo cuelga una gran araña de hierro forjado y desde 1983, se ve en el centro del Peristilo, un Cristo en la Cruz, que es antiguo”.²²

NOTAS

²¹ Jorge Alfonsín. *Cuadernos de la Chacarita de los Colegiales*. Premio “Presencias” 1996. Edición de Inter-Juntas, 1996.

²² Información tomada de un trabajo de la historiadora Elisa Casella de Calderón.

Jorge Alfonsín nos ofreció algunas de estas otras informaciones; son datos de 1990:²³

Los límites del Cementerio están dados por las calles Guzmán, Elcano, Del Campo, Garmendia, Vías del Ferrocarril General San Martín y Jorge Newbery. Tiene 93.860 sepulturas; 154.280 nichos de ataúd; 156.703 nichos de restos; 48.797 nichos de cenizas.

PERSONALIDADES

Bóvedas: Manuel Gregorio Argerich (abogado) y Adolfo Argerich (médico), “Madre María”, “Hermana Irma”, Irene Leguizamo, Elías Antúnez, General Juan Domingo Perón, Juana Sosa de Canosa, Ricardo Levene, José Natale, Francisco Lomuto, Augusto T. Vandor, José I. Rucci, Esteban Celedonio Flores, Evaristo Carriego, Agustín Bardi, Ernesto Drangosch, Jorge Newbery, José Betinotti, Paquita Bernardo, Alfredo Le Pera, Oscar Bonavena, Carmen Valdés, Enrique de Vedia, Juan B. Ambrosetti, Humberto Beghin, Paul Groussac, Sagasta Isla, entre otros.

Recinto para personalidades: Raúl Riganti, Federico Curlando, Rosita Melo, Julio Díaz Usandivaras, Carlos Della Penna, Carlos Leumann, Agustín Magaldi, Aníbal Troilo, Ernesto Montiel, Waldo de los Ríos, José Amalfitani, Luis Sandrini, Benito Quinquela Martín, Alfonsina Storni, Julio De Caro, Francisco de Caro, Juan Gálvez, Carlos Di Sarli, Edmundo Rivero, Osvaldo Pugliese, Carlos Gardel, y otros.

NOTAS

²³ Del mismo autor es una reseña sobre las personalidades inhumadas en la Chacarita, indicándose que la nómina puede tener faltas, que oportunamente completará en un libro.

*Entrada principal del
Cementerio hacia 1910.*



por Sandra Condoleo

La Chacarita

Propuesta didáctica

Agradecimientos:

A las licenciadas Silvia

Alderoqui y Leonora Zamudio

por comentarios y

sugerencias.

VIVIENDAS

El hombre siempre buscó la protección de un lugar como refugio temporal o permanente. Si recorremos la historia de la vivienda, podremos observar el desarrollo social, económico y político de un pueblo o de una ciudad.

El concepto de vivienda no sólo hace referencia a la protección, la seguridad y la privacidad de un individuo y su familia sino que también implica la posibilidad de contar con determinados servicios públicos y privados (agua corriente, red cloacal, electricidad, gas, etc.); la extensión del transporte público y la creación de nuevos lugares de trabajo, zonas comerciales, centros educativos y espacios verdes.

El problema de la vivienda fue encarado casi siempre como una empresa individual y como consecuencia de esta actitud, los sectores populares quedaron relegados en la posibilidad de acceder a ella.

A principios del siglo XX se evidencian las primeras medidas concretas por parte de las autoridades para dar solución a este problema. La entonces Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires firma un contrato en 1913 con la Compañía de Construcciones Modernas para edificar 4500 unidades en los barrios Chacabuco, Nazca y Liniers. Con esta modalidad se levantaron las primeras casas baratas.

En 1924 se llama a concurso público para construir, en terrenos comunales, tres grupos de las llamadas casas económicas. El primero de los terrenos designados estaba entre las calles Leiva, Rodney, Estados y Guzmán; otro en

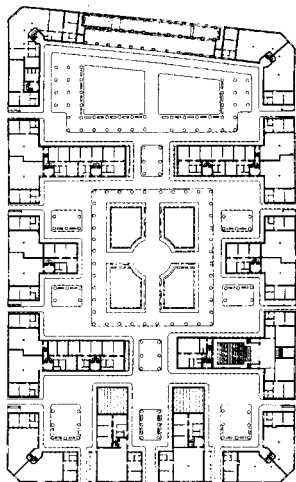
Frente al parque Los Andes, están las llamadas "casas baratas".



Avda. Díaz, Castañón y Balbastro y el último en Luis María Campos, Dorrego, Huergo y Clay.

Sólo se va a concretar el primero de los proyectos, el Barrio Los Andes, con los fondos de un empréstito para el fomento urbano. El concurso fue ganado por el arquitecto Fermín Bereterbide, quien impuso una concepción moderna: departamentos en vivienda colectiva. La construcción se realizó sobre una superficie de 13.188 m² y fue inaugurada el 6 de octubre de 1928.

El departamento comenzaba a ser el símbolo de la vida moderna en las grandes ciudades. Los que se construyeron en el barrio Los Andes fueron entregados en el momento de su inauguración con una cocina doble: para carbón y con una repisa con mechero de gas. El baño tenía una bañera embutida. Se instalaron conductos para agua caliente, estufas de carbón, teléfono y eliminación de residuos. Los pabellones estaban rodeados de 7200 m² de pasos y jardines interiores; además contaban con áreas comunes para entretenimiento: playón para deportes, sede social, biblioteca, sala teatral con 120 plateas, pérgolas, etc.



Planta y vista del barrio Los Andes.



Exponemos el testimonio de Luis Cozzi, un vecino que cuenta cómo fue a vivir al barrio (extraído de la Revista *Aquende*):

Yo vine en el 35 cuando estaba el encargado Festa y el alquiler de los departamentos costaba entre 50, 70 y 90 pesos. Trabajaba en el ferrocarril y el director me dijo de estas casas, por eso vine aquí. Estas casas se hicieron para gente pobre, en ese entonces las colectivas las habitaron los empleados municipales, del correo y del ferrocarril, como en mi caso. Me acuerdo que cuando trabajaba en el ferrocarril y pasaba cerca de acá yo imaginaba que esto iba a ser un hospital, nunca imaginé que terminaría viviendo aquí. Desde el tren no se veían más que cabezas de hombres trabajando, era un mundo de gente.

El barrio de Chacarita se distingue por diversos tipos de vivienda que van desde la típica casa chorizo, chalets, hasta los edificios en altura.

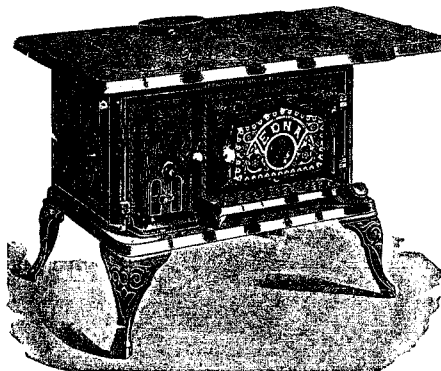
1) Realizá una recorrida por la manzana de tu escuela y observá los distintos tipos de vivienda que aparecen. Luego entrevistá a algunos vecinos para averiguar cómo era el barrio cuando ellos llegaron allí. Preguntales qué transformaciones ven en la actualidad.

¿En qué se diferencian estos testimonios con los del vecino del Barrio Los Andes?

2) Te proponemos visitar algunas casas destacadas del barrio:

- Casas económicas de 1907 en la manzana de Córdoba, Olleros, Jorge Newbery y Álvarez Thomas.
- Olleros 3951: Vivienda colectiva con "jardín español".
- Manzanas con casas típicas de la década de 1920: Lacroze, Guevara, Rosetti y Olleros.

¿Qué diferencias encontrás con las viviendas del Barrio Los Andes? ¿Cómo son las cocinas en la actualidad? Aquí te mostramos la imagen de una cocina a leña.



Teatro Regio.

EL MIRADOR COMASTRI

Se encuentra dentro de la Escuela Técnica N° 34 Ing. Enrique Hermitte. Formaba parte de la casona que el inmigrante Agustín Comastri construyó en el año 1875. Este italiano, durante la epidemia de fiebre amarilla ofreció parte de sus terrenos para el tendido de un tren que iba hasta el cementerio.

Marcá en el mapa del barrio dónde estaba ubicada la quinta de Agustín Comastri.

¿VAMOS DE COMPRAS?

En 1932 se instaló una feria en las calles Charlone, Palpa, Giribone y Teodoro García. Allí se ofrecían productos de consumo a bajo precio.

Otros negocios establecidos:

- El almacén de ramos generales de doña Magdalena (1910)
- La sastrería Los molinos de arriba

- 1) ¿Conocés algún almacén en el barrio?
- 2) ¿Qué supermercados hay actualmente?

EL MUNDO DEL TRABAJO

Muchos vecinos trabajaban en:

- Fábricas de cerámicas Debenedetto (anteriormente hornos de ladrillos)
- Anilinas Colibrí
- Aceros Madjdalani

- 1) Averiguá si estos establecimientos todavía funcionan en el barrio.
- 2) ¿Conocés otras actividades en el barrio?
- 3) Intentá establecer, según la arquitectura y la decoración de los edificios, relaciones con la función para la cual fueron erigidos (civil, comercial, gubernamental) y buscá elementos que puedas identificar como símbolos.

TRANSPORTE

El transporte fue un importante impulsor para la expansión de la ciudad.

- 1) Te proponemos marcar en un plano del barrio las líneas de ferrocarril que funcionan en la actualidad. ¿A qué lugares podés llegar si tomás el tren en la estación Chacarita del ex FF.CC. San Martín? ¿Llegás a los mismos sitios si viajás en el tren de la estación Lacroze del ex FF.CC. Urquiza?
- 2) El recorrido del tren durante la epidemia de fiebre amarilla hoy es utilizado por la Línea B de subterráneos. ¿Cuáles eran las estaciones puestas en funcionamiento en ese período?
- 3) El transporte automotor surgió en la década de 1930 como respuesta a la crisis económica. En la actualidad Chacarita es un punto terminal de muchas líneas de colectivos, ¿sabés cuáles son?



ENTRETENIMIENTOS: ¿VAMOS AL CINE?

El barrio de la Chacarita se distingue por haber tenido numerosas salas donde se proyectaban películas y se representaban obras de teatro. Te proponemos hacer una recorrida por ellas:

•Cine Libertad (Jorge Newbery al 3500): duró muy pocos años; como publicidad en la inauguración invitó por un mes a todos los vecinos de la manzana a concurrir gratis.

•Cine Los Andes (Federico Lacroze al 3800): se lo presentaba como el más lujoso del barrio, y en los intervalos tocaba una orquesta.

•Cine Álvarez Thomas (en la calle homónima al 841): funcionó entre 1928 y 1976, su entrada era económica y era el preferido del público infantil.

Teatro Sarmiento (Giribone entre Jorge Newbery y Santos Dumont): se inauguró en 1940. Se representaban sainetes y zarzuelas.

•Cine Teatro Regio (Córdoba 6056): se inauguró en 1929 y hoy pertenece al Complejo Teatral de la Ciudad de Buenos Aires. Era el preferido de las familias.

•Cine Giribone: se encontraba enfrente del Regio, a él concurría la gente más humilde del barrio.

- 1) Averiguá qué actividades se desarrollan hoy en los antiguos cines.
- 2) Realizá una visita al teatro Regio, y recorré con la vista los que más le llamen la atención. Observá cuántos pisos tienen. Fijate el tamaño y forma de sus aberturas (puertas, ventanas, balcones), qué elementos se destacan en su construcción. ¿A qué público está destinada su cartelera?
- 3) Si hoy quiero ir al cine, ¿a dónde tengo que ir? ¿Cómo llego?

LA USINA INCINERADORA DE CHACARITA

En esta época la ciudad producía más de 2000 toneladas diarias de basura que eran arrojadas a los vaciaderos donde se generaban los focos infecciosos. Una ordenanza municipal del 6 de enero de 1920 establece construir más usinas para incinerar residuos en la ciudad.

Una de ellas se levanta en el terreno municipal disponible en Rodney, Jorge Newbery, Concepción Arenal y Guzmán. Se inauguró el 24 de septiembre de 1925. Para su construcción se invirtieron \$ 310.000 moneda nacional. Tenía una capacidad para procesar 500 toneladas diarias de residuos. Su funcionamiento era permanente con una planta de 230 obreros que trabajaban en cuatro turnos de seis horas.

La usina causaba a los vecinos problemas de contaminación ambiental por la emanación constante de humo de sus chimeneas y el mal olor que inundaba el barrio.

1) Averiguá para qué se utiliza hoy el predio que antes ocupaba la usina.

2) ¿Qué se hace con la basura que se recoge de la ciudad todos los días?

3) ¿Qué es el reciclado? ¿Alguna vez hiciste la experiencia?

LA FIEBRE AMARILLA

La fiebre amarilla es transmitida por el mosquito *aedes aegypti* que habita en zonas tropicales y se reproduce en aguas estancadas y pantanos. En ese entonces no se sabía que el mosquito era el agente trasmisor de la enfermedad.

1) ¿Qué otras enfermedades en la actualidad son transmitidas por un mosquito?

Las condiciones de Buenos Aires, sin sistema de aguas corrientes y cloacales alentaron su reproducción. José Wilde en *Buenos Aires, desde 70 años atrás* (Eudeba, Buenos Aires, 1969, pp. 19-20) describe la ciudad de entonces así:

La ciudad (...) era sucia, en invierno, por el barro, en verano, por el polvo (...) se veían en los puntos más centrales de la ciudad, inmensos pantanos: a veces ocupaban cuerdas enteras. Los pantanos se tapaban hasta hace muy pocos años, con las basuras (...) Estos depósitos de inmundicias, estos verdaderos focos, de infección, producían particularmente en verano, un olor insostenible, y atraían millares de moscas que invadían a todas horas las casas inmediatas.

Manuel Bilbao en *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires* (1981, p. 171) nos cuenta:

En esos tiempos Buenos Aires carecía de obras de salubridad, de los afirmados que hoy tiene; las calles y los terrenos bajos se rellenaban con las basuras, las construcciones no tenían higiene, los conventillos eran focos de infección, las aguas del Riachuelo estaban contaminadas con los residuos de los saladeros situados en sus dos orillas, el servicio de aguas corrientes era casi nulo, la población bebía el agua de los pozos de la primera napa, contaminados de materias orgánicas, lo mismo que los aljibes que contenían las aguas pluviales. Los mercados, los saladeros, los canales, etc. Todos eran focos de inmundicia que favorecían el desarrollo de la epidemia.

1) Compará las calles de la actualidad con lo que cuentan estos relatos.

2) ¿Cuáles son las medidas de higiene urbana que se practican hoy?

¿QUÉ HACER EN CASO DE TENER LA ENFERMEDAD?

Los síntomas de la fiebre amarilla eran: temperatura alta, escalofríos, cefalea, dolores musculares y las pupilas de los ojos dilatadas con un color amarillento.

El consejo de higiene pública de aquella época indicaba meterse en la cama de inmediato, abrigarse bien y tratar de sudar copiosamente con la ingestión de bebidas calientes.

En caso de haber comido poco antes de los primeros síntomas era preciso tomar un vomitivo (30 gramos de ipecuana disueltos en dos cucharadas de agua). Debía ingerirse un purgante (aceite de ricino o limonada Rogé) y a las dos horas había que aplicar sobre el estómago y la espalda paños mojados en aguarrás o alcohol alcanforado.

1) Averiguá cuál es el tratamiento actual para la fiebre amarilla.

2) ¿Se usan en la actualidad algunos de los consejos de aquel entonces?

TRATAMIENTOS MILAGROSOS

Por esa época, apareció el señor Gorris que decía tener la fórmula para terminar con la enfermedad y exigía por parte del Estado una importante recompensa en dinero para terminar con este mal. El método era una lavativa que se aplicaba al paciente después de administrarle un purgante y pronto se conoció su ineficacia. Miguel Scenna en su libro *Cuando murió Buenos Aires* transcribe unos versos humorísticos sobre el acontecimiento:

Si te sientes abatido
Con dolor de cintura
Con el vientre descompuesto
Y en la frente calentura

Mas si la fiebre no calma
Y si merced al purgante
Has evacuado hasta el alma
Del modo más alarmante

Si ves tu dorsal espina
Molestarte acaso mucho
Si hay pesadez en tu vista
Con ciertas dosis de chucho

Dos horas de expectativa
Y después ¡Oh fruición!
Se aplica una lavativa
Con frenética impulsión

¡Ay! ¡Por Dios! No tengas miedo
Es solo fiebre amarilla
Y aunque mata a medio mundo
Es una fiebre sencilla.

Necesitan los pacientes
Uno o bien dos
enfermeros
Que sean pocos enteros
Y que no sean parientes.

Bello enérgico sistema
De curación decisiva
Que puede llevar por lema
"Pureza, fuerza y lavativa"

- 1) ¿Cómo describe el autor de esta poesía los síntomas de la enfermedad?
- 2) ¿A qué métodos curativos hacen referencia los versos?
- 3) ¿Conocés algún remedio casero?

Manuel Mujica Lainez en su libro de cuentos *Misteriosa Buenos Aires* presenta un relato que se desarrolla durante la epidemia de fiebre amarilla. "El hombrecito del azulejo" nos muestra desde el inicio la angustia en que se encontraba la población y la dura tarea de los médicos:

Los dos médicos cruzan el zaguán hablando en voz baja. Su juventud puede más que sus barbas y que sus levitas severas, brilla en sus ojos claros. Uno de ellos, el doctor Ignacio Pirovano, es alto, de facciones resueltamente esculpidas. Apoya una de las manos grandes, robustas, en el hombro del otro y comenta:

—Esta noche será la crisis.
—Sí —responde el doctor Eduardo Wilde—, hemos hecho cuanto pudimos.
—Veremos mañana. Tiene que pasar esta noche...
—Hay que esperar...

- 1) Averiguá los datos biográficos de los doctores Ignacio Pirovano, Eduardo Wilde, Roque Pérez y Cosme Argerich.

EL CUADRO DE JUAN MANUEL BLANES

El 8 de diciembre de 1871 se presentó el cuadro *Episodio de Fiebre Amarilla*. Esta obra se encuentra en el museo municipal de Montevideo y aquí la reproducimos: En él se representa una escena que se desarrolla en la habitación de un conventillo, donde aparecen víctimas de



la epidemia: un matrimonio; buscando el seno materno, un bebé; en el centro de la escena los doctores Pérez y Argerich, también víctimas de la fiebre amarilla. Aparentemente el pintor representó un hecho verídico que sensibilizó a la opinión pública.

- 1) ¿Cómo es el lugar donde se desarrolla la escena? ¿Qué actividad se realiza en ese lugar? ¿Quiénes están presentes en la escena? ¿Cómo están vestidos? ¿Qué están haciendo?
- 2) ¿Qué pensás de...
¿Si en este cuadro la gente tiene cara triste o alegre?
¿Son personas ricas o pobres?
¿Cómo es el lugar?
- 3) Comentá las condiciones de vida en el conventillo.

EL TREN DE LA MUERTE

Para habilitar el Cementerio de la Chacarita fue necesario construir en un mes un ramal del ferrocarril. Las obras fueron dirigidas por el ingeniero Augusto Ringuelet. El tren partía del galpón del depósito provisional de cadáveres hasta su traslado al cementerio, que se encontraba en la actual esquina de Corrientes y Pueyrredón.

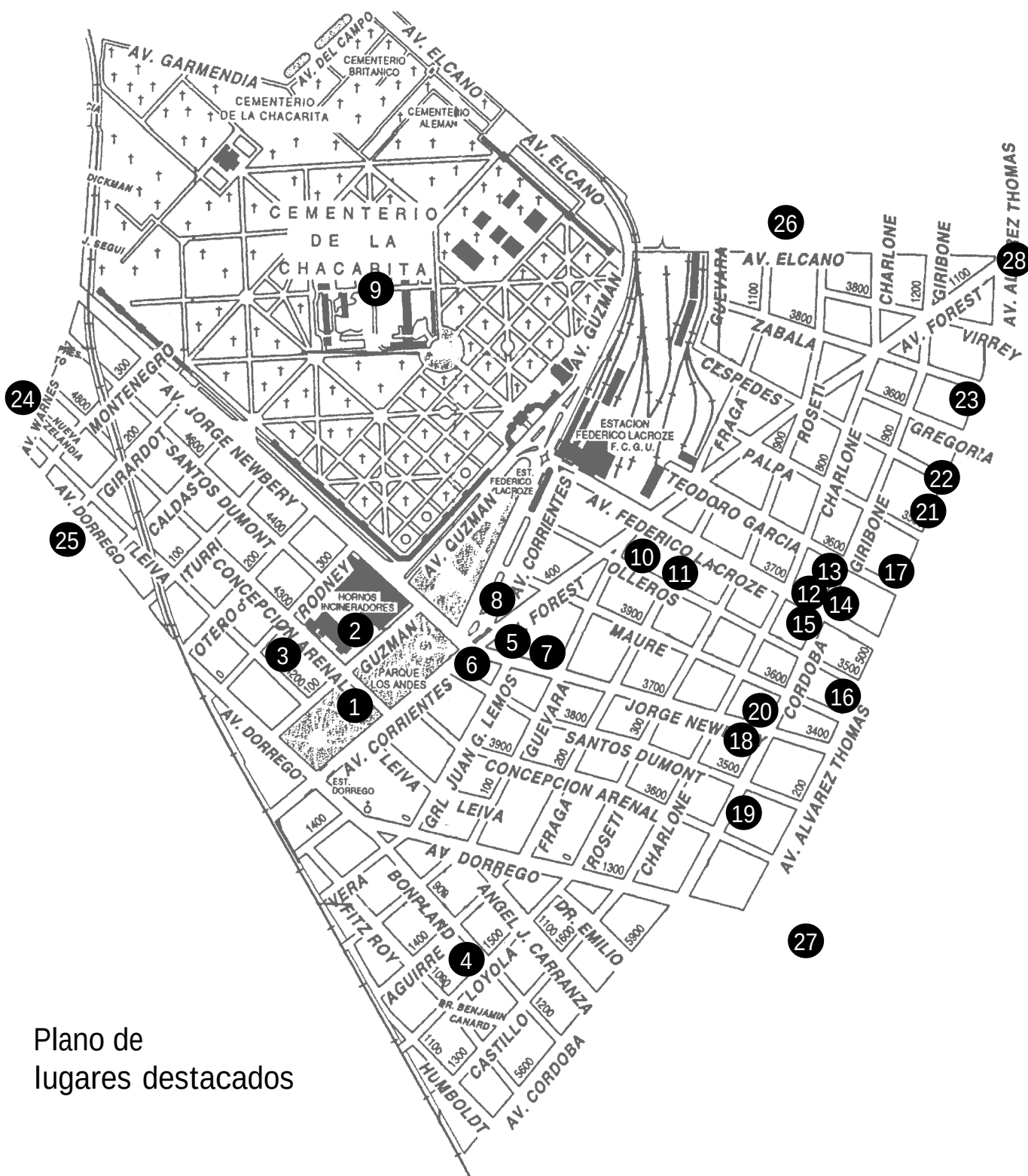
En su trayecto el tren realizaba dos paradas: la primera en Corrientes y Medrano, y la segunda en Corrientes y Scalabrini Ortiz; desde aquí se llegaba a la Chacarita. Se realizaban dos viajes por día.

La locomotora destinada al servicio era *La Porteña*, que fue la primera en funcionar en nuestro país. Las vagonetas que iban detrás estaban adaptadas para poder llevar los féretros. El servicio estuvo en funcionamiento hasta 1889.

ESTADÍSTICAS DE LA FIEBRE AMARILLA	
1871	casos
Enero	6
Febrero	318
Marzo	4.992
Abril (El 10 de abril se produjeron 503 casos)	7.564
Mayo	845
Total de víctimas: 13.725	
Scenna, Miguel Ángel, <i>Cuando murió Buenos Aires. 1871</i> , Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1974.	

TE INVITAMOS A REALIZAR UN RECORRIDO

En el plano de Chacarita, aparecen ubicados los antiguos almacenes, cafés, cines, teatros, viviendas, la usina, etc. Te proponemos visitar estos lugares y ver las transformaciones de la ciudad a lo largo de los últimos 100 años.



Plano de
lugares destacados

Comunicación de fallecimiento por fiebre amarilla de Bartolo Bevilacqua, italiano, 30 años, domiciliado en la calle San Juan 208, 17 de febrero de 1871. Archivo Histórico Municipal, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

Algunas consignas interesantes de realizar:

Recorré el barrio como si fueras un viajero y anoté todo lo que a vos te llama la atención. Caminá y observá carteles, vidrieras, placas, faroles, etc. Recordá y registrá lugares de encuentro, de conversaciones o descubrimientos, de juegos.

Luego de este recorrido podés armar un nuevo plano y analizar cuáles son los lugares que nos muestran las transformaciones de la ciudad a lo largo de los últimos 100 años.

¿SABÍAS QUE...

... la primera cancha de Chacarita estaba en Teodoro García, Rosetti, Palpa y Charlone?

... ¿Sabés a qué se refiere el dicho "Ir a la quinta del Ñato"?

VECINOS FAMOSOS

•Rodolfo Mondolfo, filósofo italiano. Vivió en Federico Lacroze 3862, en una casa que ya no existe.

•Hércules Conti, químico. Fue el encargado de analizar las cenizas que cayeron en la ciudad en 1932 por la erupción del volcán Descabezado. Vivió en Federico Lacroze 3349.



SUGERENCIA

Para ver documentos sobre la fiebre amarilla podés realizar una visita guiada a nuestro archivo histórico, situado en Pringles 342, 1er. piso, en el horario de 9:00 a 16:00.

REFERENCIAS

- 1 Parque Los Andes (1904) Antiguo Cementerio de la Chacarita vieja. En el subsuelo se encuentran Talleres Municipales. En el parque se encuentra la escultura de Fioravanti La Gitanilla donde existe una leyenda milagrosa.
- 2 Antigua Usina, hoy Edenor.
- 3 Complejo Barrio Los Andes.
- 4 Mirador de Comastri (hoy escuela Hermitte). Agustín Comastri dona la tierra y vende otras a bajo precio para construir la estación hoy Federico Lacroze.
- 5 Café La Reforma, allí se reúnen jugadores e hinchas de Chacarita.
- 6 Pulpería La tapera, contaba con canchas de bochas.
- 7 Cine Libertad, duró muy pocos años y en el mes de su inauguración dejó entrar gratis a los vecinos de su manzana.
- 8 Glorieta La Florida.
- 9 Cementerio.
- 10 Vivienda colectiva Olleros 3958; cuenta con un jardín español.
- 11 Manzanas con casas populares pertenecientes a la década del 20.
- 12 Cine Los Andes: era familiar, estaba ubicado en Federico Lacroze 3860. En los intervalos tocaban orquestas en vivo.
- 13 Quinta apícola, se especializaba en verduras
- 14 Cine Giribone. Allí iba la gente más humilde del barrio. En 1920 era un baldío utilizado por los circos que llegaban a la zona.
- 15 Teatro Reggio (1929).
- 16 Casas económicas levantadas en 1907.
- 17 Almacén de ramos generales que en 1910 pertenecía a doña Magdalena.
- 18 Café La curva. Se jugaba billar y Julio Sosa utilizaba el palco para cantar.
- 19 Teatro Sarmiento (1940). Se especializaba en zarzuelas.
- 20 Sastrería Los molinos de arriba.
- 21 Cine Álvarez Thomas. Funcionó de 1928 a 1976. Era un cine económico con mejores comodidades que el Giribone.
- 22 1909: se produjeron enfrentamientos por la huelgas de la época reclamando mejores condiciones de trabajo.
- 23 Fábrica de cerámica Debenedetto, antiguamente fue un horno de ladrillos.
- 24 Antiguo Camino de Moreno o de las Tropas.
- 25 Camino de la Chacarita vieja.
- 26 Tierras pertenecientes a la familia Roncoroni.
- 27 Café La guitarrita, allí paraban cantantes de tango.
- 28 Anilinas Colibrí.

A manera de Epílogo

MIS BARRIOS

Permítame el lector cerrar este ensayo con breves recuerdos personales que, a manera de homenaje, deseo que queden signados.

Calle en que ocurrió nuestro vivir primero: Jorge Newbery N° 3558, entre Giribone –hoy Córdoba– y Charlone. ¿Qué resta de su estampa?, acaso sólo evocación. Ya entonces era ancha, con doble riel para los tranvías que, desde el centro iban hacia el camposanto; en días festivos se llenaban, rumbo, igualmente, a poblaciones suburbanas, buscando –el pasajero– espacios verdes y descanso a la imaginación, que también trajina. Esas veredas con altas y gruesas acacias; los paraísos de cuyas ramas caían unas bellotitas, “venenitos” que los chicos usábamos para tirar con hondas. En otras calles de por ahí, menos arboladas, podíamos remontar barriletes y, en sus aceras, jugar a las bolitas, hacer “bramar” el trompo, embocar el balero, ir tras la “billarda” o en los baldíos, tomar parte en guerrillas inofensivas.

Y nuestra vieja casa (ya no está), con dos balcones al frente zaguán, patios enormes, habitaciones grandes como salones, y un “fondo” donde había higueras y gallinas. ¡Oh, el hogar paterno, la niñez perdida!... Allí nací, estudié y soñé... Nuestro padre luchó en aquel solar para darnos carrera, y nuestra madre pudo criarnos. Conocimos el aire y el sol sin dejar su regazo.

Después la mudanza, pero en la misma calle Jorge Newbery, casi esquina Fraga, y más tarde –fallecido papá– a la calle Gregoria Pérez, entre las de Delgado y Martínez. A poco mi designación como director de la Escuela N° 12 del Distrito 9°, sita en Conde 943, donde antes fuera maestro. Todo eso en la zona que rememoramos.

Para Chacarita y Colegiales van augurios de porvenir venturoso. Buenos Aires cambia de continuo: el progreso construye, pero también acontece sobre una destrucción que nos duele. Nada, casi, perdura del ayer, y pronto los únicos testimonios serán voces y letras.

A quienes vengán a estos barrios y en ellos permanezcan, dejamos las remembranzas que hemos volcado acá con nostalgia, hondamente...

Obras consultadas

- Alfonsín, Jorge J., *EL Cementerio Viejo de la Chacarita*, Talleres Gráficos Colombino, 1994.
- Allende, Andrés R., *Los orígenes del Pueblo de Belgrano*, La Plata, Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, 1958.
- Beruti, Juan Manuel, *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Biblioteca de Mayo (Senado de la Nación), 1960.
- Besio Moreno, Nicolás, *Buenos Aires - Estudio crítico de su población*, Editorial Tudurí, 1939.
- Bilbao, Manuel, *Tradiciones de Buenos Aires*, Dictio, 1981.
- Boullousa, Manuel Jorge, *El Camino de los Colegiales*, Inédito.
- Bucich Escobar, Ismael, *Bajo el horror de la epidemia*, Editorial Ferrari, 1932.
- Busaniche, José Luis, *Estampas del pasado*, Editorial Solar Hachette 1959.
- Callegari, Horacio, Obras varias.
- Cané, Miguel, *Juvenilia*, Edición Huemul, 1966.
- Carranza, Carlos A., *Recuerdos de infancia*, s/ed., 1947.
- Casella de Calderón, Elisa, *Buenos Aires nos cuenta*, Colección de 21 revistas, Buenos Aires 1982-1992.
- Contreras, Leonel H., *Breve historia de la ciudad de Buenos Aires*, Inédito.
- Córdoba, Alberto Octavio, *El barrio de Belgrano*, Cuaderno N° 27, Buenos Aires, MCBA, 1968.
- Cronología de los barrios de Belgrano y sus alrededores*, Asociación Amigos del Museo Histórico Sarmiento, 1981.
- Cutolo, Vicente O., *Historia de los barrios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1996.
- Fradkin, Raúl O., *Producción y arrendamiento a fines del Siglo XVIII. La hacienda de la Chacarita (1779-84)*.
- Fresco, Carlos, Notas en *La Gaceta de Palermo*, Archivo personal, Planos.
- Frigerio, José O., "El Real Colegio de San Carlos", en *Todo es Historia* N° 202, febrero de 1984.
- Furlong, Guillermo (SJ), *Historia del Colegio del Salvador*, 3 tomos, Editorial Del Colegio, 1944.
- Gálvez, Manuel, *Vida de Rosas*, Buenos Aires, Tor, s/f.
- González Podestá, Aquilino, *Los tranvías de Buenos Aires*, Amigos del Tranvía, 1986.
- Gammalsson, Hjalmar E., *Vetustos relatos porteños*, Biblos, 1989.
- Luqui Lagleyze, Julio A., "Nombre de las calles que limitan las suertes de Garay", Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires N° 12, Buenos Aires, MCBA, 1988 (Reedición Inter-Juntas, Dir. Rafael Longo, 1988).

- Mariluz Urquijo, José M., *El virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799-1801)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1964.
- Marmier, Xavier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, Hachette, 1948.
- Martín, María Haydee, "Inmigración alemana y canaria en la Chacarita de los Colegiales", Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires Nº 4, MCBA, 1981.
- Mayochi, Enrique Mario, *Belgrano. Del pueblo al barrio*, Cuaderno del Águila Nº 18, Fundación Banco de Boston, 1992.
- Montoya, Alfredo Juan, *Cómo evolucionó la ganadería en el período del Virreinato*, Editorial Plus Ultra, 1984.
- Mujica Láinez, Manuel, *Misteriosa Buenos Aires*.
- Noguera Bustamante, Victorio, Planos, archivo.
- Núñez, Luis F., *Los cementerios*, Ministerio de Educación, Almario de Buenos Aires, 1970.
- Ochoa de Eguileor, Jorge, *Donde durmieron nuestros abuelos*, Urbe, 1991.
- Oddone, Jacinto, *La burguesía terrateniente argentina*, Bases, 1956.
- Ottonello, Héctor, *Argentina. Suma de Geografía*, Tomo 9, Editorial Peuser, 1963.
- Prólogo de *Juvenilia* de Miguel Cané, Edición Huemul, s/f.
- Paula, Alberto de, *La Manzana de las Luces. El Colegio Grande de San Carlos*, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984.
- Pellegrini, Carlos, *Obras completas*, Buenos Aires, Coni, 1941.
- Piccirilli, Ricardo, *Rivadavia y su tiempo*, Peuser, 1943.
- Pino, Diego Amado del, *La Chacarita de los Colegiales*, Cuaderno de Buenos Aires XXXVIII, Buenos Aires, MCBA, 1971.
- Chacarita y Colegiales. Dos barrios porteños*, Cuaderno del Águila Nº 20, Fundación Banco de Boston, 1994.
- El Mirador del Pionero urbano Agustín Comastri*, Edición El Inmigrante, 1989.
- El barrio de Villa Crespo*, Cuaderno de Buenos Aires Nº 44, Buenos Aires, MCBA, 1974.
- Sencilla historia de Villa Crespo*, Editorial turística, 1997.
- Historia y leyenda del Arroyo Maldonado*, Cuaderno de Buenos Aires XXXVII, Buenos Aires, MCBA, 1971.
- La Chacarita de los Colegiales en la época hispánica*, Edición Inter-Juntas, 1993.
- El barrio de Villa Ortúzar*, Cuaderno de Buenos Aires Nº 60, Buenos Aires, MCBA, 1991.
- Como se veía en el pasado el cruce de dos viejos caminos: Corrientes y Dorrego (inédito)*.
- Notas en *La Gaceta de Palermo* (Dirección de Oscar Himschoot), en *Aquende* (Jorge Alicata), en *Todo es Historia* (Félix Luna).
- Conferencias y cursos dictados
- Radaelli, Sigfrido, *Memorias de los Virreyes del Río de la Plata*, Buenos Aires, Perrot, 1959.
- Ramos, Horacio S., *El Subterráneo Lacroze*, Inter- Juntas.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, Emecé, 2001.
- Rocca, Edgardo J., *Bibliografía de los barrios de Chacarita, Colegiales y Villa Ortúzar*, Inédito.
- Salas, Alberto M., *Diario de Buenos Aires: 1806-1807*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.
- Scenna, Miguel Ángel, *Cuando murió Buenos Aires*, La Bastilla, 1974.
- Tobal, Federico, *Recuerdos del viejo Colegio Nacional*, Editorial Rosso, 1942.
- Weckenthien, Cristian G., *El transporte en Buenos Aires*, Asociación Amigos del Tranvía, 1982.
- Yofre, Felipe, *El Congreso de Belgrano*, Lajouane, 1928.
- Zamboni, Emilio, *Cronología de Chacarita, Colegiales y Villa Ortúzar*, Inédito.
- Barrios de Buenos Aires: Chacarita y Colegiales*, 2003.

OTRAS FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo del periódico *La Nación*.
- Revistas: *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *PBT*, *Todo es Historia*, *Aquende*, *La Chacrita de los Colegiales*, *La Gaceta de Palermo*, *Historias de la ciudad*.

El autor

DIEGO A. DEL PINO

Es maestro y profesor de Historia y Letras. Fue vicepresidente de la Junta de Central de Estudios Históricos de los Barrios de Buenos Aires.

Designado "Historiador Porteño 1997" por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

Fue director de la Escuela N° 12 del Distrito 9°.

Es asesor pedagógico de la Escuela Argentina Modelo y colaborador de *Todo es Historia*.

Miembro de la Academia de Historia de Buenos Aires. Nombrado "Maestro Ilustre 2002" por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

OBRAS DEL AUTOR SOBRE EL PASADO PORTEÑO

- 1971. *La Chacarita de los Colegiales*
- 1971. *Historia y leyenda del Arroyo Maldonado*
- 1974. *El barrio de Villa Crespo*
- 1974. *El barrio de Villa Urquiza*
- 1979. *Historia del Jardín Zoológico Municipal*
- 1980. *Clemente Onelli, de pionero de la Patagonia a director del Jardín Zoológico*
- 1981. *Allá por la Capilla del Carmen*
- 1986. *Ayer y hoy de Boedo*
- 1987. *Villa Urquiza, barrio centenario*
- 1989. *El Mirador del pionero urbano, Agustín Comastri*
- 1990. *Historia del Jardín Botánico*
- 1991. *Palermo, un barrio porteño*
- 1991. *El barrio de Villa Ortúzar*
- 1992. *Los cafés de Villa Crespo*
- 1994. *Chacarita y Colegiales, dos barrios porteños*
- 1997. *Sencilla historia de Villa Crespo*
- 1998. *Cuentos históricos porteños*

Índice

• PRIMERA ÉPOCA:

Desde los tiempos de Hernando Arias de Saavedra (1608) hasta la Revolución de Mayo (1810)

Los tiempos remotos	9
¿Qué significa la palabra Chacarita?	10
Aspecto que tenían antaño estos lugares	10
La aventura de llegar	11
Los caserones vistos por un prisionero inglés	12
Los recuerdos de un sacerdote (1691)	12
La visión del sacerdote Florian Paucke (1794)	12
Labores en los campos de Chacarita en 1766	13
Una gran fiesta	14
La expulsión de los religiosos jesuitas (1767)	14
Inventario (1784)	15
Un lugar para el reposo de los viajeros.	
Estampas virreinales	15
Llega el Virrey	16
El Virrey don Joaquín del Pino	17
Los alumnos de San Ignacio comían poco...	17
Los invasores británicos y la antigua Chacarita	18
El Mojón de la Argentinidad	19
Desde 1807 hasta los días de Mayo de 1810	19

• SEGUNDA ÉPOCA:

Desde la época de Bernardino Rivadavia hasta la implantación del segundo Cementerio, en 1871

Tiempos rivadavianos	23
Un sitio especial para criar ganado de buena raza	23
Inmigrantes alemanes en la antigua Chacarita	24
Construcciones existentes en la formación del poblado	25
La creación del pueblo de Chorroarín	25
Surgen dificultades para los inmigrantes	26
Los pobladores en 1829	27
Penurias de los agricultores chacaritenses	28
Llegan inmigrantes de las Islas Canarias	28
Inmigrantes canarios	29
Indios cautivos en estos "pagos"	29
Cultivos exóticos	31
Ejemplo de la parcelación de tierras	31
Antiguos ganaderos	32
Propietarios en 1830	33
Más pobladores de ayer	33
Una antigua escritura de 1835	33
Recuerdos de un viajero en 1850	34
Una construcción de antaño en los lindes de la Chacarita	34
Un pedido de arrendamiento	35
Carreras de caballos "a la moderna", pero en 1852	35
El lugar por 1860	36

Un fabricante de fuegos de artificio	36
Miguel Cané, su obra <i>Juvenilia</i> y el lugar	37
Incidentes juveniles	38
Un breve intermedio poético	39
La epidemia de cólera de 1867/1868 y el enterratorio	40
La epidemia de fiebre amarilla y sus consecuencias	40
Estado del Cementerio en 1872	41
Las consecuencias	42
La residencia del pionero Agustín Comastri	42

• TERCERA ÉPOCA:

Desde el conflicto de 1880 hasta el Centenario de Mayo (1910)

El conflicto revolucionario del año 1880	47
Lugares con historia	47
Aspecto del lugar en 1880	47
Los anhelos del Gobernador Carlos Tejedor	48
El pueblo de Belgrano	49
Preparativos de guerra	49
Otra vez en la Chacarita, pero ya en la paz	50

Anecdótico de aquellos momentos	51
Una gresca en el Cementerio	51
Música de tangos "de antes", en los vetustos caserones	51
¡A cazar perdices en Chacarita!	52
Ponche "Chacarita"	52
Algunas fiestas en el "Mirador" de Agustín Comastri	52
Y algo más sobre indígenas	53
El extraño caso del cadáver robado	53
Un caso de envenenamiento sin resolver	54
Más anécdotas chacaritenses	54
Algunas consecuencias de la "Ley Capital" en la región	54
Ensayo de cronología - Años 1875 a 1890	55
Años 1875-1876-1877-1878-1879	56
Las tierras de la familia Roncoroni	58
Años 1880-1885-1886	58
El Cementerio según el Censo Nacional de 1887	61
Un proyecto de 1887 que no prosperó	62
Algo sobre transporte de pasajeros	62
Años 1886-1887-1888-1891-1894	63
La Chacarita en el año 1894	68
Reseña descriptiva	68
La Capilla	70
Cinerarium	71
El Cementerio antiguo	72
La Chacarita de los Colegiales	73
Algo peculiar	74
La "Sección de los Disidentes"	75
Un servicio fúnebre en 1894	76
Otras noticias de los fines del siglo XIX	76
Años 1889-1890-1891-1895-1896-1890-1909-1904	76
Algo más sobre Cementerios de Disidentes	80
Personalidades	81

Propuesta didáctica	83
A manera de epílogo	90
Obras consultadas	91
El autor	93



